
HARLEQUIN
Jazmin
EL AMOR MÁS PODEROSO
BARBARA WALLACE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


El amor más poderoso, n.º 2598 - julio 2016
Título original: Swept Away by the Tycoon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-687-8655-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

# Capítulo 1

Rezó para que no fuera verdad que estaba viendo a su novio intentando ligar con otra clienta.

Quizá «novio» no era la palabra adecuada. Después de todo, Aiden y ella no habían hablado del tipo de relación que mantenían. Aun así, Chloe Abrams pensaban que iban lo bastante en serio como para que no le pareciera normal que Aiden le pasara su teléfono a otra mujer cuando ella estaba a escasos metros de distancia.

Y dudaba que no la hubiera visto. Entre su altura, los tacones y el cabello, era bastante más alta que la media. Sin embargo, ahí estaba, dedicando una sonrisa cautivadora desde el otro lado de la barra a una mujer rubia, y Chloe dudaba que fuera porque la mujer le había pedido un chorro doble de sirope.

Oyó una risita a su espalda.

–Sabía que acabarías por pillarlo.

Como si el momento no fuera lo bastante humillante, tenía de testigo al colgado del local.

–No es la primera vez –continuó el hombre–. Da su teléfono más veces que si fuera una guía telefónica.

Chloe clavó las uñas en la correa de su bolso y fingió no haberlo oído.

–Es curioso –siguió él–. Siempre da su número, pero nunca lo pide. No sé si porque se considera irresistible o porque quiere ahorrarse la llamada. ¿Tú qué crees, Ricitos?

Chloe apretó con fuerza el bolso. El problema de los locales tan pequeños como aquel era que resultaba difícil escapar. Las mesas estaban tan próximas unas a otras que a la hora del almuerzo los clientes que hacían cola estaban prácticamente encima de los sentados.

El colgado había hecho su primera aparición poco después del año nuevo. Lo cierto era que «colgado» no era la mejor palabra para describirlo, pero a Chloe no se le ocurría otra. Siempre que iba al café, que era con una frecuencia preocupante, lo veía sentado

delante de una taza de café. A veces leía, otras se inclinaba sobre una pila de papeles, escribiendo. Desaliñado, con una barba pelirroja de pocos días, envuelto en una cazadora de cuero gastada, su presencia contrastaba con la atmósfera sofisticada del Café Mondu. Normalmente, se mantenía aislado del resto del mundo. Hasta aquel día.

–Si quieres saber mi opinión –continuó él en un ronco murmullo–, una mujer como tú se merece más.

Chloe no estaba tan segura, pero no se molestó en contradecirlo.

–Tu café helado está listo –le anunció en una evidente demostración de solidaridad femenina la otra camarera del bar. Primero el colgado. Luego la compañera de trabajo de Aiden. ¿Había alguien más que quisiera humillarla?

–Gracias –contestó Chloe.

Al dar un paso hacia la barra, Chloe relajó la presión sobre la correa del bolso, esta se deslizó hacia abajo y rozó la cadera de la rubia. La mujer dejó de coquetear un instante para mirar por encima del hombro. Eso logró atraer la atención de Aiden que, al ver a Chloe, le guiñó un ojo.

Alu-ci-nan-te. Al menos podía haberse mostrado avergonzado de que lo pillara. Pero no, el imbécil le guiñó un ojo, como si se tratara de una broma.

–¿Estás bien, Ricitos? –preguntó el colgado.

¿Bien? Estaba furiosa. Una cosa era descubrir que su Príncipe Azul era un imbécil; Chloe estaba acostumbrada a los imbéciles. ¿Pero que la tratara como a una idiota delante de todo el mundo? Ni hablar.

–Disculpa –dijo, tocando a la rubia en el hombro–, será mejor que des un paso atrás.

–¿Por qué? –preguntó la mujer.

–Por esto –Chloe alzó la bebida y se la tiró a Aiden por la cabeza.

–¿Pero qué…? –el café y los hielos se deslizaron por los lados de la cara del camarero, pegándole la lustrosa melena negra a las mejillas. Parecía un perro de lanas después de un baño.

La satisfacción que sintió Chloe fue más estimulante que la cafeína.

–Todo tuyo, querida –dijo, sonriendo a la rubia. Y, dando media

vuelta, fue hacia la puerta.

El colgado le dedicó un lento aplauso.

–Bien hecho, Ricitos.

Al menos alguien había disfrutado la escena.

–¿De verdad? –Larissa Boyd miró a Chloe admirada–. ¿Todo el café?

–Todo –contestó Chloe, apoyándose en el respaldo de la silla de su despacho, sonriendo con una osadía que estaba lejos de sentir.

–¿Cómo reaccionó?

–De ninguna manera. Tanto él como su nueva amiga estaban demasiado atónitos como para hablar. Igual que el resto de la gente –excepto el colgado.

–¿Demasiado atónito por qué? –Delilah St. Germain asomó la cabeza en el cubículo–. He recibido tu mensaje. ¿Qué ha pasado?

–Chloe ha pillado a Aiden pasándole el teléfono a otra mujer y le ha tirado un café por la cabeza.

–¡No! –dijo Delilah, abriendo los ojos desmesuradamente.

–Sí. Atribúyelo a una enajenación transitoria.

–No, la enajenación fue empezar a salir con él. Esto, en cambio, es admirable. Has tenido mucho valor.

¿Había tenido valor o había hecho una tontería? Chloe empezaba a dudarlo, pero continuó fingiendo que lo ocurrido no la había afectado. Se le daba muy bien.

–Ha sido una manera de vengar a todas las mujeres engañadas –dijo.

–Llámalo como quieras. Si yo hubiera estado en tu lugar, dudo que hubiera tenido el coraje –dijo Delilah.

–Yo tampoco –confirmó Larissa.

Ellas no tenían de qué preocuparse; ninguna de las dos iba a encontrarse en una situación parecida puesto que ambas estaban prometidas. Entre otras cosas, porque sus amigas atraían a hombres de más categoría. Hombres agradables que devolvían las llamadas. Y ninguna de ellas era tan impulsiva como para vaciar un café sobre la cabeza de un hombre lo bastante estúpido como para merecerlo.

Pero Chloe no sentía rencor por la felicidad de sus amigas, sino todo lo contrario. Desde el momento en que se habían conocido, en

el departamento de formación de nuevos empleados en CMT Advertising, Chloe se había dado cuenta de que sus dos amigas eran distintas a ella. Eran dulces y dignas de ser amadas, y se merecían toda la felicidad del mundo.

–Aiden sí que tuvo valor –la voz de Larissa la devolvió al presente–. ¿Qué clase de tipo le daría su teléfono a otra estando tú delante?

La clase de tipo con la que ella salía.

–Por lo visto no era la primera vez. Según me dijo el colgado, lo hace habitualmente.

–¿Quién? –preguntó Delilah. Tenía la costumbre de retirarse el cabello tras la oreja, lo que hacía refulgir el enorme diamante que llevaba en el dedo.

–El colgado –sus amigas la miraron sin comprender–. El que se sienta siempre en la primera mesa –estaba claro que no se habían fijado en él–. Da lo mismo. Fue quien me dijo que Aiden daba a menudo su teléfono.

–¿Y le creíste?

–No tenía por qué mentirme –dijo Chloe, planteándose solo entonces que ni siquiera lo había dudado.

–Me alegro de que hayas plantado a Aiden. Nunca nos pareció lo bastante bueno para ti.

–Delilah tiene razón. Te mereces algo mejor.

–El colgado dijo lo mismo –mascculló Chloe.

–El colgado tiene buen gusto –dijo Delilah.

Chloe sonrió. Sus amigas salían en su defensa como hacían siempre que su última relación fracasaba. Pero solo ella sabía la verdad. Aiden no era el único responsable de haberla traicionado. Ella estaba genéticamente programada para fracasar sentimentalmente. Era Chloe, la chica divertida para pasar un rato pero no lo bastante buena como para una relación permanente. Si no lo hubiera asumido para entonces, habría estado permanentemente deprimida.

–Imbécil o no, Aiden era mi acompañante para tu boda, Del –la boda de su amiga tendría lugar en un par de semanas. Iba a casarse con el jefe de la agencia de publicidad en la que trabajaban. Chloe suspiró–: ¡Con lo guapo que estaba en esmoquin!

–Un esmoquin que ibas a pagar tú –apuntó Larissa–. No te

preocupes, encontraremos a alguien apropiado. Seguro que Tom tiene algún amigo.

–O Simon.

–¡Ni hablar! –Chloe prefería ir sola que con una cita a ciegas–. De hecho –continuó, pensando en voz alta–, puede que lo mejor sea ir sin acompañante. Así podré concentrarme en ser la dama de honor. Se supone que debo estar a tu plena disposición.

–No tiene gracia –dijo Larissa. Esa frase se había convertido en una broma entre ellas desde que organizar su boda se había convertido en el centro de su vida.

–Te equivocas, soy muy graciosa –contestó Chloe, sonriendo.

–Ya verás cuando me pidas ayuda para preparar tu boda…

–Venga, Laroo, las dos sabemos que voy a ser una de esa maduritas que sale con los hijos de sus amigas.

Larissa se cruzó de brazos.

–Serías capaz de hacerlo solo por vengarte de mí.

–No lo dudes –Chloe dijo, sonriendo. Se le daba bien bromear sobre su vida amorosa, pero en cuanto sus amigas la dejaron sola, sintió plenamente el vacío que ocupaba su corazón.

Aiden le había gustado de verdad. Aunque su relación había consistido básicamente en ir a fiestas y salir por la noche, había durado lo bastante como para que Chloe creyera que tenía futuro. Había sido una ingenua. Antes o después, los hombres siempre desaparecían. Ella no valía lo bastante como para que quisieran quedarse.

–Vaya, vaya, mira quién ha vuelto. ¿Debería abrir el paraguas?

El comentario del colgado hizo que Chloe se tensara. Mirando hacia su mesa, vio que sonreía de oreja a oreja y se dijo que debía buscarle un apodo más apropiado, como Arrogante Bastardo, por ejemplo.

–No pienso desperdiciar un buen café –contestó.

–En mi opinión, el de ayer no lo desperdiciaste –al ver que Chloe lo miraba con enojo, el hombre añadió–: ¿Qué pasa, Ricitos, te sientan mal las mañanas?

–Depende de la compañía.

–¡Ay! –dijo él, llevándose la mano al pecho–. Eso ha dolido.

Chloe desvió la mirada confiando en que se diera por aludido y dejara de hablarle. Pero él insistió:

–Tengo que reconocer que te admiro. No pensaba que fueras a volver.

Ella tampoco. De hecho, había pasado diez minutos en la esquina, decidiendo qué hacer. Finalmente, su orgullo había ganado la batalla. No estaba dispuesta a que un sinvergüenza la obligara a cambiar un hábito que había iniciado mucho antes de que Aiden entrara a trabajar allí.

–¿Por qué no iba a volver? Como te he dicho, el café es muy bueno.

–Mejor que bueno –dijo el hombre, dando un sorbo al suyo. Chloe vio que tenía la mano manchada de tinta. Evidentemente, ya había empezado a escribir. Él continuó–. Aunque si yo fuera tú, pediría que me atendiera otro camarero, por si acaso.

–Yo no soy tú –dijo ella.

Él la sorprendió, mirándola de arriba abajo y diciendo en un tono provocativo:

–Eso está claro, Ricitos

Chloe se llevó la mano al vientre. Encontraba la voz de aquel hombre perturbadoramente sensual. Él pareció notarlo y sonrió con arrogancia. Ella irguió la cabeza y avanzó hacia la barra, tras la que se encontraba Aiden.

–Hola –saludó Chloe.

–Buenos días. ¿Qué desea?

¿Así era como pensaba reaccionar? ¿Optaba por tratarla como a una desconocida? ¿Tan poco le importaba?

–Respecto a lo de ayer…

–¿Quiere un café? –preguntó Aiden, manteniendo una sonrisa impersonal.

Para Chloe, su indiferencia fue peor que recibir un puñetazo en el estómago.

–Lo de siempre.

–¿Y eso es…?

Chloe sintió que le ardían los ojos y parpadeó rápidamente. No estaba dispuesta a darle la satisfacción de echarse a llorar.

–La señora toma café con leche helado, con moca y menta.

Chloe miró al colgado por encima del hombro.

–¿Sabes lo que tomo?

Él se encogió de hombros.

–Paso aquí mucho tiempo y es inevitable oír.

–Querrás decir que escuchas.

Él sonrió.

–Solo cuando los clientes me interesan.

–Perdona, pero resulta un poco inquietante –dijo Chloe, aunque no pudo evitar sentirse halagada.

–Para ti es inquietante; yo lo llamaría capacidad de observación. Me gusta observar a la gente.

–Deja que adivine: eres escritor.

–Si lo fuera, la literatura correría peligro –dijo el hombre, acompañando el comentario con una risita.

¿Cómo era posible que Del y Laroo no se hubieran fijado en él? Aun teniendo el aspecto de un colgado, aquel hombre llamaba la atención. Y observándolo más atentamente, se dio cuenta de que su aparente desaliño era engañoso. Llevaba el cabello muy corto, y su incipiente barba, entre pelirroja y rubia, no era tanto resultado de falta de aseo como de pereza para afeitarse. Fijándose en la desgastada cazadora, Chloe vio que en realidad era una exclusiva prenda de cuero, que el hombre había usado tanto como para que se amoldara a sus anchos hombros, y le hizo pensar en unas zapatillas de baloncesto que ella se negaba a tirar a pesar de lo viejas que estaban.

–¿Te gusta lo que ves, Ricitos?

Chloe se volvió, sonrojada, hacia la barra. Afortunadamente, Aiden volvió en ese momento con su café.

–No hace falta –dijo cuando Chloe sacó la cartera–. Invita la casa.

–¿De verdad? –Chloe se sintió súbitamente mal. ¿Habría interpretado equivocadamente lo sucedido el día anterior y la reacción inicial de Aiden? Sonrió–. Es muy amable por tu parte.

–No tiene nada que ver conmigo.

Chloe dejó de sonreír.

–¿No pretendías disculparte por lo de ayer?

–¿Por qué iba a disculparme? No fui yo quien se comportó como un demente sin motivo alguno.

¿Sin motivo alguno? Chloe asió el vaso con fuerza. Aiden tenía

suerte de que no estuviera dispuesta a repetir el número del día anterior.

–¿Y por qué me invitas al café? –dijo, alejándose de la barra para no caer en la tentación.

El camarero se encogió de hombros.

–Ni idea. En la caja había una nota que decía que tu próxima consumición estaba pagada. Se ve que hay a quien le gustan los dementes.

–Habrá sido uno de esos actos aleatorios de amabilidad.

Chloe miró hacia la primera mesa y vio que el comentario del colgado iba acompaño un destello risueño de sus ojos azules.

–¿Y por qué me habrían elegido a mí? –preguntó ella, arrepintiéndose de haber sido tan grosera con él.

El colgado se reclinó en el respaldo, lo que hizo que la capucha de su sudadera se le recogiera alrededor del cuello.

–Puede que quien lo ha hecho se alegrara de ver que le daban su merecido a ese donjuán. Tengo entendido que tardó horas en quitarse el olor a menta del pelo.

Chloe no pudo contener la risa. Aiden se enorgullecía de sus perfectos tirabuzones.

–Es una pena que no le sacaran una fotografía para el panel del personal. Estoy seguro que muchas mujeres se habrían alegrado de ver que alguien lo ponía en su sitio.

–Supongo que tienes razón –contestó Chloe reviviendo la humillación del día anterior. Entre tanto, al otro lado de la barra, Aiden apuntaba su número de teléfono en el vaso de la mujer a la que acababa de atender–. Aunque no parece que haya aprendido la lección.

–Pero la aprenderá. Dentro de diez años ese aspecto de músico torturado se habrá transformado en el de un hombre medio calvo y con barriga.

Chloe reprimió la risa.

–¡Qué imagen tan interesante!

–¿Interesante o satisfactoria?

–Un poco de las dos cosas.

–Entonces mi trabajo aquí ha terminado –el colgado sonrió, mostrando una dentadura perfecta. Chloe notó por primera vez que tenía pecas en el puente de la nariz, y un par de cicatrices borrosas.

¿También él había recibido su lección? ¿Habría ganado o perdido? Sin saber por qué, Chloe tuvo la certeza de que había salido victorioso de todas sus batallas.

Un empujón la devolvió a realidad. La llegada de más clientes le indicó que eran cerca de las ocho.

–Será mejor que me vaya –dijo.

–¿Ya? Justo cuando la conversación empezaba a animarse. ¿No puedes quedarte un poco más?

–Desafortunadamente, algunos tenemos que trabajar –Chloe se arrepintió del comentario en cuanto salió de sus labios. ¡Cómo podía ser tan desconsiderada!

–Y yo debo ir a una reunión.

Chloe no se molestó en decirle que sabía que mentía.

–Hazme un favor: si ves al desconocido que me ha invitado al café, dale las gracias –dijo, en cambio.

–Lo haré –dijo él, guiñándole un ojo.

Chloe apretó el vaso para contrarrestar el hormigueo que le produjo aquel gesto. Habría querido contestar algo ingenioso, pero no encontró las palabras, así que apretó los dientes y salió con paso firme.

Ian Black la siguió con la mirada, divertido. ¡La chica se esforzaba tanto en actuar como si nada pudiera afectarla! Que tenía una fuerte personalidad lo había sabido mucho antes de que le tirara encima el café a Casanova. Entraba cada día como si fuera la dueña del local, haciendo resonar sus tacones y con su largo cabello rizado. Ian estaba seguro de que entraría igual en el Empire State. Era inevitable admirar la seguridad en sí misma que proyectaba, fuera o no fingida.

El viento alborotó su melena cuando salió por la puerta y dejó al descubierto el perfil de su rostro. Para ser alta, tenía unas facciones llamativamente delicadas. Como un caballo de pura sangre, era esbelta y tenía las piernas largas. Era una mujer extremadamente atractiva, y el camarero había sido un idiota. Ian los había observado coquetear durante semanas y se había desilusionado al oír a Aiden decir que estaban saliendo. Afortunadamente, ella había recobrado el juicio. En cualquier caso, no sería el quién tirara la

primera piedra contra quien cometía un error de juicio.

–Uno de estos días voy a insistir en que quedemos en un sitio menos lleno –masculló Jack Strauss mientras se desabrochaba el abrigo.

–Perdóname por hacerte venir a mi negocio –Ian hizo un gesto a la chica que estaba tras la barra, que acudió al instante con un café para Jack–. Llegas tarde.

–Deja de tratarme como si fuera uno de tus empleados. Hay mucho tráfico.

–Si vivieras en la ciudad no tendrías ese problema.

–No todo el mundo puede permitírselo.

–¡Eres abogado! ¡Cómo no vas a poder permitírtelo!

–Vale, no todos podemos pagar un alquiler como el tuyo. ¿He dicho algo gracioso? –preguntó Jack al ver que Ian se reía.

–No, me río por otra cosa –se estaba preguntando quépensaría Ricitos de aquella conversación, cuando era evidente que pensaba que era poco menos que un vagabundo. También se preguntaba si necesitaría protegerse cuando averiguara la verdad. Tenía el aspecto de ser capaz de lanzar un buen gancho.

–Debe ser un chiste muy bueno. Hace mucho que no te veía sonreír.

Jack colgó el abrigo del respaldo de la silla, se sentó frente a Ian y tras dar un sorbo al café, suspiró profundamente.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Ian.

–¿No debería hacerte yo a ti esa pregunta?

A Ian le habría gustado creer que Jack lo preguntaba más como amigo que como guardián, pero sabía que ese no era el caso.

–Como siempre. Viviendo día a día.

–No estarás…

Ian sacudió la cabeza.

–Tranquilo. Solo bebo café.

–Ya lo veo –Jack miró alrededor–. Aunque no hacía falta que lo llevaras al extremo. A la mayoría de los adictos en tratamiento les gusta el café, pero no se compran uno para ellos solos.

–Pero yo no soy un exalcohólico normal.

–Ya lo sé. Cualquier día de estos me dirás que has comprado toda una plantación para cultivar tu propio café.

–No creas que no me lo he planteado –Ian no creía en hacer las

cosas a medias… Ni en el ejército, ni en los negocios, ni con el alcohol. Tampoco cuando se trataba de hacer daño a la gente.

Jack señaló con la barbilla la pila de papeles que Ian tenía a un lado.

–Veo que sigues escribiendo cartas.

–Ya te dije que tenía una lista muy larga –Ian pasó la mano por el montón. Veinte años de comportamiento indigno dejaba un largo rastro–. No habrás conseguido las direcciones que te pedí, ¿verdad?

–Te he dicho que dejes de confundirme con uno de tus empleados.

–¿Vas a pasarme una factura de tu bufete?

Jack miró a Ian como si la respuesta fuera obvia. Ian continuó:

–Entonces, técnicamente, eres mi empleado. ¿Tienes o no esos nombres?

–Empiezo a entender que tu junta directiva te destituyera. Eres de una impaciencia insoportable –el abogado tomó su maletín–. Mi investigador todavía está buscando algunas –alzó la mano, adelantándose a una protesta de Ian–. Le has dado una lista enorme.

–Podría haber sido más larga. Dile que puede agradecer que me haya limitado a los años de Ian Black, hombre de negocios.

–¡Menos mal! ¿Eres consciente de que cuando en el programa de desintoxicación se dice que hay que hacer actos de enmienda no significa que tengas que contactar literalmente a toda persona que se cruzara en tu camino? –Jack le pasó unos papeles que sacó del maletín.

Solo así se hacía las cosas bien.

–Cada uno tiene su estilo –dijo Ian, tomando los papeles y preguntándose qué diría Jack si supiera que esa lista no era ni mucho menos completa.

Lanzó una ojeada a la primera página. Había tres más llenas de antiguas novias, examigos, empleados y socios a los que debía pedir perdón.

Y un nombre que le importaba por encima de todos. Miró a su amigo.

–¿Está…?

–Al final de la última página.

Ian buscó el nombre rápidamente. Su mayor error. Y quien más se merecía una disculpa.

# Capítulo 2

–¿Por qué no puedo llamarlo? –Ian dejó el café sobre la mesa bruscamente. Desde que habían empezado la reunión, Jack había insistido en la importancia de seguir los doce pasos. Hacer actos de contrición, pedir perdón a aquellos a los que se ha herido… ¿Y cuando él proponía hacer exactamente eso, Jack le decía que no lo hiciera? ¿Qué demonios pasaba?

–No digo que no lo llames nunca –contestó Jack–. Me limito a sugerir que vayas más despacio. Uno no se redime de la noche a la mañana.

–Tampoco quedándose de brazos cruzados.

–¿No ha contestado a tus cartas?

–Sí, pero… –las cartas no le bastaban. No le permitían leer entre líneas –. Necesito hablar con él directamente para que sepa que soy sincero.

–No puedes presionarlo si no está preparado.

–¿Quién dice que no lo está? No es como si fuera a parecer en su vida sin previo aviso.

–Entonces, ¿por qué no te ha dado su teléfono?

–Porque no se lo he pedido.

Lo cierto era que debía haberle llamado hacía mucho tiempo. Pero durante los primeros meses que había estado sobrio no había tenido el valor de hacerlo, así que había dejado que Jack y los terapeutas le convencieran para que le escribiera una carta. Sin embargo, se encontraba ya mucho más fuerte y necesitaba ver a su hijo cara a cara.

–Estoy harto de perder el tiempo. Ya he perdido demasiado –concluyó.

De hecho, trece años. Trece años durante los que no le cabía la menor duda de que su exmujer le habría contado cosas horribles de él. Y aunque algunas fueran ciertas, Ian estaba seguro de que también habría exagerado otras. Su ex era una maestra en culpar a los demás. Podía intuir las mentiras que le había contado en la

forma en que Matt redactaba sus cartas, educadas y distantes. La única manera de contrarrestar el poder que Jeanine tenía sobre él era verlo en persona.

–Solo quiero hablar con él.

Jack sacudió la cabeza.

–Sigo pensando que es una mala idea.

–No he pedido tu opinión –replicó Ian. Ya la conocía y sabía que no coincidía con la suya. Jack no tenía hijos. No era él quien sentía que la oportunidad de una reconciliación se hacía cada vez más remota. Un año antes, Matt estaba en el colegio. En aquel momento, ya había entrado en la universidad. Quedaban tres años para que se independizara. Ian no podía permitirse el lujo de ir despacio.

–Aun así, pienso dártela –dijo Jack pasando por alto la brusquedad de su respuesta. De hecho, Ian sospechaba que por eso se lo habían asignado como guardián: era una de las pocas personas que no se amilanaba ante sus arranques de mal genio–. He visto demasiadas personas fracasar por actuar precipitadamente.

–¿Cuántas veces tengo que recordarte que no soy un típico adicto? –él era Ian Black y creía en la acción. La gente perdía el tiempo analizando y meditando. Antes o después, había que apretar el gatillo para alcanzar un objetivo.

Por eso, en cuanto Jack se marchó, Ian llamó por teléfono. Al oír la voz de su hijo en el contestador se le hizo un nudo en la garganta. La había oído antes, pero nunca tan cerca, hablándole directamente a él. Sonaba tan mayor… Había perdido tantos momentos importantes en su vida… Tuvo que contenerse para no marcar de nuevo. Pronto hablarían directamente.

Sin embargo, once horas más tarde su teléfono seguía sin sonar. Se dijo que debía relajarse. El chico estaría en clase, o haciendo deberes. Quizá ni siquiera había oído el mensaje. A Ian se le ocurrían todo tipo de excusas.

Pero ninguna lo tranquilizaba.

Dejó escapar un ronco gemido y se pasó las manos por la cara.

Era difícil no sentirse agotado cuando pasaba el día escribiendo cartas pidiendo disculpas. Había mucha gente que lo odiaba con razón y que probablemente se había alegrado al saber que le habían hecho dimitir de Ian Black Technologies. Como le había dicho a Ricitos, no había nada más saludable que recibir una buena lección.

Ricitos. Aiden había dicho que se llamaba Chloe, pero Ian pensaba que su apodo le pegaba más.

Sabía que, dado el número de mujeres a las que había tenido que pedir perdón, lo mejor que podía hacer era dejar de pensar en ella. Había engañado a tantas… Algunas, como su exesposa, habían sido mujeres a las que no debía haberse acercado. Otras, solo fueron compañeras de cama interesadas en conseguir algo de él. Pero la mayoría, solo eran buenas personas que le habían ofrecido su afecto y a las que él había decepcionado. Eran los nombres que más le dolía leer. Los que tenían que ver con negocios se le hacían más soportables; pero las traiciones personales demostraban hasta qué punto alguien podía ser pernicioso.

Ian recorrió con los dedos el nombre de Matt y sintió un vacío interior. Los pasos que había dado para recomponer su relación con él no bastaban. No estaba dispuesto a esperar. La paciencia estaba sobrevalorada como virtud. Llamó de nuevo y una vez más saltó el contestador. Dejó el teléfono con tanta fuerza sobre la mesa que la taza de café vacía que tenía ante sí giró sobre la mesa.

Lo primero que había hecho tras comprar el local fue hacer que cambiaran las tazas de porcelana por unas de cerámica más sólida, y en ese momento se preguntó qué pensarían sus empleados si la lanzara contra la red. Pero el nuevo Ian Black se había prometido no amedrentar a sus empleados, así que tuvo que quedarse con las ganas aunque…

–¿Debería abrir el paraguas?

Ian alzó la mirada y vio a Ricitos inclinada sobre su mesa. Aunque había recogido su cabello en una coleta, no había conseguido domarla, y sus mejillas sonrosadas indicaban que debía haber caminado varias manzanas en el frío aire invernal que se había levantado al anochecer.

–¿No es un poco tarde para que estés callejeando?

–Tengo que trabajar hasta tarde y he venido por un café. El de la oficina es asqueroso –solo entonces se dio cuenta Ian de que llevaba tos tazas con café en la mano, uno caliente y el otro frío. Deslizó el caliente sobre la mesa hacia él–. Aquí tienes

–¿Qué es eso?

–Considéralo un acto aleatorio de amabilidad.

Ian se quedó mirando el vaso de cartón. En ese momento no

estaba de humor para corresponder a la amabilidad ajena.

–No, gracias.

–Acéptalo. Te lo debo por haberme invitado esta mañana.

Claro, porque sentía lástima de él y pensaba que no tenía dinero. Por la mañana, Ian había encontrado su error divertido, pero en se momento, solo sirvió para aumentar el malestar que sentía por los errores que había cometido, y que intentaba contrarrestar.

–No necesito ese café. Si quieres ser caritativa, dáselo al tipo que está en la esquina –alguien que se mereciera el gesto.

Ella abrió los ojos y la calidez que habían reflejado sus ojos de chocolate se transformó en humillación. Ian lamentó al instante haber sido tan descortés.

–Escucha, solo pretendía…

–Olvídalo –ella alzó una mano–. Solo quería devolverte el favor que me has hecho esta mañana. Si no quieres el café, dáselo tú al tipo de la esquina.

–Chloe… –una ráfaga de aire frío ahogó el final de las disculpas de Ian.

¡Y él se consideraba un hombre nuevo, mejor que el Ian del pasado! Solo le faltaba patear a un gatito para demostrar el monstruo que era.

Chloe se alejó tan deprisa como pudo. Solo había pretendido ser amable. Y en cambio él reaccionaba como si lo hubiera insultado. ¿Qué creía, que lo hacía por compasión? Solo lo había hecho porque el café estaba a punto de cerrar y se había fijado que él estaba mirando con expresión ausente la taza vacía que tenía ante sí.

Su cambio de actitud era inexplicable. Quizá era la consecuencia de pasar todo el día en el café, solo. Estaba convencida de que a ella la deprimirla. Y era una lástima que esa fuera la ocupación de un hombre que parecía tan fuerte y capaz. Más que capaz, de hecho.

El air frío le arañaba las mejillas, lo que le recordó que era ella y no el colgado quien en ese momento se enfrentaba a una noche desapacible. Se subió el cuello del abrigo aunque solo sirviera para protegerle la barbilla. Con la mirada fija en el pavimento, esquivó a la marea de peatones que iban camino de sus casas, deseando ser uno de ellos. La culpa era del colgado. Si no hubiera perdido parte del día preguntándose qué lo habría llevado a aquella situación, ella

también iría camino de su casa en lugar de tener que volver a la agencia.

El ataque llegó de la nada. Un instante caminaba apresuradamente, y al siguiente, alguien le tiraba del hombro. Un par de manos le golpearon la espalda con fuerza, cortándole la respiración y haciéndole perder el equilibrio. Antes de que pudiera gritar, cayó de bruces. Cuando sus manos y su barbilla chocaron contra el cemento, sintió una explosión de estrellas en la cabeza.

Por detrás oyó un grito seguido de pasos precipitados y de un segundo y más profundo grito de dolor. Un instante más tarde, sintió una mano en la cintura.

–¿Estás bien, Ricitos? Maldita sea, mira cómo tienes la barbilla.

–¿Qué…? –Chloe estaba demasiado aturdida como para contestar. El brazo que le rodeaba la cintura era firme y cálido y ella apoyó su peso en él.

–La barbilla –repitió su salvador con voz aterciopelada–. Está sangrando.

Chloe se llevó la mano al rostro y se estremeció al notarlo mojado y pegajoso. La mancha descendía por su bufanda hasta la pechera del abrigo.

–Es sobre todo café –dijo él–, pero debemos asegurarnos de que no necesitas puntos en la barbilla. ¿Tienes algo en el bolso que pueda usar para limpiarte la herida?

–No creo que… ¡Mi bolso! –Chloe se irguió un poco más. Eso había sido el tirón que había notado. Le habían robado.

–Está aquí –el confortador brazo la soltó. Un segundo más tarde, apareció su bolso en su regazo, sin la correa. Chloe tocó el borde dentado por donde su asaltante la había cortado. El bolso había sido el regalo que se había hecho al cumplir veinticinco años. Y estaba destrozado por culpa de un indeseable, que se había podido acercar a ella lo bastante como para…

Empezó a temblarle el labio inferior y se incrementó el dolor que sentía en la barbilla.

–Shh, no llores, Ricitos. No pasa nada.

Claro que pasaba.

–Me-me han ata-atacado –dijo como si le doliera pronunciar la palabra.

–Lo sé, lo sé –el susurro atravesó el frío y la tranquilizó–. Si te

sirve de consuelo, ellos han salido peor parados que tú.

–¿Ellos? ¿Eran dos? –Chloe sintió náuseas–. No los he visto.

–Así es como trabajan. Eligen a alguien despistado y le quitan el bolso desde detrás.

Unos dedos le retiraron el cabello de la cara con una delicadeza que le hizo estremecer.

–Tú los has parado –dijo ella.

–Solo estaba en el lugar adecuado en el momento preciso –los dedos alcanzaron su barbilla y le inclinaron la cabeza hasta que Chloe vio sus pálidos ojos azules. Bajo la farola, su barba resultaba más rubia que pelirroja, las pecas de su nariz, más visibles–. Tenemos que ocuparnos de ese corte –dijo él–. ¿Tienes algo en tu bolso?

Chloe sacudió la cabeza.

–Lo siento. Lo he vaciado esta mañana –había tenido suerte. De haber pesado más, la fuerza del tirón habría podido dislocarle el hombro.

–No te preocupes: se me da bien improvisar.

Antes de que Chloe preguntara a qué se refería, él se había quitado la cazadora y se quitaba la sudadera

–¿Qué estás haciendo?

–Tranquila, está limpia –dijo él, al tiempo que le secaba el corte con la manga.

Chloe lo sujetó por la muñeca.

–¿Estás destrozándola?

–Es un sacrificio por una causa justa.

Para entonces habían llamado la atención de varios transeúntes que se pararon para ver si necesitaban ayuda.

–Está bien –los tranquilizó el colgado–. No necesita puntos.

–¿Cómo lo sabes? –Chloe odiaba admitirlo, pero dada la delicadeza con la que le estaba tratando la herida, no le importaba que la herida fuera o no a necesitar atención médica.

–Digamos que he visto muchas heridas en mi vida. ¿Qué tal tienes las manos?

Chloe las levantó. Tenía las palmas raspadas.

–Supongo que tienes las rodillas a juego –dijo él–. Vamos al café y allí te limpiaremos del todo y llamaremos a la policía. No creo que puedan hacer nada, pero de todas formas, deberías poner una

denuncia.

Chloe se limitó a asentir con la cabeza. Temblaba de arriba abajo y no conseguía pensar con frialdad. Entre tanto, el colgado, tomó la iniciativa sin titubear. Dejar que por una vez fuera otro quien asumiera la responsabilidad era agradable. Cuando él volvió a tomarla por la cintura para ayudarla a ponerse en pie, se acurrucó contra su costado. Olía a café y a madera, aromas fuertes, masculinos y sólidos que le hicieron sentirse segura.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –dijo, dándose cuenta casi con sorpresa. «Colgado» no podía seguir siendo su apodo

Él hizo una pausa antes de contestar:

–Ian Black.

Chloe pensó que le resultaba familiar, pero no supo por qué.

–Gracias, Ian Black –dijo con una trémula sonrisa.

–De nada, Chloe –oírle pronunciar su nombre hizo que su sonrisa se acentuara. Se miraron por unos segundos en silencio. Finalmente, Ian dio un paso atrás y, dejando caer el brazo, dijo–: ¿Qué te parece si vamos a limpiarte?

Claro. Su barbilla. Chloe la había olvidado.

–No sé qué habría hecho si no llegas a aparecer –dijo mientras se dirigían lentamente al café.

La adrenalina se había apoderado de ella y las piernas le temblaban. Ian caminaba a su lado, sin tocarla pero lo bastante cerca como para sujetarla si fuera preciso. Llevaba el bolso de Chloe bajo el brazo.

–Siento no haber llegado un minuto antes. Podría haberte evitado el corte en la barbilla.

Chloe la notaba palpitante bajo la mano. Pero aunque estaba segura de que ya había dejado de sangrar, Ian había insistido en que la apretara con fuerza.

–La barbilla me da lo mismo. Me da más rabia el bolso.

–Un bolso puede reemplazarse

–Los que cuestan tanto como este, no –masculló Chloe.

–Entonces, siento no haber llegado antes en beneficio de tu bolso –bromeó él.

–Lo importante es que has llegado.

¿De hecho, por qué había aparecido? Chloe frunció el ceño, pero tuvo que desfruncirlo porque intensificó el dolor.

–¿Me estabas siguiendo?

–Sí.

Que fuera honesto le hizo ganar puntos.

–¿Por qué?

–Para disculparme. No te merecías que fuera tan grosero contigo.

Chloe tenía la sensación de que eso había pasado hacía siglos.

–Si ahora no aceptara tu ayuda, la grosera sería yo, ¿no crees?

–No serías la primera persona en rechazarme.

Chloe encontró la respuesta enigmática, y frunció de nuevo el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Ian no contestó. Giraron la esquina y vieron que en el café colgaba la señal de «cerrado».

–¡Qué mala suerte! –masculló Chloe

–No te preocupes.

Una camarera estaba limpiando la barra. Ian llamó conlos nudillos a la ventana para reclamar su atención. Chloe pensó que su corte debía tener mal aspecto, porque la chica dejó de inmediato lo que estaba haciendo y les abrió.

–¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Una vez más, Ian tomó la iniciativa. Llevó a Chloe hasta la mesa de la esquina y dijo:

–Vamos a necesitar el botiquín de primeros auxilios, Jesse.

Chloe confirmó que su aspecto debía ser terrible cuando la mujer obedeció sin vacilar. Por otro lado, el tono de Ian tampoco daba pie a discusión.

Mientras la camarera desaparecía en el cuarto trasero, Ian fue hasta el fregadero del otro lado de la barra. De un armario superior sacó un paño limpio. Luego tomó un cuenco de acero inoxidable y lo llenó de agua.

–Estás pálida –dijo al volver. A Chloe no le extrañó. El temblor de sus piernas se había extendido por todo su cuerpo. Tenía que concentrarse para no caerse de la silla.

–Espera –Ian cruzó de nuevo la sala y sacó del exhibidor una botella de agua–. Toma, bebe.

La dificultad de beber sin dejar de presionar la herida con la camisa y con la otra mano temblorosa, hizo que parte del agua

cayera fuera de sus labios.

–Esta noche no das una a derechas, ¿eh, Ricitos?

Chloe fue a contestar pero vio un brillo risueño en los ojos de Ian y sonrió a su vez.

–Menos mal que no me has dado café o te habría manchado la sudadera.

–¡Eso hubiera sido terrible! –bromeó Ian.

–Espero que no sea tu sudadera favorita.

–Como te he dicho, es un sacrificio por una buena causa –dijo Ian, y le recorrió la nariz con el dedo hasta darle un golpecito en la punta.

Chloe miró para otro lado para evitar ruborizarse. Quizá se debía al contraste de temperatura con el exterior, pero el escalofrío que había sentido hasta entonces empezaba a ser sustituido por un peculiar temblor en su interior.

–Aquí está el botiquín. No sé si tiene todo lo necesario. Hace mucho que no lo usamos –la vuelta de Jesse ayudó a disipar parte de la electricidad que había cargado el ambiente–. También he traído unas bolsas de plástico por si quieres ponerle hielo.

–Buena idea. ¿Puedes preparar dos? Puedes necesitarlas para las rodillas –aclaró Ian a Chloe.

Chloe se levantó la falda para mirárselas. Efectivamente, tenía un buen raspón en ambas. La piel estaba oscurecida con lo que pronto serían un par de grandes moretones. Los cortes no le dolían todavía, pero lo harían pronto.

Entre tanto, Ian estaba inspeccionando el botiquín.

–Ya veo a lo que te refieres con el botiquín –dijo a Jesse, dejando sobre la mesa un rollo de gasa–. Será mejor que prepares hielo también para la barbilla.

–Vale, jefe.

–¿Jefe? –lo único que impidió que Chloe se quedara boquiabierta fue que se sujetaba la mandíbula con la sudadera–. ¿Trabajas aquí? –preguntó a Ian.

–Algo así.

–¿Qué quieres decir con eso?

Chloe vio que Ian y la camarera intercambiaban una mirada. ¿Por qué le daba una respuesta tan evasiva?

En lugar de contestar, Ian dijo:

–Vamos a tardar un rato, Jesse. ¿Cómo vas a volver a casa?

–He quedado con mi novio para tomar algo

–Ve con cuidado. No queremos más incidentes por hoy.

Chloe esperó a que Jesse se fuera antes de continuar con el interrogatorio.

–Podías haberme dicho que trabajabas aquí –que hubiera una explicación lógica a su presencia en el local habría evitado que pasara el día especulando… y de que la robaran.

–Lo habría hecho si fuera verdad.

–Pero la chica te ha llamado «jefe».

–Ya.

La respuesta golpeó a Chloe como si fuera un saco lleno de ladrillos. ¡Cómo podía ser tan poco perspicaz!

–Eres el nuevo dueño.

–Me temo que sí. ¡Ay! ¿A qué viene eso?

Chloe le había dado una patada en la espinilla. De no ser porque le dolían las rodillas, le habría dado más fuerte.

–Por haberme hecho creer que eras un indigente –replicó, airada.

–Yo no te he hecho creer nada. Tú has llegado sola a tus propias conclusiones.

–Pero podrías haberme dicho algo. ¿Tienes idea de cuánto…

«…tiempo he pasado pensando en ti?». Afortunadamente, Chloe calló antes de terminar la frase.

–¿Por qué no me hiciste ver que estaba equivocada? –dijo, en cambio.

–Digamos que me hacía gracia.

–Me alegro de haberte servido de entretenimiento.

–Te aseguro que lo has conseguido, Ricitos –Ian la miró con un brillo tan socarrón en los ojos que Chloe le habría devuelto una mirada furibunda si su estómago no hubiera optado por dar en ese momento un brinco. Se sentía idiota. Ella y su grandioso gesto de generosidad–. Ahora entiendo que me dijeras que diera el café al tipo de la esquina.

–Suponía que lo necesitaría más que yo

Aproximándose, Ian le quitó la sudadera de la barbilla. La tela le tiró de la piel allí donde se había quedado pegada con la sangre seca, y Chloe hizo una mueca de dolor.

–Perdona –dijo él, dejando la prenda a un lado.
–¿Por la barbilla o por haberme engañado?
–Por las dos cosas. Ahora, echa la cabeza hacia atrás para que te limpie.
Chloe obedeció de mala gana. Un segundo más tarde, al sentir los dedos de Ian acariciarle el cuello, se sobresaltó. Tenía los nervios tan a flor de piel que percibió el contacto como más íntimo de lo que realmente era.
Ian percibió su tensión.
–Shhh –sus pulgares volvieron a acariciarla–. Tengo que ver si los cortes son profundos.
Mientras hablaba, se inclinó hacia ella y, una vez más, aspirar su aroma a café y a madera, Chloe sintió que se calmaba. Las manos de Ian eran más delicadas de lo que había esperado. Dado su aspecto desaliñado, había asumido que serían manos ásperas, acostumbradas al trabajo duro. Pero aquellos dedos tenía la calidad de la seda. Costaba creer que fueran las mismas manos fuertes que aquella misma mañana había visto rodeando una taza de café.
–Esa es una de las razones por las que te he seguido –dijo él, y su aliento acarició la piel de Chloe–; quería aclararte las cosas –la punzada de dolor que le causó un paño húmedo aplicado a la herida, impidió que hablara–: no me parecía justo seguir engañándote, y menos después de que tuvieras un gesto tan amable conmigo.
–Amable pero innecesario.
–Que fuera innecesario no le quita valor –Ian aclaró el paño y volvió a aplicarlo a la herida–. La intención es lo que cuenta.
La respuesta volvió a hacer sentir a Chloe aquel extraño estremecimiento interior. Habría querido llevarse la mano al vientre, pero la posición en la que estaban se lo impedía. Sin saber cómo, en el proceso de lavarle la herida, Ian había colocado una rodilla entre sus piernas. ¿O ella las había abierto para hacerle hueco? Sentía la costura de los vaqueros rozarle la piel, lo que hacía que le resultara imposible mantener su enfado.
–Uno –dijo súbitamente, agarrándose a la primera idea que se le pasó por la cabeza–. Has dicho que aclararme las cosas era una de las razones por las que me has seguido. ¿Cuál era la otra?
–Ya te lo he dicho, quería disculparme por haberte contestado

tan bruscamente. He sido un imbécil.

–¿Por qué lo has hecho?

Siguió un silencio que solo rompió el sonido del agua escurrida del paño.

–Es una larga historia.

Y por el tono de amargura con el que Ian lo dijo, no debía ser especialmente agradable.

–¿Quieres compartirla?

–¿Alguna vez has querido volver atrás en el tiempo?

Como había esperado que Ian le contestara que no, la pregunta la tomó por sorpresa.

–¿Aparte de esta noche?

–Sí –dijo Ian, dejando caer el paño en el cuenco. El agua se desbordó por los lados y formó un pequeño charco en la mesa.

–Aparte de esta noche. Los robos no cuentan.

Si a lo que se refería era a relaciones personales y decisiones equivocadas, la respuesta era sencilla:

–Todo el tiempo –más veces de las que él podría imaginar. Chloe dejó escapar una risita para intentar quitarle un poco de peso a la situación–: Tú mismo has conocido a Aiden.

–No te falta razón. ¿Qué demonios viste en él?

–Un encantador acento irlandés. ¿Qué quieres que le haga? –añadió Chloe cuando Ian enarcó una ceja–: soy una superficial.

–¿No lo somos todos? –contestó él, sonriendo.

En aquel instante, la parte superficial de Chloe acababa de notar las sombras que había en el fondo de los ojos de Ian, que alternativamente oscurecían y resaltaban el azul de sus ojos, dando profundidad a su mirada

–¿Y por qué quieres tú retroceder en el tiempo? –preguntó ella.

–Tengo problemas de todo tipo, Ricitos –Ian le tomó de nuevo la barbilla entre las manos y le inclinó la cabeza hacía atrás–. Veamos qué tenemos aquí.

–¿Cree que sobreviviré, doctor? –en realidad Chloe habría querido preguntarle a qué se refería, pero esas fueron las palabras que escaparon de sus labios.

Ian estudió la herida en silencio. Aunque pareciera imposible, el tacto de sus dedos fue aún más delicado que anteriormente. Entre la sensación de que la acariciara una pluma y su aliento rozándole con

calidez la base del cuello, Chloe tuvo que concentrarse para no temblar.

–Ya tienes una cicatriz –dijo él tras estudiarle el mentón.

–Recibí un cabezazo en un tiro a canasta. Jugaba a baloncesto en la universidad –dijo ella a modo de aclaración.

–Una mujer de un metro ochenta y cinco jugadora de baloncesto. ¡Menudo estereotipo!

–Uno noventa, gracias –Chloe bajó la barbilla, lo que fue un error porque se quedó con la nariz pegada a la de él. Un nuevo estremecimiento la recorrió de arriba abajo–. Jugar al baloncesto me ayudó a pagar los estudios.

–Debió ser una suerte

–Según como lo mires –no estaba segura de que nacer con unos brazos kilométricos fuera una suerte–. Pero no tuve otra elección.

–Todos podemos elegir –dijo él.

–¿A qué te refieres?

Como estaba ocupado revolviendo entre las vendas, Ian tardó en contestar.

–Exactamente a eso: siempre hay una elección. Pero no siempre se elige lo correcto.

–Desde luego –dijo Chloe–. Yo soy experta en tomar decisiones equivocadas.

–Tonterías. Solo eres una niña –Ian quitó el plástico a una tirita–. Solo alcanzarías la maestría si llegaras a cometer tantos errores como yo.

Chloe recordó que aquella mañana se había preguntado si Ian habría recibido su lección. La respuesta parecía ser que sí.

–Se acabó –dijo él, dando un paso atrás. Se refería a la herida, pero Chloe intuyó que también se refería a la conversación. El abrupto final la dejó tan alterada como el roce de sus dedos.

Lo que le hizo preguntarse si no estaba a punto de cometer un nuevo error.

# Capítulo 3

–¿Mientes a todo el mundo o me ha tocado a mí el premio?

Ian, que estaba abstraído escribiendo una carta, alzó la mirada y vio a Chloe junto a su mesa. Había elegido un aspecto premeditadamente dramático, con el cabello recogido en una coleta y gafas de sol que acentuaban sus pómulos y el vendaje de la barbilla. Ian sintió un cosquilleo en los dedos al recordar el tacto de su piel. Era demasiado atractiva para su propio bien. El tipo de mujer a la que el viejo Ian habría hecho cualquier cosa por conquistar.

–¿Te importaría empezar de nuevo? –preguntó–. Me he perdido el principio.

–Ian Black Technologies.

¡Vaya! Su identidad no-tan-secreta.

–Alguien ha estado buscando en Internet.

–Tu nombre me sonó familiar, y quise comprobar por qué. Ian Black, el extraordinario empresario de las nuevas tecnologías.

–«Extraordinario» es una definición excesiva. Solo tuve la idea adecuada en el momento oportuno. Eso no significa que te mintiera.

Las gafas se movieron, indicando que Chloe enarcaba las cejas.

–Me dijiste que eras dueño de este café.

–Lo soy.

–Pero no mencionaste que también tenías una empresa de defensa. Una mentira por omisión sigue siendo una mentira.

–Puede que me guste mantener un perfil discreto –las gafas volvieron a moverse. En esa ocasión Ian interpretó que Chloe ponía los ojos en blanco–. Además, no he omitido nada. ¿O no has leído que me han echado de mi propia empresa?

–Eso no cambia el hecho de que me dejaras creer que prácticamente vivías en la calle.

Era fascinante. Debía ser la primera mujer en su vida que se enojaba con él por ser rico. Y estaba claro que no sabía por qué le habían obligado a dimitir.

–Está bien, te pido disculpas por haber permitido que te hicieras una idea equivocada. Pero esa empresa forma parte del pasado. Ahora me concentro en arreglar el presente.

–¿En arreglarlo?

–Te dije que había cometido muchos errores –Ian señaló con la barbilla los dos vasos de cartón que Chloe llevaba en la mano–. ¿Uno de esos es para mí?

Ella se ruborizó.

–Se ve que anoche no aprendí la lección.

–Anoche fuiste encantadora.

–Querrás decir, ingenua.

–Nunca te disculpes por hacer algo amable. También lo es haberme comprado hoy un café –al margen de que fuera o no dueño del local–. Además, siempre se agradece una contribución al negocio –indicó a Chloe que se sentara.

–Quería hacer algo para agradecerte que me salvaras –dijo ella, tomando asiento frente a él–. He pensado en comprarte una sudadera nueva, pero justo entonces me he enterado de que eres rico.

–Y que puedo comprármela yo mismo.

–No, que podrías comprarme una a mí.

Ian rio. Chloe tenía buenos reflejos.

–Por lo que veo, llegaste bien a casa.

–Mejor que bien. Nunca me había escoltado un policía.

–A mí sí. Aunque ninguno tan simpático –ni ninguno le había mirado las piernas como el agente Kent había mirado las de Chloe.

–No era necesario que se lo pidieras.

Claro que sí. Quizá engañaba a los demás, pero Chloe no era tan dura como fingía. Bajo su aparente seguridad y sus comentarios agudos había una enorme vulnerabilidad. Si uno se fijaba lo bastante, la percibía en el fondo de sus ojos. Y él los había mirado la noche anterior prolongadamente. Por eso mismo había pedido al policía que la acompañara. Charlar con ella, tocarla… había tensado la cuerda demasiado. Para un hombre que llevaba un año sin estar con una mujer, acompañar a aquella a su casa hubiera sido demasiado tentador.

–No hay nada que agradecer –dijo–. Una de las ventajas de ser famoso es que puedes pedir favores a la policía.

–No, me refería a que él ya se había ofrecido.

¡Qué considerado!

–¿Eso significa que el pobre Aiden ya ha sido sustituido?

–Ni hablar –dijo ella trazando un semicírculo con la mano enguantada–. No pienso buscar sustitutos. No te mentí cuando te dije que tenía un mal historial. Como sabes, no se me da bien juzgar a la gente.

Un motivo más que por el que la decisión de Ian de la noche anterior había sido la correcta.

–¿Cómo sabes que el agente Kent no era la excepción de la norma?

Inclinándose hacia adelante, Chloe se bajó las gafas como si fuera a compartir un secreto.

–Porque no hay excepciones.

–Te infravaloras.

–No me infravaloro –dijo ella, mirándolo por encima del borde de la taza–. Son los hombres lo que no están a la altura.

–¿Incluido el que tienes delante? –Ian no fue capaz de resistirse a coquetear. Chloe se lo había servido en bandeja. Al ver que no contestaba, se echó a reír–: Supongo que debo tomármelo como un «sí».

–Un hombre que ya me ha mentido no debería arriesgarse a hacer preguntas estúpidas.

Ian volvió a reír pero no protestó. Si se defendía con el argumento de que había sido una mentira por omisión entrarían en una discusión circular. Por eso mismo sabía que Chloe no era tan arrogante respecto a los hombres como aparentaba. Las gafas podían ocultarle los ojos, pero no podían engañar a un tramposo. También él se había comportado así, enfrentándose al mundo con fingido valor y ocultando los miedos para evitar mostrar cualquier debilidad.

¿Por qué le habría hablado de sus errores la noche anterior? Alargando la mano, tomó el otro café, le quitó la tapa y aspiró el aroma con fuerza. Era la adicción que había conservado de sus días de alcoholismo, y no pensaba dejarlo. Cerró los ojos e inhaló de nuevo.

–¿Qué hacía el ser humano antes de descubrir el café? –preguntó.

–Se mataban entre sí.

–En ese caso estoy dispuesto a hacer una solicitud para que den el premio Nobel de la Paz al que preparó la primera taza.

En esa ocasión fue Chloe quien rio. Sus labios color rubí se separaron y el sonido se alojó en el interior de Ian, despertando zonas que llevaban tiempo adormecidas.

Dio un largo trago al café, saboreándolo. Hacía mucho que no bajaba sus defensas más que con Jack o con su terapeuta de rehabilitación. Había hecho bien al dar un paso atrás la noche anterior. No había querido estropear la incipiente amistad que estaba surgiendo entre ellos.

–Hoy vas a trabajar antes de lo habitual –comentó, dejando el vaso–. No creo que hayas venido antes de lo normal solo para comprarme un café.

–Ojalá –Chloe bajó la vista–. Tengo que terminar el trabajo que no completé anoche. No me gusta dejar las cosas a medias.

«A mí tampoco» pensó Ian, mirando la carta que había vuelto a empezar media docena de veces. Otra amante cuyos sentimientos había pisoteado. Cada una de las cosas por las que se disculpaba le recordaba todas las que quedaban pendientes.

–Pero tienes una buena excusa –dijo a Chloe–. Tu jefe lo comprenderá, sobre todo cuando te vea la barbilla.

–¿Por qué crees que me he puesto la venda?

Ian habría querido que se quitara las gafas. Le encantaba como brillaban sus ojos cuando bromeaba.

–Si quieres que se compadezcan verdaderamente de ti, deberías cojear un poco. Siempre enternece a los jefes.

–¿Tú usaste esa táctica con los tuyos?

–En absoluto. ¿Por qué crees que se alegraron tanto de que me fuera? No me podían ni ver. Me porté como un idiota.

–Eso leí anoche.

–¿Y aun así me hablas?

–Por ahora, sí –Chloe fue a levantarse, pero se paró en seco. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono serio–. Quiero que sepas que te agradezco mucho lo que hiciste. Es una tontería decirlo, pero si puedo hacer algo por ti…

–No me debes nada. Te aseguro que los puntos positivos que gané son más que suficientes.

–¿Quieres evitar que te salgan entradas y una tripa cervecera?

–No seas cruel, Ricitos.

Chloe sonrió con pillería.

–No deberías preocuparte, Peli. A tú edad, el daño ya está hecho.

Como si no lo supiera. Precisamente esa era la razón por la que Ian se obligó a retirar la mirada de su trasero cuando salía por la puerta. Su sangre ya se había alterado lo bastante el día anterior. Si seguía así, tendría que añadir otra carta a la lista.

La transición del cálido café al aire frío de la calle hizo que Chloe se estremeciera y sujetara el bolso con fuerza. Aunque hubiera actuado ante Ian como si no estuviera afectada por lo sucedido la noche anterior, todavía se sentía vulnerable. De hecho, no sabía qué habría pasado de no haberlo tenido a su lado. Su reconfortante presencia había evitado que se hundiera. Si se concentraba, todavía podía oler su fragancia. Doce horas después, le bastaba recordarlo para sentirse mejor. Ian había sido tan fuerte, había despertado en ella tanta confianza… Y Chloe no estaba acostumbrada a poder contar con nadie.

Luego se había quedado perpleja al descubrir que su colgado y recién descubierto dueño del café, era nada más y nada menos que el director general de la mayor compañía de Defensa del país. Bueno, el antiguo director general, tal y como Ian había insistido en aclararle. En Internet explicaban algo sobre un golpe de timón de su consejo de administración. Había estado demasiado aturdida como para leer detalladamente.

Unos pasos por delante, vio una cabeza rubia que le era familiar, envuelta en una voluminosa bufanda azul y que caminaba más despacio que los demás peatones. A Laroo le horrorizaba el frío.

–¿Estás intentando marcar un número por telepatía? –le preguntó cuando le dio alcance.

Larissa miró su teléfono con el ceño fruncido.

–Estaba segura de que Tom me dijo que estaría en su despacho a primera hora. Dios mío, ¿qué te ha pasado en la barbilla?

–Me robaron ayer por la noche –dijo Chloe.

Su amiga se paró en seco.

–¡Qué horror! ¿Estás bien?

–Aparte de unos arañazos en las manos y las rodillas, sí. Mi

bolso se llevó la peor parte. Doscientos dólares a la basura.

–Debió ser espantoso –Larissa dio un paso y volvió a detenerse–. ¿Y tus cosas? ¿Vas a tener que cancelar todas las tarjetas?

–Afortunadamente, no. Ian atrapó al ladrón y recuperó el bolso.

–¿Quién es Ian?

Chloe le contó todo lo ocurrido, incluida la verdadera identidad de Ian, aunque se reservó cualquier comentario que pudiera llevar a Laroo, siempre tan romántica, a interpretaciones erróneas.

Cuando terminó, su amiga sacudió la cabeza.

–Es increíble. ¿Y se pasa todo el día sentado en el café? ¿Por qué?

–Ni idea. A lo mejor le gusta holgazanear –Chloe lo dudaba. Ian parecía más un hombre de acción, tal y como había demostrado la noche anterior al atrapar a su asaltante.

–En cualquier caso, tuviste suerte de que estuviera allí.

–Desde luego.

Entraron por la puerta giratoria al vestíbulo. Por comparación con el frío exterior, en el interior reinaba un calor casi tropical.

–Odio este tiempo –dijo Larissa, empezando a quitarse los metros de lana que le rodeaban el cuello–. Se supone que estábamos en primavera.

–Muy al principio –le recordó Chloe.

–Ya. Dicen que va a llover el fin de semana. Como no haga sol pronto, voy a enloquecer.

–Anímate. En unas pocas semanas estarás en México bebiendo champán.

–Tienes razón. Aun así, espero que Del tenga buen tiempo para su boda.

–Con tal de casarse, yo creo que a Simon y a ella les daría lo mismo.

–Tienes razón. ¡No he visto una pareja más enamorada en mi vida!

–¡Mira quién fue a hablar! Tú tienes a Tom.

–Claro –replicó Larissa distraídamente–. Por cierto, ¿Ese Ian es mono?

Chloe nunca describiría a Ian Black como «mono».

–Es atractivo, ¿por qué?

Chloe no necesitó que Larissa contestara para saberlo, así que se

adelantó.

–No tengo el menor interés en empezar una relación ahora mismo.

–Suena mucho mejor que Aiden.

Chloe no estaba segura. Con hombres como Aiden una sabía a qué atenerse. Ian Black, en cambio, era más intenso y misterioso. Esa era la razón por la que prefería relaciones superficiales. Los hombres con más carácter dejaban cicatrices más profundas cuando la relación terminaba.

–No hay ninguna ley por la que sea obligatorio tener una relación –dijo Chloe cuando se cerraron las puertas del ascensor.

–Ya lo sé.

–¿Y por qué me empujas a que tenga una?

–Yo no te empujo a nada. Solo te he preguntado si Ian era guapo

Chloe miró al suelo. Larissa tenía razón.

–Perdona, creo que lo que pasó anoche me ha dejado un poco suspicaz.

–No me extraña, a mí me pasaría lo mismo. Aunque… –Larissa dejó la frase en suspenso.

Al mirarla, Chloe vio que se mordía el labio.

–Pero ¿qué? –la instó–. Vamos, dilo.

–Está bien. Insistes demasiado en que no quieres relaciones serias.

–Porque prefiero las cosas simples.

–Eso dices –cruzada de brazos y con los labios en un rictus, su amiga era el escepticismo en persona–. Me pregunto a quién quieres convencer con tanto ahínco, si a mí o a ti misma.

En circunstancias normales, los sábados por la mañana Chloe dormía hasta tarde y desayunaba en pijama. Pero aquel sábado había recibido una llamada avisándole de que ya tenía listo el vestido para la boda de Delilah, así que en lugar de poder holgazanear, fue temprano al centro. Quería acabar sus recados antes de que empezara a llover.

Además, quería evitar a Larissa, con la que seguía molesta por el comentario que le había hecho en el ascensor. Ella no intentaba convencerse a sí misma de algo que sabía hacía años. El problema

era que Laroo era una romántica incurable que vivía en un mundo de novias, bodas y bebés. Ella era mucho más práctica, y estaba decidida a preservar su dignidad antes que a perseguir fantasías.

Afortunadamente, Larissa no se había dado cuenta de que evitaba entrar en detalles sobre Ian cuando la verdad era que no solo lo encontraba atractivo, sino que le bastaba oír su voz para pensar en sexo. Añadiendo a eso sus rasgos pronunciados y un torso sólido… ¿cómo no estar intrigada?

Pero estar intrigada no era lo mismo que tener interés en algo. Que se hubiera desviado varias manzanas para pasar por Café Mondu solo se debía a que estaba deseando tomar un café con leche con menta y moca. Como solo fue sorpresa y no desilusión lo que sintió al encontrar a dos mujeres de mediana edad ocupando la mesa en la que él solía sentarse.

–Buenos días –le saludó Jesse–. Se ve que Ian hizo un buen trabajo.

–¿Perdón?

–La barbilla. El corte está cerrando muy bien.

–Gracias –Chloe se pasó la mano por la herida–. Menos mal que tu jefe sabe de primeros auxilios.

–Será por el entrenamiento militar.

–¿Sabías que había estado en el ejército?

–Le oí un día hablando con un par de soldados. ¿Por qué?

–Por nada –Chloe había pensado por un instante que era la única persona que no reconocía a Ian. En Internet había leído que su experiencia como paramédico le había inspirado para inventar el parche de coagulación Black, que se convirtió en el producto estrella de su empresa–. Hoy no ha venido, ¿verdad? –preguntó. Pero solo porque sería una grosería no saludarlo.

Antes de que Jesse contestara, le llegó la voz de Ian.

–Jack, lo dices como si fuera a aparecer ante el chico de la nada. Hemos estado en contacto.

Salió del almacén, sujetando el teléfono con el hombro y una taza de café en la otra mano, y a Chloe estuvo a punto de caérsele el bolso de las manos. Era el primer día que lo veía bien vestido y el efecto era impactante. Llevaba unos pantalones caqui y un jersey del mismo azul que sus ojos. Tenía las mangas subidas hasta los codos y Chloe se quedó mirando sus antebrazos, que eran finos pero

con músculos que se marcaban con cada uno de sus movimientos. Una cicatriz le recorría el brazo derecho y, recorriéndola con la mirada, Chloe llegó a los fuertes y delicados dedos cuyo tacto recordaba tan bien.

–Porque algunas no se pueden decir a distancia. Y cuanto más espere… –se frotó el puente de la nariz, claramente irritado–. Mi instinto me dice lo contrario.

–Tres ochenta y cinco –dijo Jesse. Chloe le pasó un billete de cinco dólares y le indicó que se quedara con el cambio. Le interesaba más la conversación que tenía lugar tras la barra que las monedas.

–De acuerdo. Tomo nota de que te opones –con un suspiro que podría haberse oído en el otro extremo de Manhattan, Ian dejó el teléfono sobre la barra.

Chloe habló sin pensárselo:

–¿Problemas?

Ian se había quedado mirando al techo y no la había visto llegar al lateral de la barra. Su pregunta le hizo mirar súbitamente, con una expresión tan desencajada, que Chloe sintió lástima de él.

–Opiniones enfrentadas –dijo. Volvió la mirada hacia el teléfono y suspiró–: Ahoya voy a tener que llamar para disculparme por haber colgado.

–Parece que es Jack quien te ha provocado.

–No. Más bien yo he descargado mi frustración en él. Y eso que creía que ya había superado ese hábito.

–Lo siento.

Ian frunció el ceño.

–¿Qué es lo que sientes?

Lo cierto era que Chloe no estaba segura. Pero el tono apagado de la mirada de Ian le había movido a decir eso.

–Que te sientas frustrado.

–La culpa es mía.

–¿Puedo hacer algo por ti?

Tal y como esperaba, Ian negó con la cabeza.

–Ojalá, Ricitos. Pero me temo que esto solo lo puedo resolver yo. Solo me gustaría que la gente dejara de darme consejos que no he pedido.

–Te entiendo –dijo Chloe, pensando en Larissa–. A mis amigas

les encanta dar consejos. No hay manera de que entiendan que, en lo que se refiere a mi propia vida, sé mejor que ellas lo que tengo que hacer.

–Precisamente –un hilo de comprensión mutua se tejió entre ellos, e Ian le dedicó la primera sonrisa del día, triste, pero sonrisa al fin–: No comprende que este error lo tengo que resolver en persona.

Debía tratarse de algo verdaderamente importante para que le afectara tanto.

–¿Te refieres a Jack?

–Si por él fuera seguiría en el paso uno.

–¿El paso uno de qué?

–De doce. Deduzco que esa información no salió en tu búsqueda por Internet.

–¿El qué?

Ian se sirvió otro café y dijo:

–Que soy un alcohólico.

## Capítulo 4

–TÉCNICAMENTE, «alcohólico funcional» es la definición adecuada, porque bebía a lo largo de todo el día en lugar de compulsivamente a partir de cierta hora. Eso me permitía…

–¿Funcionar? –Chloe sonó más sarcástica de lo que pretendía.

Ian alzó a taza haciendo el gesto de brindar.

–Si no, no habría podido fundar una empresa.

Tras aquel intercambio, se sentaron en una mesa para continuar la conversación. A Chloe le extrañó que Ian quisiera hablar con ella de algo tan personal; y no podía negar que sentía curiosidad.

–¿Qué pasó? –preguntó, sin saber por dónde empezar.

–Que bebía. Mucho –dijo Ian–. ¿Te refieres a si pasó algo traumático que me llevara a beber en exceso? No. Todo empezó con unas copas para librarme del estrés; a medida que este aumentó, también lo hicieron las copas. Antes de que me diera cuenta, estaba bebiendo todo el tiempo.

Chloe intuyó que había algo más por el modo en el que esquivó su mirada.

–¿Y el trabajo?

–¿Te acuerdas de lo de «funcional»? –Ian rio por encima del borde de la taza–. El trabajo lo era todo. Bueno, aparte del alcohol. Todo lo demás era secundario. Sobre todo la gente.

Chloe notó que la sombra que nublaba su rostro se intensificó.

–El caso es que hace dieciocho meses, empecé un programa de desintoxicación y ahora estoy centrado en el paso ocho: disculparme con todos aquellos, que son muchos, a los que he hecho daño.

Corrigiendo sus errores. Chloe comprendió la conexión con la conversación de la noche anterior y su corazón se hinchió de admiración. Recordando la peculiar conversación que había escuchado hacía unos minutos, preguntó:

–¿Jack es una de las personas a las que debes pedir perdón?

Ian le dedicó otra de sus tristes sonrisas.

–Jack es mi guardián. Hace mucho tiempo que me quedé sin amigos. Por eso estoy desahogándome contigo.

Así que necesitaba a alguien con quien hablar.

–No me importa –de hecho Chloe se sentía halagada. Los hombres con los que solía cruzarse no mantenían conversaciones de peso. Que Ian la considerara una interlocutora válida le hizo sentirse importante.

–Eso lo dices porque acabas de conocerme. Dame tiempo.

¿Qué quería decir? ¿Que también ella se cansaría de él? Viendo la melancolía en sus ojos, se dio cuenta de que la historia de Ian todavía no había acabado.

–¿Por qué tu guardián no quiere que te disculpes? ¿No debería animarte?

–Jack cree que actúo precipitadamente. Dice que debo actuar con cautela. No se da cuenta de que no puedo permitírmelo. Ya he perdido trece años.

Eso era mucho tiempo. Ian bebió de su taza de café, pero Chloe no tocó la suya. Estaba demasiado fascinada con la conversación.

–La persona en cuestión debe ser muy importante para ti si quieres localizarla después de tanto tiempo –o Ian había actuado tan mal que no podía olvidarlo

–Sí –dijo él–. Es mi hijo.

Su hijo. Chloe se quedó helada, y la compasión que había sentido por Ian hasta ese momento se evaporó

–¿Abandonaste a tu familia? –no se molestó en disimular su indignación. Un hombre capaz de abandonar a su hijo no se merecía su atención. Y pensar que había creído que era diferente, mejor…

–No del todo. Me he ocupado de los gastos de mi exmujer, Jeanine, y de él. Nunca le ha faltado nada. Me fui porque estaba mejor sin mí.

Sí, claro. Mucho mejor, intentando comprender durante todos aquellos años por qué no merecía ser amado por su propio padre…

–Tienes lo que te mereces –musitó.

Erróneamente, Ian pensó que se refería a él.

–Te aseguro que lo sé. Le escribí cuando estuve seguro de que iba a permanecer sobrio. Llevamos escribiéndonos un año.

–Cartas y dinero –dijo Chloe. Más de lo que ella había recibido

de su padre. Aun así, el niño se merecía más. Las disculpas eran tan vagas como las promesas.

–Ya sé que no es suficiente –dijo Ian–. Pero era lo único que podía hacer. Yo era un borracho y un hijo de perra, y te aseguro que mi hijo ha estado mejor sin mí.

–¿Lo crees de verdad?

–Lo sé –Ian se frotó la cara con gesto abatido–. Era un ser espantoso, Chloe. He sido cruel con mucha gente, y también le habría hecho daño a él.

–¿Y no crees que también le habrá hecho daño crecer sin su padre?

–Mucho menos –Ian sonó tan convencido que Chloe decidió no contradecirlo. Quizá tenía algo de razón. Las visitas ocasionales de su propio padre solo habían servido para hacerle albergar esperanzas infundadas.

Ahuyentando sus recuerdos de infancia, volvió al presente.

–¿Qué es lo que Jack no quiere que hagas?

–He llamado a Matt. Hay cosas que no se pueden decir por carta.

Chloe estaba de acuerdo.

–¿Y qué te ha dicho?

–No me ha devuelto la llamada. Le he dicho a Jack que quería ir a verlo en persona. Has escuchado a partir de ahí.

Ian toqueteaba el asa de la taza nerviosamente y a pesar de sentirse desilusionada, Chloe no pudo evitar recordar la delicadeza con la que aquellos dedos la habían tocado. Resultaba doloroso que un hombre capaz de tanta ternura pudiera ser cruel.

–Según Jack, debería limitarme a las cartas –continuó Ian–. Pero Matt es mi hijo. Necesita oírme pedirle perdón para que sepa que hablo en serio.

Una semilla de empatía germinó en el corazón de Chloe. Era obvio que Ian estaba verdaderamente arrepentido. El dolor permeaba cada una de sus palabras. Y estaba intentando reparar el daño que había causado. Quería ir a ver al chico. ¡Qué no habría dado ella para que su padre hubiera hecho algo así!

–Sé que perdí el derecho a considerarme padre hace mucho –continuó Ian–. Pero solo quiero cinco minutos para decirle que no lo he olvidado, que me alejé por su propio bien.

Abrió su billetero y sacó una fotografía que pasó a Chloe.

–Es su foto de graduación. Le pedí que me la mandara.

Chloe vio a un chico guapo, con cabello oscuro y una sonrisa tímida.

–Muy guapo. Se parece a su padre.

–Y es listo. Fue el encargado de hacer el discurso de graduación.

–¿Fuiste? –preguntó Chloe, sorprendida–. ¿Por qué no hablaste con él? ¿Estabas…?

–Ese día no.

–¿Y por qué no le dijiste que estabas allí?

–No quería estropearle el día. Su madre y yo no nos soportamos. Siempre hemos evitado hacer una escena delante de él.

¿Siempre?

–¿Has acudido a verlo en más ocasiones?

–Todas las veces que he podido. Que no estuviera presente en su vida no significa que no me importara.

A Chloe se le formó un nudo en la garganta. Ian no habría podido decir nada que la emocionara más.

¡Cuánto envidiaba a Matthew Black! Ian le estaba haciendo el mejor regalo de toda su vida: la oportunidad de saber cuánto le importaba.

Chloe alargó la mano y tomó la de Ian.

–Jack se equivoca. Tu hijo merece oír tus disculpas en persona. No dejes que te convenza de lo contrario.

Ian sintió el calor reconfortante de la mano de Chloe recorrerlo por dentro.

–Querida, ¿no has leído los artículos de Internet? Cuando decido algo, haría falta una bomba atómica para hacerme cambiar de idea.

–Así que vas a ir.

Ian asintió con la cabeza.

–Hoy. Está en la Universidad Pública de Pensilvania –el viaje llevaba unas tres horas. Con suerte llegaría al atardecer y estaría de vuelta antes de medianoche.

Chloe sonrió.

–Me alegro. En mi opinión, cuanto antes mejor.

Chloe habló con un énfasis y un brillo en los ojos que sorprendió a Ian.

–Perdona, pero para conocer mi historia desde hace cinco minutos, ¿cómo es que pareces tan implicada? –preguntó, retirando

a su pesar la mano de debajo de la de ella y apoyando la espalda en el respaldo de la silla para ver su mejor rostro.

–Por nada –dijo Chloe, pero por cómo desvió la mirada Ian intuyó que mentía–. Me limito a apoyarte porque me parece una buena obra.

–No es una buena obra –disculparse con Matt era tan importante para sí mismo como para su hijos.

El sentimiento de culpabilidad era lo que lo había llevado a beber. ¿Cuánto tardaría en recaer si no se redimía? Así que no lo movía la bondad, sino el egoísmo. Lo último que se merecía era que una mujer hermosa lo mirara con ojos centelleantes de admiración, tal y como lo hacía Chloe en ese momento.

–No soy ningún héroe –le recordó y se recordó a sí mismo.

–Al menos estás tendiendo una mano a tu hijo para que sepa cuánto te importa. Muchos padres no se toman esa molestia.

Ian se preguntó si se refería al de ella. Podía preguntárselo, pero la conversación ya había adquirido un tono demasiado deprimente. Era curioso cómo se abría a Chloe y le contaba sus secretos. Con ella se sentía más cómodo de lo que se había sentido nunca con nadie.

Buscando un tema menso emotivo, vio que Chloe había dejado una funda negra sobre una silla.

–¿Has estado de compras?

–¿Perdona? –Chloe lo miro desconcertada.

–La funda.

–He recogido mi vestido de dama de honor. Mi amiga Delilah se casa la semana que viene con nuestro jefe.

–Esa es una buena manera de conseguir un ascenso.

–¡Cómo puedes ser tan cínico!

Ian rio.

–Lo sé por experiencia –él había roto muchos corazones; pero también muchas mujeres se habían aproximado a él por su dinero.

–No sabía que los dueños de cafés fuerais tan buen partido.

Ian volvió a reír.

–¿No te has enterado de que el café es muy sexy?

–No, pero gracias por informarme.

–¿Y tu amiga…?

–Delilah. En su caso, se trata de amor sincero. Si existen las

almas gemelas, Simon y Delilah lo son.

–¿Y ahora quién suena escéptica? –dijo Ian al percibir una leve reticencia en la última frase de Chloe.

–No es escepticismo, sino tristeza. Mis dos mejores amigas se casan esta primavera y yo soy dama de honor en ambos casos. ¡Menos mal que consigo dos bonitos vestidos!

Una vez más, bromeaba para fingir que algo no la afectaba. Pero sin las gafas de sol no era tan fácil.

–Puedes agradecérselo comprándoles un regalo inútil –bromeó él–: un salero bañado en plata, una pinza para marisco. Cualquier cosa menos candelabros de plata. Todavía tengo la cicatriz de cuando mi exmujer me tiró uno a la cabeza.

–Debió hacerte daño

–¡Desde luego! La verdad es que Jeanine y yo éramos como fuego y gasolina juntos. Algunas relaciones deberían estar prohibidas.

–Tienes razón.

A Ian le sorprendió que Chloe contestara tan automáticamente.

–Lo dices porque tu novio acaba de engañarte.

Chloe alargó la mano hacia la taza.

–Para que lo sepas, Aiden está totalmente superado. En realidad nunca me interesó demasiado.

Entonces qué causaba la tristeza que había detrás de su sonrisa. Algo, o alguien, la habían herido.

Ian recordó los comentarios que había hecho sobre la influencia de los padres en los hijos y con una súbita desesperación se preguntó si Matt estaría abocado a una vida tan fría y solitaria como la que él padecía.

–¿Qué pasa? –preguntó Chloe, notando su cambio de humor.

Ian sacudió la cabeza.

–Nada. Debería ponerme en marcha si quiero llegar a tiempo.

–No me había dado cuenta de la hora –dijo Chloe al mirar el reloj–. Siento haberte retrasado.

–No te disculpes. Me alegro mucho de que hayamos hablado –para reprimir el impulso de entrelazar sus dedos con los de Chloe, asió la taza–. Como te he dicho, no me quedan muchos amigos.

–Ahora tienes al menos una –dijo Chloe.

Ian recibió esa declaración como un abrazo. La amistad era un

lujo que no se había podido permitir desde hacía mucho tiempo.

–Y es encantadora –¿cuánto tardaría en decepcionarla? Si se dejaba llevar por el deseo que lo recorría, terminaría por convertir su siguiente contacto físico en un nuevo error. Para retrasarlo, metió las manos en los bolsillos–. Empieza a llover. Será mejor que me vaya. La próxima vez que vengas, estás invitada.

–¿Otra vez? Te voy a salir muy cara.

–Tal vez debamos asociarnos.

Ian estaba retrasando el momento de partir. En cuanto saliera estaría solo y aunque normalmente no le importaba la soledad, todavía no estaba preparado para dejar la calidez de la compañía de Chloe.

–¿Quieres que te acompañe?

Ian, que ya iba de camino a la barra, tardó unos segundos en procesar la pregunta, y pensó que había oído mal.

–¿Quieres venir a Pensilvania?

–¿Por qué no? No tengo nada que hacer. Y puedo entretenerte si te pones nervioso.

–Yo no me pongo nervioso.

Chloe se encogió de hombros.

–Si no quieres compañía, basta con que lo digas.

–Yo no he dicho eso.

–Entonces, ¿qué has querido decir?

–Yo… –Ian volvió hacia la mesa–. ¿Por qué? –preguntó.

–No te entiendo.

Claro que entendía, pero estaba esquivando la respuesta. Ian se inclinó hacia ella, que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–¿Te ofreces a menudo a ir de viaje con hombres a los que apenas conoces?

Chloe alzó la barbilla con gesto airado.

–Una excursión no es un viaje. Y no conocerme no te ha impedido contarme tu vida.

–Ricitos, no te he contado ni la mitad –ni ella a él. Aparte de que jugaba al baloncesto en la universidad, que trabajaba en publicidad y que tenía un gusto espantoso en lo relativo a hombres, no sabía nada de ella–. Sigues sin contestarme: ¿por qué estás dispuesta a venir conmigo?

–Porque estoy en deuda contigo por la otra noche y esta es la oportunidad de devolverte el favor.

–¿Y?

–¿Tiene que haber un «y»? ¿No basta con querer devolver un gesto de amabilidad?

–Para algunas personas, sí –sin embargo, Ian tenía la sensación de que había algo más.

–Solo pretendo comportarme como una amiga –dijo ella, leyendo su pensamiento.

–¿Solo eso?

–Veo que no me crees.

–No sería la primera vez que oigo esa frase.

–Te aseguro que esta vez no es una frase, es la verdad.

–Pues yo necesito una amiga… –Ian percibió en sus ojos una vulnerabilidad de niña pequeña que le encogió el corazón.

Cualquier tipo de relación con aquella mujer podía ser una equivocación. Por otro lado, solo se trataba de un día. Diez horas a lo sumo. Tener una aliada era tentador.

–Está bien –dijo, desoyendo las voces que lo prevenían–. Pero te advierto que ni hago paradas ni me desvío, y que yo elijo la emisora de la radio.

# Capítulo 5

–ES TU última oportunidad de echarte atrás –dijo Ian, dejando la bolsa de Chloe en el asiento trasero.

Era la tercera vez que le hacía esa oferta.

–¿Intentas que cambie de idea?

–No, pero no quiero que vayas en contra de tu voluntad.

–Ni aceptar un gesto amable de alguien.

–Será porque creo que no lo merezco.

El comentario dio lástima a Chloe. Ian no tenía ni amigos ni cariño. Estaba completamente solo. Al menos ella tenía a Larissa y a Delilah.

Al pensar en ellas, Chloe imaginó cómo reaccionarían cuando supieran lo que estaba haciendo. Delilah suspiraría y diría algo sobre su impulsividad, mientras que Larissa le recordaría su comentario sobre no estar interesada en una relación. Sus amigas no entenderían que en su oferta no había nada impulsivo ni romántico. Una parte de ella necesitaba ser testigo de que existían padres que merecían ser perdonados.

–¿Crees que habremos vuelto para la medianoche? –preguntó, ocupando el asiento delantero.

–¿Por qué? ¿Te vas a transformar en calabaza?

–Lo comprobarás por ti mismo.

La sonrisa que Ian le dedicó la dejó sin aliento.

–Tienes suerte: me encanta la calabaza –dijo él.

Apenas habían arrancado cuando empezó a llover copiosamente.

–Espero que no contaras con hacer una excursión en un sábado soleado.

–No pensaba hacer una excursión. Punto.

–Es verdad. Eres muy impulsiva, ¿verdad?

Chloe notó que se ruborizaba.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Nada. Pero por si acaso he traído unas servilletas, no se te vaya a caer el café.

O por si se lo echaba a alguien por la cabeza.

–No vas a dejar que lo olvide, ¿verdad?

–Ni hablar. Fue un acto infame –bromeó Ian. Y más serio, añadió–: ¡Pero quién soy yo para juzgar a nadie!

Chloe se preguntó si no se juzgaba con excesiva severidad. No cabía duda de que había cometido graves errores, pero estaba intentando repararlos.

Lo observó conducir y notó que asía el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. No era de extrañar que estuviera nervioso cuando acudía a la que podía ser la cita más importante de su vida.

–¿Qué estudia tu hijo? –preguntó.

Ian dijo con orgullo:

–Ingeniería. Es muy bueno.

–Se ve que ha heredado la cabeza para la tecnología de su padre.

–Al menos tiene algo bueno de mí.

–Podría haber sido peor. Todo lo que yo heredé de mi padre fue una envergadura de un metro noventa.

–¿Qué quieres decir?

–Perdona, es un término de baloncesto. Es la distancia que hay de punta a punta de mis brazos cuando los abro en cruz. Cuanto mayor distancia hay, mayor es el potencial de rebote.

–Entiendo.

Ian mantuvo la vista fija en la carretera, pero Chloe sintió el mismo estremecimiento que si la hubiera estado observando fijamente. Su «entiendo» había sonado como si preguntara «¿qué estás ocultando?». ¿Por qué demonios habría mencionado a su padre?

–¿Tu padre jugaba al baloncesto? –preguntó él.

Pero lo que Chloe oyó fue: «cuéntame tu secreto».

–Eso he oído. ¿Te importa que encienda la radio? –Chloe confió en que Ian solo se fijara en la última pregunta. Apenas había tocado el botón de encendido cuando Ian cerró los dedos en torno a su muñeca.

–¿Qué quieres decir con que «eso has oído»?

Chloe suspiró y se quedó mirando la radio. Entretanto, habían llegado a un semáforo en rojo e Ian se volvió hacia ella. Sabiéndose sin escapatoria, Chloe decidió que sería mejor contar la verdad y

tratar de cambiar de tema.

–He visto a mi padre un par de veces en toda mi vida.

Hacienda acopio de valor, miró a Ian a los ojos.

–No hace falta que te diga que nunca se ha molestado en localizarme para pedirme disculpas.

Ian dejó que su mirada de compasión hablara por él, pero Chloe no quería que sintiera lástima de ella. Solo quería olvidar que era la pequeña defectuosa que sus padres habían creado.

Ian le acarició la muñeca con el pulgar con una perturbadora delicadeza.

–Mientras no pongas ni noticias, ni hip-hop, ni pop, ni música clásica, ni música ambiente, puedes elegir la emisora que quieras.

En otras palabras, le dejaba compartir con él lo que quisiera, cuando así lo decidiera. A Chloe se le formó un nudo en la garganta de emoción.

–Entonces solo queda country –dijo cuando consiguió articular palabra.

–Así es.

Chloe encendió la radio y unos segundos más tarde el sonido de una guitarra inundó el interior del coche. Solo al reclinarse de nuevo se dio cuenta de que Ian seguía sujetándole la muñeca, y sintió que se derretía. Desde pequeña había sido la niña grande de la clase que sobresalía sobre sus compañeros y ocupaba más espacio que nadie. Pero la mano fuerte y firme de Ian le hacía sentir delicada, y más femenina de lo que se había sentido nunca. Peor aún, su tacto le hacía creer que le importaba a alguien y la sensación era tan embriagadora que estaba segura de que podía ser adictiva.

Además de darle pavor.

Tras dos horas avanzando hacia el oeste, la lluvia se convirtió en aguanieve y pronto se formaron retenciones en la carretera, hasta el punto de que tardaron media hora en recorrer menos de veinte kilómetros.

–Parece que la gente no ha conducido nunca con mal tiempo –masculló Ian.

–¡Qué raro que tengan cuidado con el hielo!

El sarcasmo de Chloe alivió un poco el malhumor de Ian. Un poco.

–Odio perder tiempo –mascullló de nuevo.

–Tiene gracia que lo diga un hombre que pasa el día en un café.

–No me limito a pasar el tiempo, sino que aprendo el negocio– contestó Ian.

Tiempo atrás, se habría enfurecido con cualquiera que le hubiera dicho algo así. Pero los comentarios de Chloe le divertían. Le gustaba que siguiera tratándolo como a un don nadie. Lo ayudaba a mantener los pies en la tierra.

La miró de soslayo. Al poco de empezar el viaje le había dicho que se pusiera cómoda y ella se había quitado las botas y había inclinado el respaldo del asiento. En aquel momento, tenía las piernas recogidas en el asiento y la bufanda sobre el regazo. Su pura sangre se había transformado en un gatito.

–¿Tienes frío? –le preguntó.

–Un poco.

Ian se inclinó hacia el termostato y al llegarle el aroma a menta de Chloe, volvió a preguntarse, como un par de noches atrás, si sabría igual que olía. Solo pensarlo hizo que le apretaran los pantalones.

–¿Mejor?

–Sí, gracias.

–De nada. ¿Por qué no me has avisado de que tenías frío?

–El conductor me ha advertido que él elegía la temperatura.

Era verdad. Se lo había dicho cuando preguntó si podía encender la radio.

El olor a menta volvió a alcanzarlo al moverse Chloe en el asiento. Estiró las piernas lo más que pudo y movió los dedos. Tenía unas piernas extraordinarias. Entre eso y su fragancia, ¿cómo podía un hombre concentrarse en la carretera?

–Está claro que lo que dice la prensa era verdad –dijo Chloe, que acababa de consultar su móvil.

–Justo te iba a preguntar qué estabas haciendo. ¿Qué dice el artículo?

–Que estás obsesionado con tener el control. Aunque no necesitaba leerlo para saberlo.

–También dirá que soy un jefe temperamental, incapaz de

delegar.

–¿Y es verdad?

–Sí.

Y no. Pero Ian no quería entrar en la explicación psicológica de que actuaba así porque fracasar habría significado dar la razón a su padre. Ni quería contarle como, poco a poco, había terminado por transformarse en su padre, hasta que no pudo soportar mirarse al espejo. Chloe era demasiado dulce e inocente como para volcar sobre ella su sucio pasado. Además, si ella tenía secretos, ¿por qué no podía él conservar los suyos?

En ese momento tuvo que dar un frenazo y alargó el brazo para proteger a Chloe.

–¿Estás bien?

–Perfectamente –dijo Chloe. Pero Ian podía sentir el movimiento de su pecho agitado contra el brazo–. Las condiciones están empeorando.

Por más que Ian habría querido negarlo, tenía razón. Cada vez había menos visibilidad, y más de un coche se había quedado en el arcén después de patinar. Debía haber estudiado el pronóstico del tiempo antes de ponerse en marcha.

–¿Te arrepientes de haber venido?

–Ya te he dicho que no. La tormenta lo convierte en una aventura.

–¿Por eso agarras el cinturón de seguridad como si fuera un salvavidas?

A Ian le dio pena no poder mirarla y comprobar que se sonrojaba.

–Vale, puede que esté un poco nerviosa.

Ian le dio un apretón tranquilizador en el muslo.

–Todo irá bien.

–Lo sé – a Ian le conmovió la vehemencia con que Chloe habló.

Unos minutos más tarde una fuerte ráfaga de viento sacudió el coche.

–¿Sigues teniendo cobertura? –preguntó Ian.

–Apenas. La tormenta está cortando la señal, ¿por qué?

–Llama al 511 a ver si te dan una actualización del estado de las carreteras.

Mientras Chloe marcaba, él intentó sintonizar una emisora local

para conocer la predicción meteorológica. Ya había descartado la posibilidad de llegar a media tarde, aunque todavía confiaba en hacerlo al anochecer.

–Nada –anunció Chloe–, no tengo señal.

Ian tampoco consiguió sintonizar una emisora.

–Espero que hablaras en serio al decir que te gustan las aventuras, Ricitos, porque estamos a punto de vivir una –dijo, señalando con la cabeza las sirenas de los vehículos de asistencia en carretera que se veían en la distancia–. Eso explica las retenciones.

–Espero que no sea nada serio –comentó Chloe.

Al aproximarse, vieron cuatro patrullas de policía estacionadas en contra de la dirección del tráfico. Más atrás, un par de camiones de bomberos rodeaban un camión volcado.

–Parece que ha perdido la carga –comentó Ian.

Docenas de botellas de agua rodaban por el asfalto, quedando atrapadas contra el guarda raíl o ente las ruedas de los vehículos. Una de ellas golpeó en los pies a uno de los policías, que mantuvo el equilibrio a duras penas.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Chloe al ver que Ian cambiaba de carril.

–Salir de la autopista en la próxima salida –dijo Ian.

No había nada que un obseso del control odiara más que un cambio de planes. Aunque Ian se fingía calmado, Chloe pudo ver que apretaba los dientes.

–Míralo por el lado positivo –dijo–, al menos ahora el tráfico se mueve.

Pero no fue así. Media hora más tarde, no habían avanzado ni cuatro kilómetros. Chloe vio la rama quebrada de un árbol sacudida por el viento y se identificó con ella. Para empeorar las cosas, Ian había apagado la radio para evitar cualquier distracción y eso significaba que cada suspiro, cada crujido del cuero de su chaqueta, la hacían consciente de su proximidad.

–Laroo estaría desesperada –comentó para romper el silencio.

–¿Quién?

–Mi amiga Larissa. Odia el frío. No pararía de quejarse.

–Menos mal que te tengo a ti y no a ella.

Chloe no quiso dar ninguna interpretación velada a sus palabras, y sin embargo, sintió una oleada de calor.

–¿Cómo estás? –preguntó a Ian, comprendiendo que se sintiera frustrado al ver que el encuentro con su hijo se retrasaba

–¿Yo? Fenomenal. No hay nada como viajar a paso de tortuga en medio de una tormenta.

–¿De verdad? No lo había notado –dijo Chloe, conteniendo la risa–. Si quieres puedo conducir yo.

–Bromeas.

La mezcla de espanto e incredulidad con la que Ian la miró fue hilarante. Chloe soltó una carcajada.

–No te preocupes. Prefiero que te pelees tú con la carretera mientras yo contemplo el paisaje –dijo, indicando el desapacible espectáculo del exterior–. ¿En qué otro lugar vería un hotel llamado Bluebird Inn y…? –Ian volvió colocar el brazo como barrera delante de su pecho–. ¿Qué…?

–Ha habido otro choque cuatro coches más adelante. Vamos a estar parados hasta que los conductores comprueben los daños que han sufrido.

–Vaya –se limitó a decir Chloe, que estaba demasiado concentrada en el brazo que Ian apretaba contra su pecho como para poder pensar–. ¿Qué quieres que hagamos?

Ian ni contestó ni retiró el brazo porque parecía estar pensando en qué hacer. Respirando profundamente, Chloe se lo bajó con suavidad, aunque que dejara la mano sobre su regazo no contribuyó a relajarla.

–¿Ian?

Finalmente, él sacudió la cabeza y dijo:

–No va a ir bien.

–¿El qué? ¿El viaje?

Chloe no podía creer que estuviera pensando en dar media vuelta cuando ya habían llegado hasta allí.

En lugar de contestar, Ian giró hacia la derecha. El hielo crujió bajo las ruedas.

–Hay una señal de un hotel y restaurante a tres kilómetros –dijo

Se refería al que Chloe había leído.

–¿Quieres parar a comer? –preguntó desconcertada–. ¿No decías que no habría paradas?

–Eso era antes de que nos quedáramos atascados. Con suerte, después de que tomemos algo, la carretera estará despejada.

–¿Y si no es así?

–Al menos habrá conexión a Internet y podremos buscar una vía alternativa –dijo Ian, sonriendo–. ¿Ves que listo soy?

Chloe no pudo contestar porque estaba demasiado ocupada recuperándose del impacto de su sonrisa.

El Bluebird Inn resultó ser una gran granja de piedra en lo alto de una colina.

–Se ve que no somos los únicos que han tenido la misma idea –dijo Ian, al ver que había unos cuantos vehículos en el aparcamiento–. ¿Estás dispuesta a enfrentarte a la tormenta?

–Creía que eso era lo que estábamos haciendo –dijo ella, poniéndose las botas–, aunque no llevo el mejor calzado –los tacones eran apropiados para la ciudad, no para caminar sobre hielo–. ¿Prometes sujetarme si me caigo?

–No lo dudes.

Ian miró a Chloe con un brillo y un calor en sus ojos azules que le aceleró el pulso. La observó atentamente con las pupilas dilatadas, como si intentara averiguar algo. Y Chloe pensó que podría perderse en aquellos ojos.

–Se-será mejor que nos movamos –balbuceó.

–Tienes razón –dijo él con voz ronca.

Chloe se cubrió la cabeza con la bufanda.

–Estoy lista. Prometo mantener el equilibrio.

Un letrero informaba de que el edificio tenía más de cien años de antigüedad. En otras circunstancias, Chloe habría apreciado detalles como las encantadoras contraventanas azules a juego con la puerta, pero estaba demasiado ocupada intentando mantener su promesa de no patinar. Solo le salvó que el acceso estaba cubierto de grava en la que pudo clavar los tacones.

Estaban a medio camino cuando Ian le pasó el brazo por la cintura.

–No quiero arriesgarme a que te caigas –dijo, acariciándola con su aliento. Y Chloe tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrazarse a él.

A ambos lados de la puerta había dos macetas con pinos decorados con luces blancas, que, gracias al ancho voladizo, se

habían salvado del hielo. Ian abrió la puerta.

En cuanto entraron, Chloe se sintió transportada a otro país y a otro siglo. Con las vigas expuestas y las paredes estarcidas, le hizo pensar en una cabaña alpina. Las sillas de altos respaldos que había junto a la ventana invitaban a tomar chocolate caliente y a dibujar el paisaje exterior. Y olía a una deliciosa mezcla de pino y calabaza.

Un fuego chisporroteaba en la chimenea. Atraída por el calor, Chloe se acercó y alargó las manos. Ian se colocó a su lado.

–¡Es un sitio precioso! –susurró ella.

–Desde luego, mucho mejor que cualquier restaurante de comida rápida.

–Sin duda, aunque me hace sentir como si tuviera que ir al cobertizo a ordeñar vacas.

–Darías el tipo –bromeó él, rozándole la bufanda que todavía le cubría la cabeza.

Chloe desvió la mirada para que no viera en sus ojos cómo la perturbaba. Cada vez que la tocaba sentía un torbellino de sensaciones: atracción, proximidad, inquietud; tantas, que no podía ponerles nombre.

–Me había parecido oír la puerta.

Volviéndose, vieron a un hombre en lo alto de la escalera.

–Soy Josef Hendrik. Bienvenidos al Bluebird Inn.

Si el vestíbulo retrotraía a tiempos remotos, para Chloe, Josef era como el abuelo de un cuento. Corpulento, con el cabello gris y mejillas sonrosadas, llevaba un chaleco beige que apenas podía abotonarse. Bajó apoyándose en la barandilla mientras hablaba con un suave acento extranjero.

–Me temo que debido a la tormenta, solo nos quedan un par de habitaciones con dos camas, una de ellas con vistas al prado…

–En realidad solo queremos comer algo –dijo Ian–. La señal dice que dan comidas.

–Solo de domingo a viernes –dijo Josef, deteniéndose cuando ya iba a pasar detrás del mostrador de recepción–. El comedor no se abre al público los sábados hasta las cinco. Tendrán que esperar varias horas.

–¿No podría hacer una excepción? –preguntó Ian–. No podemos volver a la carretera con este tiempo.

–Lo siento, hijo. Pero precisamente por la tormenta estamos a

falta de personal y mi mujer está ocupada preparando la cena de nuestros huéspedes.

–¿Y ellos sí han podido almorzar?

–Claro, la cocina está siempre abierta para ellos.

–Muy bien, pues entonces reservamos una habitación

Chloe observó boquiabierta que Ian sacaba la cartera.

–He salido con muchos hombres espontáneos, pero ninguno ha reservado una habitación solo para almorzar –dijo Chloe, llevándose un trozo de pan a la boca.

–No se trata de espontaneidad, sino de ser resolutivo.

–Llámalo como quieras –dijo Chloe, sonriendo.

El comedor hacía que el vestíbulo pareciera moderno. La habitación, rústica y romántica, solo contaba con luz natural. Para contrarrestar el cielo oscuro de la tormenta, había velas y un fuego encendido en la chimenea, junto al que estaban sentados y que proyectaba luces y sombras sobre sus rostros.

Ian encajaba en aquel ambiente igual de bien que en el café. Sin chaqueta, con el jersey remangado hasta los codos, conseguía que la habitación resultara pequeña.

–Efectivamente, llámalo como quieras –dijo Ian–. Pero tienes que admitir que ha sido una buena idea.

Eso era cierto. En cuanto se registraron Josef y su mujer, Dagmar, les dieron un par de deliciosos platos de sopa y bollos de pan calientes.

–¿Más café, señor Black? –preguntó Dagmar, saliendo de la cocina con una cafetera. En su caso, más que una abuela de cuento, parecía una madura estrella de cine–. Está recién hecho.

Ian le dedicó una espléndida sonrisa.

–Desde luego. Por cierto, la comida estaba deliciosa. Gracias por atendernos a pesar de estar tan ocupada.

–No hay de qué –dijo ella, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia–. Ha sido un placer. Si necesita algo más, no tiene más que pedirlo.

–Lo haré –Ian habló en el tono ronco que usó el día que Chloe lo había conocido; una voz áspera que trepaba por la columna de una mujer. Debía de ser su voz cautivadora.

Y Dagmar estaba totalmente cautivada.

–Parece que te has ganado una admiradora –dijo Chloe cuando Dagmar volvió a la cocina–. Y yo que creía que tenías fama de insoportable.

–Eso no quiere decir que no sea encantador cuando debo.

–Evidentemente.

Ian enarcó una ceja.

–¿Te molesta?

–Claro que no –Chloe percibió una irritación en su tono que la inquietó. ¿Qué le importaba a ella que coqueteara con aquella mujer? Nadie había dicho que tuviera que reservar ese tono para ella–. ¿Hasta cuándo quieres que nos quedemos?

Ian estaba mirando su teléfono.

–Poco rato. He visto que Josef tiene un ordenador. Le voy a pedir que mire el estado de las carreteras y el parte meteorológico antes de que nos vayamos.

–No parece que la tormenta haya amainado –dijo Chloe. Si acaso, había empeorado.

–Con suerte, las condiciones serán mejores hacia el oeste.

–¿Y si no es así?

–Si no fuera así, tendré la oportunidad de comprobar si te conviertes en calabaza, Ricitos.

Chloe sintió un escalofrío. Ian solo estaba bromeando, pero la combinación del ambiente y de su tono insinuante lograron que sonara como una sensual promesa.

Ian estaba mirando el teléfono de nuevo con el ceño fruncido.

–¿Pasa algo?

–Ayer le dejé un mensaje a Matt y pensaba que para ahora me habría llamado.

–¿Le pediste que lo hiciera?

–Directamente, no.

–¿Y cómo quieres que sepa que esperas que te llame? –esa era la especialidad de Chloe: intentar explicarse por qué el teléfono no sonaba.

–Yo lo sabría.

–Tú eres diferente.

Ian se apoyó en el respaldo de la silla.

–¿En qué sentido soy diferente? –preguntó con ojos brillantes

bajo las luz de las llamas.

–Eres…

Las palabras que acudieron a la mente de Chloe fueron «especial, único, increíble», pero no estaba dispuesta a pronunciarlas, entre otras cosas, porque se asustaba solo de pensarlas.

–Has sido director general de una empresa –dijo finalmente–. Estás acostumbrado a que la gente haga lo que le ordenas. Un chico de su edad necesita que lo guíes paso a paso, y aun así, puede que no sepa lo que esperas de él.

–A los dieciocho años yo estaba en el ejército y allí hacías lo que ordenaba tu oficial –Chloe no pudo ver el rostro de Ian porque quedaba en la sombra, pero le pareció que fruncía el ceño–. Acabo de darme cuenta de que dirigí mi empresa como si siguiera en el ejército, y yo fuera el oficial.

–Uno repite los modelos que ha aprendido –dijo Chloe.

–Supongo que tienes razón.

Se produjo un silencio que los envolvió en una capa de tristeza.

–¿Qué tal está el café de Dagmar? ¿Mejor que el tuyo? –dijo Chloe, intentando recuperar un tono distendido.

Oír a Ian reír le hizo feliz.

–No digas tonterías. Nuestra materia prima es inmejorable.

–¿Ah, sí?

–Tú no lo notas porque estropeas el sabor con menta y sirope de chocolate.

–Deberías ser más amable con una de tus mejores clientas.

–La mejor –dijo Ian, inclinándose hacia la zona iluminada de la mesa–. Aparte de una de mis favoritas.

Chloe sintió que el aire se helaba cuando Ian la miró como si fuera la única mujer sobre la tierra. Era una mirada peligrosa, y más aún si la mujer que la recibía empezaba a creer que era sincera.

Obligándose a reaccionar, actuó como mejor sabía: bromeando.

–¿Solo una de ellas? Tendré que esforzarme más. ¿Qué hay que hacer para alcanzar el primer puesto?

–¿Qué te hace pensar que…?

¿Qué? ¿Que no lo había alcanzado ya? ¿Que podía llegar? La pregunta quedó en el aire cuando el ruido atronador de un fuerte impacto sacudió el edificio.

# Capítulo 6

Ian observó el árbol gigante enredado en cables de electricidad que atravesaba el camino de acceso al hotel.

En cuanto se oyó el ruido, Ian, Josef y otros huéspedes corrieron al exterior. En ese momento evaluaban los daños.

–Ese árbol llevaba años muerto –dijo Josef–. Le he pedido al vecino que lo cortara, pero el viento le ha hecho el trabajo.

–También nos ha dejado sin luz –dijo un huésped.

Detrás de ellos, el hotel estaba a oscuras. Ian miró entre los árboles, en busca de ventanas iluminadas en otras casas.

–Parece que ha afectado a todo el vecindario –dijo.

Josef suspiró.

–Tampoco habrá línea telefónica. Intentaré llamar por el móvil para que vengan a retirarlo.

–Dudo que un camión pueda llegar hasta aquí –dijo otro huésped–. En Connecticut tuvimos una tormenta parecida y tardaron días en limpiar las carreteras.

Por encima de sus cabezas, las ramas de los pinos crujieron. Instintivamente, todos miraron hacia arriba y retrocedieron varios pasos.

–Dígale al equipo de auxilio en carretera que les pagaré el doble de su tarifa habitual –dijo Ian.

–Es muy generoso por su parte.

–No es cuestión de generosidad.

Si el dinero podía colocarlo al principio de la lista, estaba dispuesto a pagar. Primero de la lista. Ese era el puesto que iba a decirle a Chloe que ocupaba cuando el árbol acudió en su ayuda. Ian empezaba a peguntarse si Chloe no era otra de las pruebas que debía superar: con sus rizos, su sonrisa contagiosa, aquellas piernas interminables… era la tentación personificada. Llevaba siendo célibe el mismo tiempo que llevaba sobrio y era la primera vez que anhelaba tener compañía. Y eso era lo que más le asustaba, el hecho de que Chloe no solo despertara en él una poderosa atracción física,

sino que consiguiera sacarlo de detrás de sus muros defensivos.

Aún peor era el anhelo que sentía de conocerla mejor, de descubrir qué se ocultaba tras su aparente fortaleza, en la que él se reconocía.

–Debe tener poderes mentales.

Ian se volvió hacia Josef, que le sonreía.

–¿Por qué?

–Por haber reservado una habitación. Parece que va a tener que pasar aquí la noche.

Ian tuvo que borrar las imágenes que lo asaltaron. Esa sí que sería una prueba difícilmente superable.

–Por cierto –dijo, siguiendo a Josef al interior–. ¿Tiene otra habitación disponible?

–Creía que… –Josef pareció sorprendido–. Yo creía que estaban muy… cómodos el uno con el otro.

Ese era precisamente el problema.

–¿Tiene otra habitación?

–Claro –contestó Josef con lo que Ian interpretó como desilusión–. Enseguida preparo la ficha.

–Gracias.

Primera prueba superada.

Chloe acudió a su encuentro en el vestíbulo con una humeante taza de café.

–Me has leído el pensamiento –dijo Ian.

–No ha sido difícil –dijo ella, dedicándole una sonrisa antes de volver al comedor que hizo que el corazón le diera un salto.

Definitivamente, era una tentadora complicación. Ian fue al mostrador para asegurarse de que Josef no olvidaba la segunda habitación.

–Al final del pasillo hay toallas extra. También tenemos artículos de aseo disponibles. Voy a ver si Dagmar tiene un camisón que pueda dejarle.

Chloe dudaba que la menuda Dagmar y ella tuvieran la misma talla, pero agradeció el gesto.

–Gracias.

–No hay de qué.

Tras darle algunos detalles más, Josef se fue, dejando a Chloe sola por primera vez desde aquella mañana.

Se echó en la cama y contemplando el techo pensó en Ian, que se había quedado en la planta baja, terminando el café. Tras inspeccionar los daños causados por el árbol, su buen humor había desaparecido, lo que no era de extrañar, puesto que significaba que su viaje se frustraba.

Chloe rodó sobre el estómago y miró a su alrededor. La habitación era preciosa, pequeña, pero acogedora. Al ambiente cálido contribuía la luz amarillenta, parecida a la de una vela, que proporcionaba la linterna que Josef le había dado

De pronto sintió un vacío interior. El Bluebird estaba pensado para parejas como Del y Simon, o Larissa y Tom. Ella era una extraña en aquel escenario, tal y como Ian había subrayado al reservar una segunda habitación.

Y aunque sabía que debía sentirse agradecida por su gesto de caballerosidad, lo que había conseguido era que le resultara aún más atractivo. Así era como ella operaba: cuanto más desinterés manifestaba un hombre por ella, más le gustaba. Además, era imposible permanecer impasible ante Ian Black cuando era divertido, inteligente, considerado y sexy.

Llamaron suavemente a la puerta y supuso que sería Josef con el camisón.

–¡Qué rápido! –dijo, abriendo la puerta.

–Bebo deprisa –Ian la sonreía al otro lado de la puerta.

–Creía que eras Josef –dijo ella, asiéndose al marco para recuperarse de la sorpresa.

–Siento desilusionarte.

–No me has desilusionado –Chloe se ruborizó–. ¿Pasa algo?

–Mientras tomaba el café ha caído otra rama y me he preocupado.

–¿Temes que se nos caiga un árbol encima?

–Me refiero a esto –Ian alzó la mano, en la que llevaba la funda de Chloe.

–¡El vestido!

–Estará más seguro en el armario.

A Chloe le conmovió que fuera tan considerado. Tomó la bolsa y la colgó de la puerta del armario.

–Es la segunda vez que rescatas algo que me pertenece.

–No me des las gracias. A cambio te he dejado aislada en este hotel, así que estamos empatados.

–Está bien, no te las daré –Chloe abrió la cremallera de la bolsa. El vestido de seda azul celeste apenas se había arrugado.

–Muy bonito –dijo Ian–. Me gusta el color.

–Por lo visto es el favorito de Simon, el novio. Menos mal que me queda bien.

–Dudo que haya alguno que te quede mal.

Una vez más hacía que Chloe se sintiera especial.

–Eso lo dices porque no me has visto nunca de rosa –masculló ella, ruborizándose.

La voz de Josef los interrumpió.

–Dagmar también piensa que un camisón suyo no te serviría –el hostelero apareció con una camisa de franela–. Sugiere que uses esto. Espero que te valga.

–Será perfecta. Gracias –por el rabillo del ojo, Chloe vio que Ian contenía la risa–. Ni se te ocurra decir nada –le dijo en cuanto Josef se fue.

–Sexy –dijo él, a pesar de la amenaza.

La camisa tenía un aspecto cómodo pero no tenía nada de sexy.

–¿Ves? Hay cosas que no me sientan bien –dijo ella.

–Yo no he dicho que vaya a sentarte mal.

Chloe tuvo que arrugar la camisa en la mano para evitar que el corazón se le saliera por la boca.

–Nunca lo sabrás –dijo. Pero lo que pretendía que fuera una broma le salió en tono de desilusión. Metió la prenda debajo de la almohada precipitadamente y cambió de tema–: Gracias por tomar una segunda habitación –así le demostraría que no quería nada con él–. Has sido muy considerado.

–No es esa la palabra que yo usaría –contestó él.

No, probablemente para Ian era cuestión de sentido común. «Considerado» implicaba una relación más profunda. Chloe volvió a cambiar de tema para ver si dejaba de meter la pata.

–Gracias de nuevo por rescatar el vestido –dijo, ahuecándose los rizos.

–Ha sido una gran hazaña.

–No creo que muchos hombres hubieran pensado en hacerlo, y

menos teniendo que salir en medio de una tormenta.

Ian la miró prolongadamente. Para disimular su nerviosismo, Chloe pasó la palma de la mano por el pie de la cama.

–Igual deberías empezar a salir con tipos de mejor clase –dijo él finalmente.

Ya, pero esos hombres no estaban interesados en ella. Alquilaban habitaciones separadas.

–O dejar de salir con hombres en general –replicó ella, intentando imprimir a su voz un tono risueño.

–Eres un poco joven para retirarte del todo, ¿no te parece? –preguntó él, sentándose en el borde de la cama.

–¿Tú crees? –todo era relativo. Para ella, toda una vida saliendo con los hombres equivocados era más significativo que su edad.

Ian mantenía la mirada fija en ella, escrutándola como la noche que la había salvado. Sentándose en el otro lado de la cama., Chloe tomó una almohada y se la colocó en el regazo, como si con ellos aumentara la distancia que los separaba.

–Siento que tu viaje se haya visto retrasado –dijo, toqueteando la almohada.

–Más lo siento yo.

Chloe le agradeció mentalmente que le dejara cambiar de tema.

Imitando su gesto, Ian tomó una almohada y añadió:

–Aunque supongo que unas horas de retraso no son tan importantes.

–Pero no puedes evitar sentirte frustrado.

–Exactamente.

Ian pareció sorprendido. No tenía ni idea de que ella comprendía perfectamente su situación porque sabía bien que había un momento en el que la amargura lo inundaba todo y que ninguna petición de disculpas serviría de nada. Para un hombre como Ian, la idea de que ese momento estuviera próximo debía ser aterradora.

–Tu hijo es joven –dijo para tranquilizarlo–. Además, ¿no estáis ya en contacto?

–Sí, pero…

La frase quedó en el aire, pero Chloe adivinó que Ian pensaba en la llamada que Matt no le había devuelto.

–Escucha –dijo, inclinándose hacia Ian–, todo irá bien.Tu hijo al menos sabe que te has ocupado de él todos estos años, y que no te

has olvidado de que existe.

Ian la miró fijamente y dijo:

–¿Eso es lo que te pasó a ti?

Chloe bajó la mirada y recorrió con los dedos el dibujo de la colcha de la cama. Cuando miró a Ian de nuevo, este tenía la cara a unos centímetros de la de ella. A tan corta distancia, vio que el azul de sus ojos tenía pinceladas grises. La miraba con un interés tan sincero, que Chloe tuvo que desviar la suya una vez más.

–Como te he dicho, apenas conocí a mi padre –dijo finalmente–. De hecho, a veces pasaban años sin que supiera nada de él. Cuando pensábamos que ya no lo veríamos, aparecía y convencía a mi madre de que lo aceptara. Pero en cuestión de días, volvía a marcharse.

–Debió ser espantoso para ti.

–Me protegía aislándome de todo.

Chloe hizo una pausa durante la que volvió a seguir el dibujo de la colcha. Pero ya que había empezado, decidió terminar.

–La última vez que lo vi fue el día que cumplí dieciséis años. Mi madre debía haberse hartado, porque salió a su encuentro y le dijo que se marchara.

–Ay, Ricitos…

Ian le acarició la mejilla y ella cerró los ojos, entregándose a la ternura de aquel gesto.

–¿Sabes lo que recuerdo mejor de esa última visita? El hecho de que ni siquiera me trajera un regalo. No creo que recordara que era mi cumpleaños. Y aquel día confirmé otra cosa.

–¿El qué?

–De que mi madre tenía un gusto espantoso en lo relativo a hombres –Chloe había querido decirlo en tono de broma, pero fracasó.

Ian, que mantenía la mano en su rostro, susurró:

–Tu padre era un idiota.

Chloe temió que el muro de contención tras el que se protegía, se rompiera. Bruscamente, se irguió y se pasó la mano por los ojos, que se le habían humedecido.

–Lo que importa es que tú no te has olvidado de tu hijo. Cuando se entere de que has acudido…

–No necesitas fingir.

–¿Fingir? ¿Qué quieres decir? –Chloe se retiró el cabello de la cara.

–Lo sabes bien. No tienes que actuar como si lo de tu padre no te afectara, cuando los dos sabemos que no es así.

A Chloe le asombraba la capacidad que Ian tenía de ver en su interior, pero no estaba dispuesta a admitir la verdad cuando llevaba tanto tiempo negándola.

–¿Qué te hace pensar que finjo? Mi padre desapareció hace más de una década, así que he tenido tiempo de superarlo –y aunque no fuera así, ¿quién quería oír a alguien gimotear sobre un padre ausente?

En el exterior, el viento ululaba. Chloe fue hasta la ventana.

–Me preguntó si veremos muchos destrozos cuando despertemos –comentó.

–Espero que sean mínimos. Aunque cuando he salido hacía aún más frío.

–Menos mal que tengo un camisón calentito.

–Ya que no vas a enseñármelo, podrías ponerte el vestido para cenar –bromeó Ian.

–Seguro que me lo mancho. Lo mejor será que baje tal y como estoy.

–¡Vaya, así que tampoco te voy a ver con el vestido!

Chloe podía ver a Ian sonreír en el reflejo de la ventana. Estaba relajado cómodo, como si lo más natural fuera que compartieran aquel espacio. Pero no era así. Y Chloe estaba segura de que a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

–Voy a asearme antes de bajar a cenar –dijo, volviéndose–. ¿Quieres que te avise cuando esté lista?

Ian se puso en pie y Chloe habría jurado que parecía desilusionado por tener que marcharse.

–Muy bien –dijo él–. Con un poco de suerte, cambiarás de idea respecto a lo del vestido.

–Lo dudo.

–Nos vemos en diez minutos –Ian se detuvo en la puerta y añadió–: ¿Sabes una cosa, Chloe? Yo sí tuve un padre, y te aseguro que no siempre fue una suerte.

Era su manera de decirle que también a él el pasado le había dejado cicatrices, y para Chloe se trató del mejor regalo que podía

haberle hecho.

En cuanto la puerta se cerró, la habitación perdió parte de su calor. Chloe lanzó una última mirada al lugar de la cama en el que Ian se había sentado antes de volverse de nuevo hacia el cristal. Quizá los daños que finalmente causara la tormenta fueran mínimos, pero en ese momento ella se sentía más preocupada por los que pudiera sufrir en su interior.

# Capítulo 7

¿Qué le habría hecho compartir aquella información sobre su padre? Entre la lista de temas que nunca mencionaba, su padre ocupaba el primer lugar

Resultaba demasiado fácil hablar con Chloe… Y al verla tan vulnerable cuando le contó su historia había anhelado tomarla en sus brazos y protegerla de todos los hombres despreciables del mundo. Solo se lo había impedido saber que él era uno de ellos.

Chloe lo esperaba en el corredor cuando él salió de su dormitorio.

–Veo que has desistido de ponerte el vestido –bromeó, mirándola de arriba abajo. Tampoco tenía nada en contra de los vaqueros y del jersey de cuello alto que llevaba.

–Me temo que no tengo más conjuntos.

–No tengo ninguna queja.

Chloe le agradeció el cumplido ruborizándose.

–Te has afeitado –observó.

–Sí, he decidido presentar un aspecto civilizado –había sido otro acto impulsivo. Odiaba afeitarse, pero al salir de la ducha decidió hacerlo. Se pasó la mano por el mentón–: Me temo que durará poco. Me crece deprisa.

–Y yo que creía que te gustaba parecer desaliñado.

–¿Quién dice que no sea verdad?

Chloe volvió a ruborizarse e Ian se dijo que era una encantadora característica.

Cuando llegaron al comedor ya había otros huéspedes.

–Tomen asiento –dijo Josef–. Afortunadamente, tenemos un generador y podemos ofrecerles nuestro menú habitual.

–Menos mal –susurró Chloe cuando se sentaron–. Pensaba que no habría comida caliente.

–Comida y bebida, por lo que parece –comentó Ian, mirando a su alrededor y viendo que Josef servía un ponche caliente–. Ya sabes que dicen que un poco de whisky caliente hace más

soportables los retrasos. ¿Quieres una copa? –hizo ademán de llamar a Josef.

–¿No te importa?

–¿Que te tomes una copa? –Ian negó con la cabeza–. No puedo pedir que el mundo se pare por mí. Además, tengo una nueva adicción.

–¡Había olvidado el café de Dagmar! De todas formas, voy a pasar –Chloe le sujetó la muñeca.

A Ian le encantaban sus manos de dedos largos y elegantes. Se los señaló con el índice de la otra mano.

–Ya veo a lo que te refieres con envergadura –eran casi tan largos como los de él.

–Te refieres a mis gigantescas y masculinas manos. Menos mal que me sirvieron para jugar al baloncesto.

–Te aseguro que no tienen nada de masculinas –dijo Ian. Y tuvo que ahuyentar las imágenes que lo asaltaron al imaginarlas sobre su piel.

Leyeron la carta en silencio. O la leyó Chloe, porque Ian no podía apartar los ojos de ella.

–¿Sabes lo que quieres tomar? –preguntó Ian para sacudirse la parálisis.

–¿Entre qué y qué? –preguntó Chloe. Ian miró la carta y vio que había un menú reducido a cuatro platos–. Se ve que es imposible pedir una simple hamburguesa.

–Es una lástima.

A Ian le encantaban las mujeres de gustos sencillos. De pronto notó que Chloe fruncía el ceño.

–¿Es esta la misma mesa de antes? –preguntó ella.

–Sí. Me temo que soy una persona de costumbres fijas –dijo Ian como si fuera algo vergonzoso. Y no mencionó que le gustaba cómo las llamas coloreaban las mejillas de Chloe–. Debe ser por culpa del ejército.

–¿Cuánto tiempo estuviste?

–Ocho inacabables años.

–¿No lo disfrutaste?

Ian sacudió la cabeza.

–En el ejército todo es trabajo en equipo y mí nunca se me han dado bien los equipos.

–Deja que adivine: no te gustaba recibir órdenes.

–Me declaro culpable –dijo Ian con un suspiro.

–¿Y por qué…?

–¿Me alisté? –¿cuánto más podía compartir con Chloe? ¿Valía la pena estropear el momento diciéndole que o se alistaba o su padre iba acabar con él?–. No me quedó otra opción –al ver cómo lo miraba Chloe, se adelantó a la siguiente pregunta–. Permanecí en él para demostrar que era capaz de aguantarlo.

Para demostrarle a su padre que se equivocaba cuando le dijo que no aguantaría ni dos semanas, y que volvería porque no servía para nada.

–La cuestión es que duré lo bastante como para descubrir que se me da mejor dar órdenes que recibirlas –concluyó.

–Y para encontrar una manera de mejorar el mundo –dijo Chloe.

Era la primera vez que alguien insinuaba que había contribuido a algo bueno.

–Explícame eso.

–El coagulador de sangre. Si no hubieras estado en el ejército, no habrías creado Ian Black Technologies.

–Ah, te refieres a eso –la culpabilidad, su vieja amiga, le tocó el hombro. Ahí era cuando empezaba a desilusionar a Chloe.

–¿Cómo que «ah, eso»? ¡Has salvado cientos de vidas!

Eso era verdad y había días en los que se sentía orgulloso de su producto. Pero no de sí mismo.

–Sabes que yo no soy quien lo inventó, ¿verdad? Solo reuní el equipo que lo diseñó –para ganar dinero. Para demostrar de lo que era capaz.

–En publicidad llamamos a esa persona «el creador». Todo negocio necesita uno.

Hasta que se convertía en prescindible, o hasta que esa persona se volvía un borracho volátil y su peor enemigo. Ian bebió agua para librarse del amargor que sintió en la boca.

Una vez más, Chloe confundió su reacción por modestia. Alzando su vaso y saludándolo con él, dijo:

–Y ahora estás salvando de nuevo al mundo.

–¿A qué te refieres?

–Tú mismo has dicho que sin café, los hombres se matarían entre sí. Estás salvando vidas con café de alta calidad.

La broma despejó de un plumazo el malestar de Ian.

–Me gusta cómo piensas, Ricitos. Le sientas bien a mi ego.

–Me alegro. Cuando te conviertas en un magnate del café espero que contrates mi agencia de publicidad, CMT, y exijas que yo lleve tu cuenta. Así ganaré puntos con Simon.

–¿Simon Cartwright?

–¿Lo conoces?

Más que conocerlo, sabía de él. Por ejemplo, que tenían gustos similares en cuanto a mujeres.

–Tenemos… conocidas comunes.

–¿Así se refiere la alta sociedad a haber salido con las mismas mujeres?

Ian notó que se ponía rojo.

–Yo no pertenezco a la alta sociedad –al menos, no a la clase a la que pertenecía Simon Cartwright–. Pero supongo que sí.

–Así que eres un ligón en serie.

–Ese es un término interesante –que sonaba fatal, pero que, dado el número de cartas de disculpa que había tenido que escribir, lo describía a la perfección. Se apoyó en el respaldo–. No puedo negar que he salido con muchas mujeres.

–No te estoy juzgando –dijo Chloe–. Según Delilah y Larissa, yo soy igual de desastre. Pero es que ellas son unas románticas incurables

–Como todas las mujeres a punto de casarse, ¿no?

–No sé si todas, pero estas dos parecen haberse tomado la píldora del amor –Chloe bebió agua–. Yo les digo que no todo el mundo encuentra su alma gemela. Estadísticamente, es imposible.

–Porque no hay el mismo número de hombres que de mujeres.

–¡Exactamente! –Chloe volvió a alzar el vaso como si brindara. Sonreía y sus ojos brillaban como si acabara de demostrar una teoría científica. Estaba tan preciosa que Ian tuvo que asir su vaso con fuerza para contener el flujo de sangre que sintió en la entrepierna.

–Supongo que eres consciente de que hay más hombres que mujeres, y que son ellos los que están en desventaja.

La sonrisa se borró de los labios de Chloe.

–Gracias por hundirme

Eso no era ni mucho menos lo que Ian había pretendido. La idea

de que Chloe pasara el resto de su vida sola le parecía inconcebible.

–Tú vas a encontrar tu alma gemela –dijo impulsivamente.

–Asumes que la estoy buscando.

–¿Y no es así?

–Digamos que dejo los velos y las flores para gente como Delilah y Larissa.

¿Sería verdad?

–¿Aunque las estadísticas estén a tu favor?

–No es solo cuestión de estadísticas –dijo Chloe con una enigmática sonrisa.

Pero por más imperturbable que quisiera mostrarse, a Ian no podía engañarlo

Después de cenar, la mayoría de los huéspedes se retiraron a sus habitaciones, pero Ian le susurró a Chloe:

–¿Te apetece que vayamos de exploración?

Puesto que la sugerencia le provocó un escalofrío, Chloe sabía que debía negarse, pero le pudo su lado más intrépido y accedió sin titubear.

Josef le había contado la historia del Bluebird cuando le enseñó su dormitorio. La estructura original databa de la guerra civil, y a ella se habían ido añadiendo habitaciones de acuerdo a las necesidades de los sucesivos dueños. De ahí que el primer piso tuviera un caótico diseño de pasillos y habitaciones.

–¿Deberíamos atar una cuerda al pomo de una puerta por si nos perdemos? –preguntó ella.

–¿Dónde está tu espíritu de aventura, Ricitos? Solo parece un laberinto por la penumbra.

Que era precisamente lo que preocupaba a Chloe. Bien porque Josef y Dagmar temían sobrecargar el generador o porque querían evitar que los huéspedes se pasearan por el hotel, solo había algunas luces de emergencia.

–¿No les preocupa que alguien les ponga una demanda? –preguntó al tropezar con un tablón que sobresalía en el suelo.

–No te preocupes. No dejaré que te caigas.

¿Sería verdad? ¿Lo decía también metafóricamente? Desde la conversación que habían mantenido en su dormitorio, Chloe tenía

los nervios a flor de piel. Y más, cuando durante la cena había sentido que se estrechaba aún más el lazo que los unía. Tampoco ayudaba tenerlo tan cerca que podía oler la lana de su jersey.

Giraron una esquina y llegaron a una pequeña sala de lectura.

–Esta debe ser la biblioteca que ha mencionado Josef –dijo Ian.

La única fuente de iluminación era un fuego encendido en la chimenea. Chloe fue directa hacia él y alargó las manos hacia las llamas.

–¿Tienes frío? –preguntó Ian, colocándose a su lado.

Ella negó con la cabeza.

–Me encanta el fuego. Por eso empecé a ir a tu café.

–No tenemos chimenea…

–Ya, pero las paredes están pintadas en rojos y naranjas y son tan acogedoras como las llamas de un fuego.

–Y yo que creía que ibas por Aiden…

Aiden… parecía que hubieran pasado siglos desde entonces.

–Iba a menudo por él, pero empecé por la decoración –Chloe tomó el atizador que había a un lado y removió los leños para atizar las llamas–. Será mi lado artístico –continuó–, pero el caso es que me gustan los colores fuertes.

–Recuérdame que no lo haga pintar, no vaya a resultarte frío –dijo Ian.

Aunque solo fuera una broma, Chloe sintió un hormigueó en la piel. Removió un poco más los leños, provocando un chisporroteo.

–Bastaría con que subieras la temperatura del local.

–O con que te dejara otra sudadera.

–No, gracias. Eso requeriría que me asaltaran de nuevo, y con un intento de robo ya he tenido bastante.

Chloe dejó el atizador a un lado al tiempo que Ian se ponía en cuclillas.

–Tienes razón, es un calor delicioso –comentó él.

–Es una lástima que no tengamos unas nubes de azúcar para tostar. Es algo que siempre he querido hacer.

–Podríamos asaltar la despensa.

Chloe se puso en cuclillas a su lado.

–No sería demasiado arriesgado, teniendo en cuenta que tienes a la anfitriona en el bolsillo.

–¿Por qué dices eso?

–Por nada –dijo Chloe, e imitando el acento de Dagmar añadió–: ¿Quiere más café, señor Black? ¿Le ha gustado la cena, señor Black?

–Solo estaba haciendo bien su trabajo.

–Para ti. Yo he tenido que esperar veinte minutos un café frío, y solo lo ha traído cuando ha venido a rellenar tu taza.

–Estás exagerando.

–¿Usted cree, señor Black?

–Será que ha reconocido mi apellido y está impresionada –dijo Ian, sonriendo.

–Es posible… –dijo Chloe con sorna–, aunque no era tu apellido lo que miraba cuando has ido al servicio. A no ser que sea así como te refieres a tu trasero.

Ian dejó escapar una carcajada que hizo que el corazón de Chloe diera un salto.

–¿Cómo sabes que me miraba el trasero? ¿También me lo mirabas tú? –preguntó él, dándole en el hombro.

–Me limitaba a seguir su mirada. No se me ocurriría mirarte el trasero

–Aha –dijo Ian escéptico. Y sonriendo con picardía, añadió–: Es una lástima, porque haría que me sintiera menos culpable de mirar el tuyo.

–¡No lo has hecho! –dijo Chloe, intentando identificar cuándo habría tenido la oportunidad.

–Nunca lo sabrás –dijo él, repitiendo la frase que ella había usado en su habitación.

Chloe sintió que le ardía la piel. Cada broma, cada cumplido, se hacía un hueco en su pecho, reduciendo de tal manera el espacio entre su corazón y sus pulmones que le costaba respirar.

Súbitamente la atmósfera adquirió una intensidad nueva. La mirada risueña de Ian adquirió un nuevo brillo, refulgente como el centro de una llama. En el exterior, las ramas de los árboles, chocaban contra las ventanas. Chloe habría jurado que Ian se inclinaba hacia ella.

–¡Dios mío, qué hermosa eres! –le oyó susurrar al tiempo que sentía sus dedos acariciarle la mejilla–. Menos…

El resto de la frase quedó ahogada por un beso lento y sensual, plagado de apasionadas promesas.

Chloe cerró los ojos. Ian sabía a café y a…

–¡No me había dado cuenta de que había alguien!

La voz de Josef rompió la magia del instante. Ian bajó las manos y Chloe temió que pudieran oír su acelerado corazón.

–Venía a atender el fuego antes de retirarme –dijo Josef, desde la puerta.

Ian fue el primero en reaccionar. Después de dedicar a Chloe una mirada indescifrable, se volvió a Josef sonriente.

–Tranquilo. Ya nos ocupamos nosotros.

–Muy bien. Si no os importa… –también Josef miró a Chloe, que le devolvió una tímida sonrisa, confiando en que no notara lo avergonzada que estaba de que los hubiera encontrado tonteando.

Aunque «tontear» no describía el beso que se habían dado y tras el que se sentía como si su alma hubiera despertado de un prolongado sueño.

–Solo tenéis que cerrar la puerta de cristal y se apagará solo –dijo Josef.

–Eso haremos –dijo Ian.

Chloe, cuyo corazón seguía tan acelerado que no podía articular palabra, se limitó a despedirse con un gesto de la mano. Y el pulso se le aceleró aún más cuando, tras irse Josef, se volvió hacia Ian, asumiendo que estaría tan alterado como ella.

Sin embargo, él la miraba con gesto impasible.

–Ha sido un día muy largo.

A Chloe le bastó aquel comentario para saber que Ian se arrepentía de lo que acababa de pasar, y ella no pensaba esperar a que la humillara con excusas o disculpas. Al menos ya sabía que no debía dar la menor importancia a sus ocasionales piropos.

–Tienes razón –dijo–. Voy a subir. ¿Nos vemos mañana?

Él asintió con la cabeza y dijo:

–No pienso ir a ninguna parte.

Cuadrándose de hombros, Chloe dio media vuelta y se marchó. Consiguió llegar a su habitación sin echar a correr y se juró que, aunque le costara la salud, conseguiría que Ian no supiera hasta qué punto estaba dolida.

Lo que no llegaba a entender era por qué Ian la habría besado. ¿Era un juego? ¿Un reto? ¿Habría sido ella quien, subconscientemente, hizo el primer movimiento?

En cualquier caso, la culpa la tenía ella por haber bajado la

guardia. Había algo en Ian que le había hecho compartir partes de su vida que siempre había ocultado a los demás.

Como si no se sintiera suficientemente humillada, se miró en el espejo tras ponerse la camisa de franela. Parecía una tienda de campaña con dos piernas. Y con los labios hinchados por el beso.

Volvió al dormitorio y su mirada fue directa al hueco que Ian había ocupado en la cama, donde había parecido tan cómodo como si fuera el lugar al que pertenecía.

Pero no había sido más que un espejismo.

* * *

Por primera vez en dieciocho meses, Ian se levantó de la cama con la boca seca. Afortunadamente, no tenía nada que ver con la bebida y todo con la mujer en la que había estado pensando toda la noche. Y que podía ser tan adictiva como el alcohol, tal y como había comprobado al besarla. Afortunadamente, Josef los había salvado.

Ian recordó la desilusión que habían reflejado sus ojos cuando se había separado de ella. Chloe no tenía ni idea de hasta qué punto le había costado hacerlo…

Pero una vez que su cuerpo se había calmado y que había recuperado el juicio, había tenido la certeza de que había sido lo mejor. Si Chloe hubiera sido una mujer superficial…, pero no lo era. Era dulce y divertida. Su pasado estaba plagado de mujeres buenas que le habían ofrecido su corazón, solo para descubrir que él no era capaz de sentir lo mismo por ellas. Y no podía permitir que Chloe entrara a formar parte de esa lista.

Pero aquel beso… Todavía podía paladear el sabor de su boca y sentir su cuerpo pegado al de él.

Ian gimió. De haber estado en nueva York habría podido distraerse o haber ido al café. Tumbado en la cama, solo tenía sus propios pensamientos por compañía.

Le había despertado el silencio. Durante toda la noche había escuchado el repiqueteo del aguanieve contra el cristal, pero en aquel momento había dejado de llover, el viento se había calmado y solo se oía el piar de los pájaros.

Por una ranura de la cortina vio un cielo azul moteado de gris.

Aun así, una capa de hielo lo cubría todo, las ramas, los coches, el tejado de un cobertizo, aunque algunas gotas indicaban que comenzaba a deshelar. El árbol caído representaba un problema más acuciante. Si tenían que esperar a que la compañía eléctrica reparara primero la línea, Chloe y él tendrían que pasar otra noche en el hotel.

Ian prefirió ignorar la oleada de excitación que le causó esa perspectiva.

Poniéndose los vaqueros y el jersey, bajó en busca de café.

–Buenos días –lo saludó Josef, que entraba por la puerta cuando él llegó al pie de la escalera–. ¿Ha dormido bien?

Ian le agradeció que actuara como si el incómodo encuentro de la noche anterior no hubiera tenido lugar.

–Muy bien, gracias –mintió.

–Me alegro –Josef colgó su chaqueta de gancho de madera–. He echado sal en las escaleras. Si salen a dar un paseo, tengan cuidado. El suelo está cubierto de hielo.

–¿Sabe algo de la compañía eléctrica? –preguntó Ian.

Josef se unió a él en el bufé y se sirvió una taza de café.

–He llamado esta mañana y ha saltado un contestador anunciando que hay varios equipos trabajando. Desafortunadamente, también he oído en la radio que hay cortes en todo el Estado. Hay cuarenta mil personas sin luz. Aun con su generosa oferta, sospecho que las reparaciones van a llevar bastante tiempo. Espero que no tuvieran prisa.

–¿Cambiaría algo que la tuviera?

–Me temo que no –Josef le ofreció la jarra de leche, que Ian rechazó–. He visto que tiene matrícula de Nueva York. ¿Volvían o salían de allí?

–Salíamos. Íbamos a ver a mi hijo a la universidad.

–¡Qué lástima! Pero no se preocupe, su hijo lo entenderá.

–Eso espero –dijo Ian dubitativo, mirando el contenido negro de su taza.

Un tablón de madera crujió suavemente a su espalda.

–Buenos días –saludó Josef.

El cuerpo de Ian se tensó al instante. No necesitaba mirar para saber quién era porque sus entrañas se lo anunciaban. Efectivamente, cuando se volvió vio a Chloe.

Se había equivocado al bromear sobre la camisa de franela. En ella estaba irresistiblemente sexy, incluso con vaqueros cubriéndole las piernas. La prenda holgada dejaba ver la piel delicada de su cuello, cuyo sabor Ian recordaba tan bien.

Chloe se había recogido el cabello, pero un puñado de rizos se habían soltado y le acariciaban el rostro.

–Buenos días –dijo con un tímido movimiento de la mano. Al acercarse a ellos, sonrió, pero Ian notó que esquivaba su mirada y percibió su azoramiento–. Espero que quede café.

–Por supuesto –dijo Josef. Y sirvió una taza.

–Creía que lo preferías con hielo –comentó Ian. Confiaba en que Josef entendiera la indirecta y fuera por hielo para dejarlos solos, pero fue Chloe quien interpretó sus intenciones y reaccionó automáticamente.

–Me basta con añadir leche fría –dijo, tomando la taza que Josef le tendía.

–Ian y yo estábamos comentando que van a tener que pasar aquí otra noche, a no ser que retiren el árbol a lo largo del día, lo que parece improbable.

Chloe asió con tanta fuerza a taza que se le pusieron los nudillos blancos.

–¿Ah, sí?

–Josef, ¿puedes ayudarme en la cocina? –se oyó llamar a Dagmar.

Él terminó el café de un trago.

–La jefa me reclama. Voy a ver qué quiere.

–Pero volverá, ¿no? –preguntó Chloe en un tono de tal ansiedad que Ian sintió que se le desplomaba corazón.

–Me temo que no –contestó Josef–. Les avisaré cuando el desayuno esté listo. Espero que les gusten los huevos.

–¿Huevos de granja? Desde luego. No es fácil encontrarlos –comentó Ian.

–Y menos tan buenos como los nuestros –contestó Josef antes de irse.

La sonrisa de Chloe se borró en cuanto se quedaron solos.

–Un día más… –dijo, mirando su taza–. Debes de sentirte desilusionado.

–Un poco –dijo Ian, que en ese momento lo que lamentaba era

que Chloe siguiera esquivando su mirada. Sin poder soportarlo más, le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo. Ver en sus ojos que se sentía culpable por lo que había ocurrido, le rompió el corazón–. Tenemos que hablar.

## Capítulo 8

Pero no en el salón, donde podían ser interrumpidos. Antes de que Chloe contestara, Ian la tomó de la mano, entró en la primera habitación que encontró al salir al pasillo y cerró la puerta.

Chloe, desconcertada por la brusquedad de Ian, miró la chimenea apagada y tardó en darse cuenta de que estaban de nuevo en la biblioteca.

–Aquí podremos hablar en privado –dijo Ian.

–¿Es indispensable? –Chloe no quería hablar de la noche anterior. Ya había pasado toda la noche reviviendo lo ocurrido.

–Yo creo que sí.

Resignada, Chloe se sentó en el borde del sofá mientras Ian permanecía de brazos cruzados junto a la puerta. Aunque no la miraba, sino que mantenía la vista fija en el suelo, Chloe se sentía desnuda en la camisa que ambos sabían que había usado para dormir.

–Te debo disculpas –añadió Ian.

–No es verdad –que quisiera disculparse significaba que se arrepentía y Chloe no quería oír esas palabras. Aunque estuviera confusa, prefería creer que, al menos por un instante, Ian la había deseado–. Nos besamos. Fin de la historia.

El fin… de no ser porque todavía le ardía la piel allí donde sus labios la habían tocado, y porque, al verlo por la mañana, había anhelado que volviera a besarla.

–No tenía derecho a… –Ian la miró finalmente.

Chloe no podía soportar que empezara con excusas.

–Escucha –lo interrumpió–, los dos somos adultos. Anoche nos dejamos llevar después de un día muy intenso. No hace falta que hagas de ello una cuestión de estado –teniendo en cuenta como temblaba por dentro, Chloe se enorgulleció de lo serena que sonó.

–¿Estás segura? No quiero que nos sintamos incómodos el uno con el otro.

–Si sigues pidiendo disculpas puede que lo consigas –dijo Chloe.

Además, había algo de verdad en lo que había dicho. Entre la conversación y la tormenta, el día anterior había estado cargado de emociones. Probablemente los dos se habían dejado influir por la atmósfera romántica que los rodeaba. Las cosas cambiarían a la luz del día.

Al menos si Ian dejaba de mirarla como lo hacía.

Chloe fue hasta la ventana. Al otro lado del cristal, un gorrión saltaba de rama en rama.

–Tranquilo –dijo, alegrándose de tener aquella distracción–, si tuvieras que disculparte ya lo sabrías. Llevarías una taza de café por sombrero.

Chloe percibió el alivio de Ian cuando este rio.

–Menos mal, porque no tengo otra camisa.

Antes de que Chloe parpadeara, Ian estaba a su lado. Apoyándose en el alféizar, comentó:

–Aunque los coches del aparcamiento estén atrapados, la carretera debe estar transitable.

–¿Estás pensando en comprarle el coche a alguien que esté de paso?

–No, pero debe haber una estación de tren cerca. Puede que un vecino, esté dispuesto a llevarte.

Así que quería empaquetarla de vuelta a Nueva York.

–¿Quieres que me vaya?

Chloe se sorprendió de hasta qué punto le dolía la sugerencia.

–Se supone que era un viaje de un día y ya te he arruinado el fin de semana. No es necesario que también faltes al trabajo.

–Gracia por preocuparte por mi puesto de trabajo.

–¿Y la boda de tu amiga? Puede que tarden en despejar la carretera más de veinticuatro horas. ¿No tienes que cumplir con tus funciones de dama de honor?

Ian tenía razón. Y dado el deseo que sentía palpitar en su interior, probablemente lo mejor era volver a su casa. Pero entre los argumentos que había usado, Ian se había saltado uno.

–¿Eso es lo que quieres: que vuelva a casa?

–Ya me has pagado de sobra la deuda por haber rescatado tu bolso.

Chloe había olvidado que así habían empezado el viaje.

–Puede que quiera ser testigo del final de este viaje.

–¿Y tu amiga la novia?

–¿Delilah? No me necesita. Así que si quieres que me quede, lo haré.

De no ser porque ya contenía la respiración, Chloe se habría quedado sin aliento cuando Ian respondió en un ronco susurro:

–Me encantaría.

–Pues me quedo –dijo ella, y sintió que su corazón daba un salto de alegría.

* * *

–¿Cómo que estás aislada en Pensilvania? –preguntó Delilah.

–Es una larga historia –Chloe se alejó del edificio. Había recuperado algo de cobertura–. Estoy aquí para dar apoyo moral a Ian.

–¿El tipo del café? ¿Te has vuelto loca? Apenas lo conoces.

–Lo conozco más de lo que crees –dijo Chloe impulsivamente.

–¿De verdad? Hace tres días pensabas que era un colgado.

–Desde entonces he descubierto muchas cosas sobre él –dijo Chloe, asombrada de que hubiera pasado tan poco tiempo.

Oyó suspirar a Delilah.

–Has cometido muchas locuras, Chloe, pero irte el fin de semana con…

–Iba a ser solo una excursión de un día hasta la universidad.

–Un viaje muy largo solo para una excursión.

–Ian quería visitar su hijo. Llevan años distanciados; era la primea vez que lo iba a ver en persona, y pensé que necesitaba mi compañía.

Esperó mordisqueándose el labio. Delilah sabía lo bastante de su pasado como para que no necesitara darle más explicaciones.

–¿Ha apreciado el gesto? –preguntó su amiga.

–Yo diría que sí. Te aseguro que es muy… –sexy, divertido, maravilloso– agradable.

–Así que te gusta.

–Claro. Acabo de decirte que es muy amable. Si no, no habría venido.

–No me refería a eso.

–No hay nada romántico entre nosotros. Ninguno de los dos

queremos una relación.

–Eso no ha sido un impedimento en otras ocasiones. De hecho, ¿no es el desinterés una de tus principales motivaciones?

–Eres peor que Laroo.

–Eso pretendo.

–Pues no te esfuerces. Te aseguro que no va a pasar nada –Ian lo había dejado bien claro–. Pásale el mensaje a Larissa.

–Lo hare si consigo dar con ella. No ha contestado el teléfono en todo el fin de semana. Puede que Tom y ella también estén incomunicados por la tormenta.

–O estarán ocupados preparando regalos para los invitados. Menos mal que a ti no te preocupan esas cosas.

–En este momento lo único que me preocupa es saber si voy a tener dama de honor. Prométeme que no vas a fallarme.

–Te lo prometo. Además, he gastado demasiado dinero en el vestido como para no lucirlo.

Chloe terminó la llamada y suspiró. Algo de lo que había dicho Delilah la inquietaba: «eso no ha sido un impedimento en otras ocasiones».

Le llegaron voces de desde el camino de acceso al hotel y al mirar, vio a un grupo de hombres en torno al árbol caído. Ian destacaba entre todos ellos por su altura y su elegancia natural. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a creer que era prácticamente un vagabundo?

Uno de los hombres dijo algo y él rio. A pesar de la distancia, el sonido la alcanzó en el centro del pecho.

Por muy irritante que le resultara, Delilah tenía razón. Cuanto más desinterés manifestaba un hombre, más atractivo lo encontraba. Ian cumplía todos los requisitos: era extremadamente atractivo y aseguraba no querer una relación. Su prototipo. Y, sin embargo, ¿qué era lo que lo diferenciaba de todos los demás?

Esa pregunta la perturbó durante horas. Junto con algunas otras. Por ejemplo, por qué estar en su compañía le resultaba tan natural como respirar y al mismo tiempo la aterrorizaba.

–Así que aquí es donde te estabas escondiendo.

Chloe se sobresaltó y los lápices rodaron sobre el papel que apoyaba en el regazo. Ian la miraba desde la puerta de su habitación, y como siempre que lo veía, Chloe sintió mariposas en

el estómago.

–No me escondo. Solo he venido para descansar un rato.

–¿Siempre descansas con lápiz y papel? ¿Puedo ver lo que estás haciendo? –preguntó él, aproximándose.

Chloe vaciló un instante. Lo que había empezado como un dibujo de los árboles había ido convirtiéndose en varios diseños de un logo para el café de Ian.

–Vale –dijo, pasándole el papel.

–¿Son para mí? –preguntó él, sorprendido.

–Solo son unos apuntes.

–Me gustan. Sobre todo el de en medio. Las letras quizá no tanto, pero el concepto sí.

–Quizá si… –Chloe tomó el papel y cambió el trazo de las letras–. ¿Te gusta más así?

–¡Como si me hubieras leído el pensamiento!

A Chloe se le aceleró el corazón y se recordó que no debía tomarse sus comentarios en serio.

–Será que es fácil –bromeó.

–Mis empleados pensaban lo contrario –dijo él, volviendo a estudiar los esbozos–, pero supongo que era porque yo tenía la mente nublada la mayoría del tiempo.

Chloe se dio cuenta de la brutal honestidad con la que siempre se refería a su problema con el alcohol.

–¿Por qué lo haces? –preguntó.

–¿El qué?

–Ser tan severo contigo mismo. ¿No deberías darte un respiro?

–¿Crees que lo merezco? ¿Te has olvidado del objetivo de este viaje?

–Eso no significa que debas castigarte todo el tiempo.

Ian dejó escapar un profundo suspiro.

–Eres un encanto –Ian se sentó en el brazo de la silla de Chloe–. Solo siendo brutal puedo describir hasta qué punto he sido un bastardo.

–Pero ya no lo eres.

–Eso es porque no me has visto en un mal día.

Si lo que pretendía era asustarla, no iba a conseguirlo.

–Sigo pensando que eres demasiado severo.

Ian sonrió y le acarició la mejilla.

–Si supieras el dolor que he causado, cambiarías de opinión.

Para Chloe, lo importante era que estaba intentando redimirse, pero como sabía que no le haría caso, optó por cambiar de tema.

–No me has contado por qué decidiste comprar un café.

–¿Quieres la versión oficial o la verdad?

–La verdad, por favor.

–Porque me gusta el café.

Chloe rio.

–¿En serio?

–Completamente. Así tengo control sobre mi vicio.

–¿Tú queriendo controlar? Me sorprendes.

Ian le dio un golpecito en el hombro.

–Hablando de control. Ha llegado el equipo de la compañía eléctrica. Están retirando los cables.

–Fantástico. Debes estar encantado.

–Desde luego.

A Chloe le sorprendió que Ian no sonara nada entusiasmado, pero supuso que se debía a que estaba nervioso.

–Claro que solo es el primer paso. Luego tendremos que cortar el árbol en trozos para retirarlo. He convencido a dos de los huéspedes para que lo hagamos nosotros. Acabaremos antes que si lo dejamos en manos de Josef y de su vecino, que le dobla la edad y es la mitad de su tamaño.

La descripción hizo reír a Chloe.

–Me alegro –dijo, aunque sintió una punzada de desilusión–. Gracias por venir a decírmelo.

–En realidad también te buscaba por otro motivo: tengo una sorpresa para ti después de cenar.

–¿Una sorpresa? ¿Para mí? –Chloe se vio asaltada por imágenes de besos y se le puso la piel de gallina–. ¿Por qué? –preguntó, a la vez que rezaba para que no le contestara que para compensarla por lo de la noche anterior.

–Porque… –Chloe no supo si Ian hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas o porque había decidido no contestar–, ¿es que uno no puede pensar en algo agradable para una amiga?

La palabra «amiga» de pronto no parecía tan apropiada como lo había sido inicialmente, pensó Chloe. Sus amigos no despertaban en ella un anhelo como él que sentía junto a Ian.

–La verdad es que quería darte las gracias por haber venido conmigo –continuó él.

–Ya te he dicho que no hay nada que agradecer.

–Deja de chafarme el plan.

–Lo siento. Es que no lo esperaba –después de todo, las sorpresas se reservaban a las parejas, no a las amigas,

–Por eso es una sorpresa –replicó Ian.

Tomó a Chloe por la barbilla y le inclinó la cabeza hasta que sus rostros quedaron tan cerca que Chloe creyó que iba a besarla.

–Nos vemos a las seis y media en el comedor. No te retrases.

¿Retrasarse? Chloe contaría los minutos hasta entonces.

–No mires –repitió Ian al oído de Chloe–. ¿Seguro que tienes los ojos cerrados?

–¿De verdad que esto es necesario? Me siento un poco idiota –por no decir, ansiosa.

Desde que Ian había mencionado una sorpresa, había tenido los nervios a flor de piel y en ese momento, con los ojos cerrados, la expectación que sentía hacía que todos sus sentidos estuvieran estimulados. Ian posaba las manos en sus hombros, y ella podía sentir su pecho contra la espalda.

Probablemente había llegado el momento de aceptar que Delilah tenía razón: sentía algo por Ian; algo peligrosamente parecido al amor.

–Relájate –dijo él, asumiendo que se debía a timidez–. Nadie te está viendo.

Eso era verdad. En cuanto se despejó la carretera, los demás huéspedes se habían ido. De hecho, Ian y ella habían cenado con Josef y Dagmar, lo que había incrementado el nerviosismo de Chloe, a la que no habían pasado desapercibidas las miradas de complicidad que se intercambiaban alrededor de la mesa.

–Diez pasos más –dijo Ian.

Chloe habría jurado que con cada paso el cuerpo de Ian se aproximaba al suyo. Una de sus manos abandonó su hombro y al segundo siguiente, oyó una puerta abrirse. Una suave ráfaga de aire le rozó la cara. Dio dos pasos más y la temperatura subió. Chloe oyó el sonido de fuego.

–¿Es la chimenea? –preguntó.

Intuyó que estaban en la biblioteca, y solo pensar en el beso le causó un calor interior superior al de las llamas.

–Está bien. Abre los ojos.

Chloe parpadeó para acostumbrarse a la oscuridad. Alguien había retirado los muebles. Delante de la chimenea, había un mantel en el suelo, como si se tratara de un picnic. En una esquina vio una bandeja con un juego de té y unos cuencos tapados con paños. Chloe enarcó una ceja.

–¿Un picnic? –verdaderamente, se trataba de una sorpresa.

–No un picnic cualquiera –dijo Ian, tomándole lamano. Indicó que se sentara y fue por la bandeja–. Quiero que sepas que me he tomado mucho trabajo –por como sonreía, Chloe no supo si hablaba en serio o en broma.

Ian levantó uno de los paños y Chloe se llevó la mano a la boca para contener la risa.

–¡Has asaltado la despensa de Dagmar!

–Más bien me la he ganado para que me ayudara –contestó Ian–. Te he dicho que he trabajado mucho.

A Chloe no le cabía la menor duda de que Dagmar habría sucumbido a la primera sonrisa.

Ian fue levantando los paños y dejando al descubierto nubes de azúcar, galletas de limón y pastas de chocolate.

–Dijiste que nunca habías tostado *chuches* en un fuego. Ahora puedes hacerlo.

Chloe observó la bandeja con incredulidad. No había sido más que un comentario pasajero, pero Ian le había prestado atención. Ningún hombre de los que conocía habría hecho algo así

La atracción se transformó en un sentimiento que no supo precisar, pero que le ocupó todo el pecho, dejándola sin aliento y nublándole la vista.

–Oye, oye –Ian apareció a su lado–. No vale llorar. Solo son nubes de azúcar.

–No estoy llorando. Es que… –Chloe parpadeó–. No puedo creer que te hayas tomado tanto trabajo.

–Lo ha hecho Dagmar. Yo me he limitado a sonreír.

Los dos sabían que eso no era verdad. Chloe no podía apartar de su mente, ni de su corazón, expresiones como «dulce»,

«maravilloso», pero, entrelazando los dedos con los de él para hacerle sentir su emoción, se limitó a susurrar:

–Gracias.

–Ha sido un placer, Ricitos.

Él le acarició la mejilla y Chloe se preguntó si estaba tan turbado como ella. Entonces Ian le soltó la mano, diciendo:

–Basta de agradecimientos –dijo. Tomó una brocheta–. Tenemos que tostar las nubes.

Permanecieron sentados delante de la chimenea, observando las llamas lamer las golosinas hasta tostarlas. Chloe rio al ver la suya hacer burbujitas y expandirse.

–¡Es mucho mejor que en el microondas! –quitó la masa gomosa de la punta de la brocheta y se la metió en la boca.

–¿No se supone que hay que hacer varias antes de comerlas? –preguntó Ian.

Con la boca llena, Chloe sacudió la cabeza.

–Las prefiero recién tostadas.

–¡Y yo que le he hecho desempapelar todas esas a Dagmar!

Riendo, Chloe bebió de su chocolate caliente.

–No te preocupes, no pienso desperdiciarlas –dijo. Y para demostrarlo, tomó una de las pastas de chocolate que, por proximidad al fuego, se estaban derritiendo.

Chloe tuvo que chuparse los dedos, y cuando se pasaba el índice por el labio inferior oyó una exclamación contenida. Entonces alzó la mirada y vio que Ian la observaba con expresión de deseo.

Sin transición, sus cuerpos se aproximaron y formaron una madeja de extremidades y bocas. El beso de la noche anterior prometía pasión; aquel, la tenía. En cuanto los labios de Ian tocaron los de Chloe, el instinto los dominó y pronto incluso sus respiraciones se sincronizaban.

Hasta que, de pronto, Ian se separó y, maldiciendo, ocultó el rostro en el cuello de Chloe mientras ella seguía abrazándolo y se preguntaba qué había pasado.

Dejando escapar otro juramento, Ian levantó la cabeza.

–¿Sabes cuántas veces me prometí que dejaría de beber antes de entrar en rehabilitación? –preguntó.

¿Por qué le hablaba de alcohol cuando podía estar besándola? Chloe iba a hacerle esa pregunta cuando vio la expresión de

angustia en su rostro y se dio cuenta de que no era una cuestión banal.

–¿Cuántas?

–Innumerables. Lo prometía y quince minutos después, estaba bebiendo. ¿Sabes por qué?

Chloe sacudió la cabeza.

–Porque soy un testarudo bastardo que siempre hago lo que quiero. Por eso me cuesta resistirme a la tentación –añadió, retirándole el cabello de los ojos.

Chloe sintió sus dedos temblar. Ian no hablaba del alcohol, si no de besarla.

–No es tentación si los dos lo queremos –dijo ella.

Ian rio con tristeza.

–¡Ojalá fuera tan sencillo!

–Puede que lo sea y que lo estemos complicando por pensar demasiado.

–O por no pensar suficiente –con un suspiro, Ian se separó de ella, dejando a Chloe temblorosa–. Eres una niña encantadora, Ricitos, ¿lo sabes?

Niña. No era la primera vez que se refería a ella así, y se dio cuenta de que siempre coincidía con momentos de intimidad que intentaba evitar.

–No soy una niña. Soy una mujer adulta.

–Lo sé –Ian le lanzó una mirada que habría derretido el acero–. Te aseguro que lo sé.

–Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es por mí? –preguntó. Claro que sí. Qué pregunta más tonta.

Ian la miró horrorizado.

–Claro que no, cariño.

Chloe le creyó.

–¿Entonces…?

–El problema es que me gustas.

Chloe sintió que se le aceleraba el pulso. Ian se puso en pie y fue hacia la ventana.

–¿Tienes idea de a cuánta gente he fallado a lo largo de los años? –preguntó, mirando al exterior. Chloe intuyó que se refería a mujeres–. No quiero que entres en esa lista.

–Así que actúas por caballerosidad –aunque fuera un cliché,

Chloe se emocionó. Ian había logrado que se sintiera especial en lugar de despreciada.

Saliendo de su parálisis, fue hasta la ventana, aunque se le encogió el corazón al ver que Ian desviaba la mirada. De cerca, vio en su rostro rastros de tensión mezclados con dolor, lo que interpretó como una prueba más de su sinceridad. En esa ocasión, fue ella quien le acarició la mejilla.

–Tú te mereces…

–Shhh –Chloe no quería oír más explicaciones cuando sabía que en aquel instante y en aquel lugar, no había un hombre mejor que él. Llevaban todo el fin de semana evitando aquella situación, temiendo bajar la guardia. Estaba cansada de tener miedo–. Aquí tengo todo lo que necesito –musitó.

Por si no la creía, le obligó a mirarla. El rostro de Ian estaba crispado por la necesidad de reprimir el deseo que se veía en su mirada.

–Aquí mismo –repitió ella. Y lo besó suavemente.

Ian dejó escapar un gemido y le pasó un brazo por la cintura. Chloe se encontró apretada contra su cuerpo.

–¿Tienes idea de lo difícil que es resistirse a ti? –gruñó él.

Su voz ronca hizo que Chloe se derritiera. En el mismo tono, ella contestó:

–Demuéstramelo.

Ian lo hizo.

# Capítulo 9

Chloe observaba a Ian mientras este dormía. Solo el sueño conseguía borrar el estrés de su rostro y le hacía parecer más joven. La única imperfección en su cuerpo era la cicatriz de su brazo. Chloe lo recorrió con la mirada hasta llegar a la mano, que yacía abierta sobre la almohada. Una mano que la había acariciado con la maestría del amante experimentado.

¿Por qué entonces se sentía tan tensa? «Lo sabes bien». Ian era diferente a los demás hombres. Despertarse a su lado resultaba peligrosamente natural. Le inspiraba palabras que le aterrorizaban, como «plenitud», «verdad», «para siempre». Chloe se sentía al borde de un precipicio del que su instinto le instaba a retroceder.

–¿Qué hora es?

Chloe se sobresaltó al oír la voz de Ian.

–Las cuatro.

–¿Qué haces despierta? ¿Estás bien?

Por un instante Chloe temió que le pudiera leer el pensamiento.

–Perfectamente. Solo estaba un poco incómoda. No pretendía despertarte.

–No estaba dormido del todo –Ian se frotó la cara y su suspiro resonó en la oscuridad–. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

¿Se habría arrepentido? Chloe se puso alerta.

–¿Puedo hacer algo por ti?

–Ya has hecho más que suficiente –dijo él, rodando sobre el costado–. De hecho, has sido increíble.

Chloe reprimió el impulso de refugiarse entre sus brazos. Suponía que los halagos eran parte del protocolo habitual de Ian tras el sexo, pero la ternura con la que se expresó la emocionó.

–¿Pretendes que me ruborice?

–Me encanta cuando te pasa –Ian le acarició el cuello con la nariz–. En cuanto te vi entrar en el café con tus botas altas supe que eras una fuerza de la Naturaleza –se separó un poco para mirarla y

preguntó–: ¿Por qué llevas tacones?

–Para que se me vea –y obligar al mundo a reconocer su existencia.

–Sería imposible que pasaras desapercibida –Chloe intuyó que Ian sonreía–. Y ahora –le dio un beso–, ¿qué podemos hacer para que estés más cómoda?

Ian le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Chloe se arrebujó contra su costado y acomodó la cabeza en el hueco de su cuello.

–¿Mejor? –preguntó él.

–Mucho mejor.

Estar en brazos de Ian no era mejor, era insuperable. Una vez más, la asaltaron las palabras que tanto temía: «plenitud», «verdad», «para siempre».

En cuanto Ian abrió los ojos, notó que pasaba algo raro, y no se trataba ni del espacio vacío a su lado ni del sonido de la ducha.

De hecho, eso era precisamente lo extraño, junto con la presión que sintió en el pecho. Normalmente era él quien se levantaba primero a la mañana siguiente en busca de algo para beber y de una escapatoria. Sin embargo, en aquella ocasión no solo había sucumbido a la tentación, sino que permanecía en la cama, sin el menor deseo de levantarse.

La ducha se silenció y unos minutos más tarde, Chloe salió del cuarto de baño envuelta en una toalla. En cuanto vio a Ian, sonrió.

–Creía que iba a tener que echarte un vaso de agua fría para despertarte.

Incorporándose, Ian se apoyó en el cabecero al tiempo que intentaba controlar la reacción de su cuerpo ante la visión de la piel dorada de Chloe.

–Lo raro es que haya dormido hasta tan tarde. Supongo que se debe a la actividad de las cuatro de la mañana.

–Espero que no haya sido por haberte usado de almohada.

–Ricitos, eso ha sido lo segundo mejor de la noche.

Una vez más, aquella deliciosa manera de ruborizarse. El mismo color que adquiría su piel cuando estaba excitada.

Chloe se inclinó para recoger su ropa.

–Anoche fue… ¿A qué hora quieres que nos vayamos?

Ian se distrajo al ver que la toalla se soltaba parcialmente. Al ver que no contestaba, Chloe añadió:

–Supongo que estás deseando llegar a ver a Matt.

–Claro –Ian no estaba seguro de hacía dónde se encaminaba la conversación, especialmente porque Chloe evitaba mirarlo–. ¿Por qué lo preguntas?

–Por nada. Pero mientras estaba en la ducha he pensado… –Chloe hizo una bola del calcetín que sujetaba en la mano–, que a lo mejor podías dejarme en la estación, tal y como sugeriste ayer.

Ian se irguió bruscamente.

–¿Por qué? ¡Ayer no te pareció una buena idea!

–Porque era una complicación. Pero ahora he pensado que necesitas tener un poco de intimidad con Matt –explicó Chloe–. No quiero estar en medio.

–También lo habrías estado el sábado y eso no te impidió venir.

–Pero el sábado no…

Se habían acostado. Típico de Chloe y de su empeño en parecer fuerte. Ian se sintió culpable.

–No digas tonterías. Quiero que vengas –dijo.

Solo entonces Chloe lo miró directamente. Sus ojos reflejaban la inquietud que sentía.

–¿Estás seguro? –preguntó.

–Completamente –contestó él. Y lo estaba hasta un punto que lo desconcertaba–. Pero antes, hay otro sitio en el que me gustaría tenerte –dijo, levantando las sábanas y dando una palmada a su lado.

Chloe abrió los ojos con sorpresa.

–Pensaba que estarías ansioso por ir a ver a Matt.

–Tenemos mucho tiempo, Ricitos. Mucho.

Ian había olvidado lo grande que era la universidad. Entrar en el campus era como llegar a una pequeña ciudad. Llovía y los estudiantes iban precipitadamente de un edificio a otro.

–¿Te ha escrito Matt? –preguntó Chloe.

–Todavía no –Ian le había mandado un mensaje antes de salir del Bluebird–. Estará en clase –añadió, intentando ignorar el nudo

que le atenazaba la garganta.

–¿Qué vamos hacer? El campus es demasiado grande como para ir preguntando si alguien conoce a Matt Black.

–Vamos a ir al despacho del rector para convencerlo de que nos dé su horario.

–¿Quieres decir que vas a sobornarlo?

–Es una de las ventajas de ser rico –dijo Ian con una confianza en sí mismo que en aquel momento no sentía. Aparcó el coche y dejó caer la cabeza sobre el volante–: ¿Y si estoy cometiendo un error?

–¿De qué estás hablando? Claro que no es un error.

–¿Y si Matt está mejor sin mí? –preguntó Ian, intentando dominar el pánico que lo asaltaba.

–No lo está. Seguro que quiere a su padre en su vida.

Chloe hablaba por lo que le había pasado con su padre. Pero él tenía otra experiencia.

–No todos los padres son buenos. El mío era un despreciable borracho.

–Pero tú sí vales la pena.

Chloe hablaba con tal seguridad…

–Eso no lo sabes –dijo Ian, sacudiendo la cabeza.

Tomó la mano de Chloe y la conexión lo calmó al instante. Pensó en todas las veces que le había servido de consuelo a lo largo del fin de semana. En ese momento iba a volver a contar con su apoyo, pero antes, debía saber toda la verdad.

–No creé Ian Black Technologies para salvar vidas, sino para amasar una fortuna y poder exhibir mi éxito ante mi padre. Eso era todo lo que me importaba.

Años de trabajo frenético, bebiendo y trabajando. Abandonando a aquellos que lo querían porque estaba demasiado borracho y demasiado obsesionado como para dedicarles tiempo.

–Ansiaba tanto demostrarle que se equivocaba… –continuó, mirando las gotas de lluvia que cubrían el parabrisas–. Pero solo conseguí demostrar que era como él. ¿Y si estar conmigo tiene el mismo efecto en Matt?

Ian se volvió lentamente hacia Chloe, asumiendo que lo miraría con reprobación. Sin embargo, descubrió que sus ojos brillaban con más ternura que nunca.

–Eso no va a suceder –se limitó a susurrar ella.

–¿Cómo lo sabes? –¿cómo podía sonar tan segura después de lo que acababa de contarle?

Chloe le tomó el rostro entre las manos.

–Porque eres una gran persona.

Ian se preguntó qué habría hecho para merecer que Chloe se cruzara en su camino. ¿Por qué no la habría conocido antes de corromperse?

–¿Ian? –Chloe lo miraba con preocupación.

–Lo siento.

–¿El qué?

Ser tan egoísta, apoyarse en ella… Cualquiera de esas repuestas habría valido. Pero lo que dijo fue:

–Haber dicho que volvieras a casa. Me alegro de que estés aquí, Ricitos.

–Y yo no querría estar en ningún otro lugar.

Ian la besó apasionadamente.

–Para que me des suerte –dijo cuando separó sus labios de los de ella.

–Ah –dijo ella, con una emoción en la mirada que Ian supo que no podría borrar de su mente en mucho tiempo.

Tras besarle la mano, asió la manija de la puerta.

–Adelante, Ricitos, vayamos en busca de mi hijo.

Tuvo que explotar todas sus dotes de persuasión, además de hacer un cuantioso donativo a la universidad, para obtener la información que necesitaba.

–No quiero saber la cifra que has puesto en el cheque –dijo Chloe cuando cruzaban el patio que llevaba al bloque donde Matt estaba atendiendo su última clase.

–El dinero habla, Ricitos –Ian había pagado mucho más por cosas insignificantes.

Miró la hora y vio que eran las cuatro y cinco.

–La clase ha terminado ya. ¿Por qué no sale?

–Estará charlando con sus amigos.

–Tienes razón –dijo Ian, sabiendo que debía dominar la impaciencia–. Seguro que…

Se abrieron las puertas del edificio y salió un trio de estudiantes. Uno de ellos llevaba una gorra de béisbol de la que salían unos mechones pelirrojos. Ian habría reconocido su actitud arrogante en cualquier parte. Estaba viendo una versión joven de sí mismo.

–Matt –llamó desde el otro lado del patio.

Los chicos se detuvieron. Matt se volvió y solo al cabo de unos segundos, abrió los ojos desmesuradamente antes de preguntar:

–¿Qué haces aquí?

–He venido a verte –dijo Ian con el corazón en la garganta–. ¿Has recibido mis mensajes?

–Sí.

–Me alegro, pensaba que con la tormenta…

–Si hubiera querido hablar contigo, te habría llamado.

Ian se quedó paralizado.

–Pe-pero… hemos estado hablando.

–Te he escrito un par de cartas. Eso no quiere decir que quiera que seamos «amiguitos».

«Si hubiera querido que supieras su teléfono, ¿no te lo habría dado él mismo?», había dicho Jack. Y tenía razón. Él, en cambio, se había equivocado. De nuevo.

–No pretendo hacerme tu amigo, Matt, sé que no lo merezco.

–Y, sin embargo, estás aquí.

Sonaba tan parecido a él que era doloroso.

–Si me dieras cinco minutos…

–No.

Un puñetazo le hubiera hecho menos daño.

–Tienes que escuchar a tu padre –intervino Chloe, que se había acercado hasta colocarse junto a Ian.

Matt la miró despectivamente y dijo:

–No sé quién eres ni me importa –se pasó la mano por la cara–. Además, he de ir al grupo de estudio.

Lo peor de ser rechazado por su hijo era que Ian sabía que lo tenía merecido. Instintivamente supo que debía el tiempo que necesitaba.

–Lo siento, Matt. Nunca te he hecho daño intencionadamente.

–Si es así, déjame en paz.

–¿Quieres que llamemos a seguridad? –preguntaron sus amigos.

–No es necesario –contestó Matt. Y mirando a Ian fijamente,

añadió–: ¿Verdad?

Este sacudió la cabeza. Chloe dio un paso adelante.

–No lo entiendes. Tu padre…

–Deja que se vaya, Chloe.

Ella miró a Ian con incredulidad.

–¿Estás loco? No puedes dejar que se vaya sin darle una explicación.

–Chloe –Ian intentó asirle el brazo cuando vio que iba tras el grupo de amigos, pero ella se sacudió su mano de encima.

–Quiere hacer las cosas bien –gritó–. ¿No te das cuenta de lo afortunado que eres?

–¿Afortunado yo? –dijo Matt, volviéndose bruscamente–. No sé quién eres, pero ese hombre no ha hecho nada por mí en trece años. No pienso dejarlo todo porque hoy haya decidido jugar a ser mi padre. Y ahora, déjame en paz.

–Pero él…

–Chloe, para.

Ian había tenido bastante. Matt no quería hablar con él y la presión de Chloe solo podía empeorar las cosas.

Pero ella le asió los brazos y con una mirada de desesperación, dijo:

–Tienes que convencerlo; cuéntale lo de su graduación. Tiene que saberlo.

–No quiere oírlo.

–¡Pues oblígale! ¡Síguele hasta que te escuche!

–¿Qué quieres, que le haga un placaje y le obligue a oírme?

¿No se daba cuenta Chloe de que había fracasado, que tenía que volver a casa y reflexionar sobre cómo actuar? Siguió a Matt y a sus amigos con la mirada hasta que los vio entrar en otro edificio.

–Jack me advirtió que actuara con cautela.

Pero él no le había hecho caso y, consecuentemente, quizá acababa de tener el único encuentro con Matt de su vida. La idea de no volver a oír su voz le partía el corazón. ¿Cómo podía haber cometido tal error?

Ni siquiera había tenido la oportunidad de pedirle perdón.

Entre tanto, Chloe no se daba por vencida.

–Tienes que ir tras él –repetía–. No puedes darte por vencido. Dime que no vas a darte por vencido.

–Chloe, ¿puedes callarte de una vez?–las palabras escaparon de su boca como disparos–. Se trata de mi hijo. Si quieres superar tus propios problemas con tu padre, hazlo por tu cuenta.

Chloe lo miró como si la hubiera abofeteado.

–No puedo creer que seas capaz de decirme eso.

En cambio a Ian no le extrañó. Sabía que era cuestión de tiempo que el monstruo que escondía en su interior emergiera.

Chloe notó las gotas de agua salpicarle la cara mientras miraba a Ian alejarse.

–Se suponía que eras diferente –susurró cuando llegó al coche. Distinto a los demás. Capaz de luchar por aquellos a quienes amaba.

Ian estaba ya sentado en el interior, mirando el volante.

–Te avisé que era un maldito bastardo –dijo él.

–Has tenido un mal día. Estas cosas pasan –aquella respuesta surgió de un lugar que Chloe no identificó, pero que parecía dispuesto a perdonar la salida de tono de Ian.

–Debería haber escuchado a Jack –dijo él

–Tú mismo has dicho que había cosas que no podían decirse por carta.

–Pero no soy precisamente un experto en paternidad o en relaciones.

–No solo tú pensaba que venir era una buena idea.

–Eso ya lo sé.

Ian hizo aquel comentario con una amargura que hizo que a Chloe se le pusiera el vello de punta.

–¿Insinúas que yo tengo la culpa?

–No te des tanta importancia. Te has limitado a confirmar lo que yo quería oír.

Chloe se quitó la bufanda lentamente y se la puso en el regazo.

–No sabía que tuviera tal poder de convicción –dijo con sarcasmo, estirando la prenda.

Ian dio un profundo suspiro y dijo:

–Lo siento.

–¿El qué? –¿insultarla o llevarla consigo? Había muchas maneras de interpretar el comentario.

En lugar de contestar, Ian puso la mano sobre la palanca de

cambios.

–Será mejor que nos vayamos. Tenemos un largo viaje por delante.

De hecho, se hizo interminable debido al abismo que se había abierto entre el conductor y la pasajera. Ian no dijo palabra, y Chloe se sentía demasiado dolida y frustrada como para intentar sacarlo de su aislamiento, así que pasó el viaje mirando por la ventanilla y reflexionando.

Por más que se decía que la actitud de Ian se debía al fracaso de su encuentro con Matt, también cabía la posibilidad de que fuera a darse por vencido así de fácilmente a pesar de que su hijo le importaba más que nada en el mundo. Y de ser así… Cuantas más millas recorrían en silencio, más se inclinaba Chloe a creer en la última posibilidad, y más resonaban en su mente las ásperas palabras que él le había dedicado.

Para cuando Ian estacionó el coche delante de su casa, estaba tan tensa que habría querido salir corriendo.

–Hogar dulce hogar –dijo en un susurro.

–Siento haber sido tan mala compañía.

La disculpa de Ian no sonó sincera, pero Chloe no estaba dispuesta a dejarle ver que había herido sus sentimientos.

–Supongo que te veré mañana en el café.

–Claro –dijo él. Y poniéndole la mano en la mejilla la besó brevemente y añadió–: Buenas noches, Ricitos.

Pero Chloe lo interpretó como un adiós. Y aunque tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano, caminó hasta la puerta con la cabeza bien alta.

¡Y pensar que aquella misma mañana había pensado que podían tener un futuro juntos!

Al menos podría cambiarse de ropa y usar su propio secador, se dijo, intentando ver las ventajas de volver a casa mientras subía en el ascensor… Pero nada podría compensar no dormir en brazos de Ian.

Se abrieron las puertas del ascensor y tuvo que recordarse que ni él ni ella querían una relación. Eso estaba reservado para gente como Del y…

–¿Larissa?

Su mejor amiga estaba sentada en el suelo, al lado de su puerta,

con las piernas apretadas contra el pecho. En cuanto oyó que la llamaba, alzó la mirada y Chloe vio que tenía los ojos llorosos.

–Perdona que no te haya llamado –dijo–. No tengo el teléfono conmigo.

Su voz sonaba temblorosa y frágil. Chloe se asustó.

–¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? –una espantosa idea se le pasó por la cabeza–. ¿Es Del…?

Larissa sacudió la cabeza y con los ojos anegados en lágrimas dijo:

–T-Tom me ha dejado.

–¡Oh no, querida! –Chloe la abrazó con fuerza.

Una vez Larissa se calmó parcialmente, le hizo pasar y la sentó en el sofá. Laroo se hizo una bola inmediatamente.

–Voy a llamar a Delilah –dijo Chloe. Era el tipo de problema al que se enfrentaban mejor juntas.

–No –dijo Larissa–. ¡No quiero estropearle el fin de semana!

–¿Qué ha pasado? ¿Qué quieres decir con que Tom te ha dejado? –Chloe estaba segura de que había un malentendido.

–Dice que ha conocido a una mujer en el trabajo y que se entienden a la perfección. Dice que ha sido un flechazo. O eso creo. Estaba tan ansiosa por salir del apartamento que apenas le he escuchado.

–Entonces puede que no lo hayas oído todo –dijo Chloe. Esa debía ser la explicación–. Puede que se haya sentido atraído por ella y se sintiera culpable. Seguro que si lo llamas…

–Me ha dicho que no quiere casarse conmigo. Eso lo he entendido con toda claridad.

Chloe se sentó en el sofá, atónita. Larissa era dulce, buena, digna de ser amada. ¿Cómo podía Tom abandonarla?

–No lo comprendo –musitó.

–Yo tampoco. Todo parecía ir tan bien. Teníamos la boda planeada… ¡Dios mío, la boda! –Larissa estalló en llanto–. ¿Cómo es posible que esté pasándome esto?

Chloe pensó: «Porque los hombres se comportan así», a la vez que frotaba la espalda de su amiga. Por muy maravillosamente que te hicieran sentir, en algún momento se marchaban. Por eso era mejor adelantarse a ellos, antes de que el daño fuera irreparable.

# Capítulo 10

–Sabía que te irías en cuanto colgaras el teléfono. ¡Por qué no sigues mis consejos!

–Puedes saltarte el sermón, Jack. Ya sé que me he equivocado.

Ian se masajeó las sienes para aliviar el dolor de cabeza que sentía.

–Sabes que soy impaciente y que tengo un problema con la disciplina.

–Tú problema no es la disciplina, sino que eres un testarudo.

–Además de un egoísta.

–¿Dónde estás?

–¿Tú qué crees? No quería estar en casa –Ian barrió con la mirada el vacío café, en el que todo le recordaba a Chloe.

Era asombroso que pensara en ella cuando Matt lo significaba todo para él. Sin embargo, se despreciaba más a sí mismo por haber herido a una mujer a la que conocía desde hacía menos de una semana que por su fracaso con su hijo.

–¿Ves como si eres disciplinado? –dijo Jack–. Podrías haber ido a un bar.

–No creas que no lo he pensado. Pero ya he metido bastante la pata para un fin de semana.

Desafortunadamente, Jack solo podía ayudarlo con uno de sus errores.

–Sabía que Matt estaba enfadado, pero yo estaba tan obsesionado con pedirle disculpas… –continuó. No había pensado en el papel que Matt jugaba en la ecuación. Había sido tan egoísta y testarudo como siempre.

La reacción de Chloe le había hecho consciente de hasta qué punto solo pensaba en sí mismo. Todavía podía ver la desesperación con la que había intentado que cambiara de actitud. ¿Y qué había hecho él? Enfurecerse. Una vez más, hería a alguien que quería lo mejor para él, solo que en esa ocasión, no podía culpar al alcohol.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó Jack.

–Dejarla ir.
–¿Quieres decir «dejarlo ir»?
Claro, estaban hablando de Matt.
–No. Tengo que disculparme con él.
–Ya lo has hecho. En tu primera carta, ¿recuerdas?
–Pero no le he hablado de mi alcoholismo, ni le he contado que, a pesar de estar ausente, he seguido sus pasos –como Chloe había dicho, Matt debía saber que no lo había olvidado.
Jack dejó escapar un suspiro, lo que solía indicar que iba a soltarle un sermón.
–¿Te acuerdas del paso nueve?
–Sabes que sí: «Reparar el daño causado». Llevo haciéndolo meses.
–Lo sé. Obsesivamente.
–¿Qué quieres decir?
Un nuevo suspiro.
–Olvidas la parte de «en la medida de lo posible». A veces basta con intentarlo.
–¿Y si fracasas?
–Hay que esperar a tener otra oportunidad.
–Es decir, que no puedo obligar a que las cosas pasen cuando y como yo quiero.
–Se ve que sí has aprendido algo.
Pero demasiado tarde. Matt estaba furioso con él y Chloe… Debió de suspirar, porque Jack preguntó:
–¿Qué?
–Nada –dijo Ian. Luego rio–: ¿Me creerías si te digo que tengo un problema sentimental?
–¿Con la mujer a la piensas que «dejar ir»?
Su guardián era muy perceptivo.
–Es distinta a todas las mujeres que he conocido, Jack. Es dulce, inocente… –vulnerable, afectuosa.
–Suena especial.
–Lo es –demasiado especial para él, que solo era capaz de causar dolor.
–¿Y cuál es el problema?
–Me temo que con este no puedes ayudarme. Tengo que resolverlo solo –Ian fijó los ojos en la funda de ropa que había sobre

la barra.

Todavía le quedaba hacer una cosa. Y no tenía tiempo que perder.

Puesto que se había acostado a las cinco de la mañana, a Chloe le irritó que alguien llamara al telefonillo de su apartamento a las nueve y media. Se levantó, lanzó una ojeada a Larissa y fue hacia el salón. Debía tratarse de Delilah, alarmada porque sus dos amigas hubieran llamado al trabajo diciendo que no se encontrabanbien.

–Podías haber llamado por teléfono –dijo por el telefonillo.

–¿Puedes abrir la puerta? Tenemos que hablar.

¿Ian? No tenían nada que decirse. Cualquier cosa que añadiera solo conseguiría herirla. Sin embargo, Chloe no pudo acallar una voz interior que le repetía: «¿Y si te equivocas?».

–Está bien –dejó la puerta entornada y corrió al cuarto de baño a cepillarse los dientes.

Se recogió el cabello en una coleta y sin mirarse en el espejo porque sabía que estaba horrorosa, volvió justo cuando Ian llamaba con los nudillos.

¡No era justo que estuviera tan guapo! Llevaba su cazadora de cuero y le había crecido la pelusilla pelirroja habitual en él. En su mirada había una emoción nueva, de resignación o de derrota, que desilusionó a Chloe, al tiempo que le confirmaba que el beso de la noche anterior había sido de despedida.

Entornó la puerta a su espalda para evitar despertar a Larissa.

–¿Qué haces aquí? –preguntó.

–Al no verte en el café, he llamado a tu trabajo y me han dicho que no te encontrabas bien. ¿Qué te pasa?

–¿Has notado que no iba? –preguntó ella sorprendida.

Ian la miró como si tuviera dos cabezas.

–Claro. Llevas viniendo treinta y dos semanas, ¿cómo no iba a darme cuenta? Ta te he dicho que no pasas desapercibida –añadió con una media sonrisa.

Chloe se indignó consigo misma al sentir que el corazón le daba un salto de alegría. La situación de Larissa le había recordado que debía protegerse. Aquel fin de semana había querido creer que Ian era especial, pero se había estado engañando. No era distinto a los demás hombres de su vida.

Con la diferencia de que podía romperle el corazón.

–No me has contestado –dijo él–: ¿Estás bien?

–Perfectamente –aunque para no mostrar ninguna emoción tenía que hacer tal esfuerzo que le dolía la cara–. Larissa ha tenido malas noticias y hemos pasado parte de la noche hablando. He dicho que no estábamos bien para dormir un poco más.

–Espero que no sea nada serio.

–Su prometido la ha dejado. Ha encontrado a otra.

–Lo siento.

Chloe vio una sinceridad en la mirada de Ian que prefirió ignorar.

–Sí, yo también –dijo, desviando la mirada hacia la puerta–. Ella se merece algo mejor.

–No es la única.

Chloe tampoco quería discutir quién merecía qué. Solo ansiaba dar aquella conversación por concluida.

–¿Por qué has venido, Ian?

–Te dejaste el vestido en el coche –solo entonces Chloe se dio cuenta de que llevaba la funda al hombro–. He pensado que lo necesitarías para el fin de semana.

–Gracias –ella tomó la funda y la apretó contra su pecho para reponerse de la desilusión. ¿Cuándo aprendería a no esperar nada?–. Si eso es todo…

–También quería hablar contigo.

Por fin había llegado el momento en el que le diría que lo que había pasado había sido un error, o que no podía repetirse… Chloe conocía las mil excusas de las que era capaz un hombre.

–No es un buen momento, Ian, con Larissa…

–Has dicho que estaba dormida. No me llevará mucho tiempo.

–¿De verdad crees que es necesario?

Ian parpadeó. Chloe había hablado con más aspereza de la que pretendía. Tomó aire y añadió:

–Lo que quiero decir es que los dos sabemos lo que hay entre nosotros y que no hace falta que finjamos otra cosa. ¿Por qué no nos limitamos a admitir que el fin de semana ha estado bien y punto?

–¿Lo dices en serio? –preguntó él, mirándola con una intensidad que hizo estremecer a Chloe.

–Sí –dijo cuando consiguió articular palabra. La noche anterior había decidido ser ella la primera en dar el paso–. ¿No es eso a lo que has venido? ¿A terminar con elegancia? ¿No estábamos de acuerdo en que hay quien no está hecho para mantener una relación?

–Yo no hablaba de ti. Tú mereces…

–No –Chloe se negaba a dejarle jugar el papel de mártir y de que con ello se sintiera mejor–. Yo soy como tú, Ian.

–En eso te equivocas –antes de que Chloe pudiera saber qué iba a hacer, Ian estaba jugando con los mechones sueltos de su cabello–. Tú, Ricitos…

–¡Deja de llamarme así! –la frustración se apoderó de ella y Chloe le retiró la mano de un golpe–. No me digas lo que soy o lo que no soy. Soy yo a quien vienes a dejar, pero esta vez me he adelantado yo. Y si eso te hace sentir mal, o culpable o indigno de ser amado, te aguantas.

Con la mirada borrosa, alargó la mano hacia el pomo de la puerta, pero Ian le asió la muñeca.

–Tú sí mereces ser amada –susurró él.

Chloe apretó los dientes.

–Todos tenemos lo que nos merecemos, ¿no? –dijo con rabia.

–Yo nunca… –empezó Ian.

–Táchame de tu lista. Aquí no tienes que hacer ningún acto de redención.

Chloe consiguió abrir la puerta y entrar. Ian no intentó detenerla

«¿Esperabas que lo hiciera?». Chloe apoyó la cabeza en la puerta. Ser ella la que se marchaba no le hacía sentirse mejor que ser abandonada.

–¿Ha venido alguien? –preguntó Larissa, saliendo del dormitorio.

Chloe forzó una sonrisa.

–Ian me ha traído el vestido que había olvidado en su coche

–Pensaba que podía ser Tom.

–Lo siento –por lo que había oído la noche anterior, Chloe dudaba que Tom tuviera intención de volver.

Larissa se encogió de hombros y fue hacia la cocina, preguntando:

–¿Ian es el colgado rico?

–Exactamente.

–¿Cómo es que acabaste pasando el fin de semana con él?

–Es una larga historia –y deprimente. Chloe abrió el frigorífico.

–Cuéntamela. No quiero hablar solo de mí misma. ¿Qué pasó?

Chloe le hizo un resumen.

–¡Atrapados en un hotel de montaña! ¡Qué romántico! –exclamó Larissa.

Chloe le dio un vaso con zumo de naranja.

–Eres una romántica incurable, pero no fue para tanto.

–Puede, pero no me creo que en esas circunstancias no saltara la chispa en algún momento.

Al ver que Chloe se ruborizaba, Larissa saltó:

–¡Oh Dios mío! ¡Cuánto me alegro de que mis dos amigas tengas un amor!

–Reduce el número a una. Solo ha sido un fin de semana.

–¿Por qué?

–Porque… –ella no valía lo suficiente–. Ya sabes que no quiero tener una relación. Eso os lo dejo a Del y a ti.

–Pues ya ves lo bien que me va a mí…

Al ver la expresión de dolor de su amiga, Chloe se sintió culpable.

–Lo siento, Laroo. No quería ser tan desconsiderada.

–Tranquila. Tengo que acostumbrarme a mi nuevo estado de soltería. Pero no consigo creerme que no quieras una relación.

La conversación empezaba a incomodar a Chloe.

–Deja de decir tonterías. ¿Quieres que haga el desayuno o prefieres tomarlo fuera?

–No tengo hambre. ¿Sabes por qué no te creo?

–¿Porque meterte conmigo te hace sentir mejor?

Larissa sacudió la cabeza.

–Porque cada vez que acabas una relación dices que no te sentías implicada emocionalmente.

–Y es verdad –dijo Chloe–. Aunque si vas a seguir con el psicoanálisis, necesito un café –mientras lo preparaba, continuó–: Hay personas que no encuentran el amor porque no lo merecen. Yo soy una de ellas.

Durante unos segundos, el único sonido en la cocina fue el del café cayendo en la taza.

–¿Por qué demonios piensas eso? –preguntó Larissa. Y solo entonces Chloe se dio cuenta de que había hablado en alto–. Claro que mereces ser amada.

–¿Te has fijado en mi lista de ligues? –Chloe intentó adoptar un tono de broma, pero sonó abatida.

–No quiero ofenderte, Chloe, pero eso es porque tiendes a salir con perdedores.

«Igual deberías empezar a salir con tipos de mejor clase». Las palabras de Ian resonaron en los oídos de Chloe.

–Eso pensaba que estaba haciendo esta vez.

–¿El qué?

Al ver la expresión de sorpresa de Larissa, Chloe se dio cuenta de que había hablado de nuevo en alto.

–Pensaba que esta vez era diferente.

–Te refieres a Ian.

Chloe asintió con la cabeza antes de decir con pesadumbre:

–Pero ha roto. O estaba a punto de hacerlo.

–¿Qué quieres decir con «estaba a punto»?

–Que yo me he adelantado.

Larissa la miró boquiabierta.

–¡Estás loca! ¿Cómo puedes estar tan segura de lo que iba a hacer?

–Porque me han dejado suficientes veces como para identificar las señales.

Al darse cuenta de que había elevado la voz, Chloe intentó recuperar la calma, pero al notar que los ojos se le inundaban de lágrimas y que no podía contenerlas, se deslizó por la pared hasta el suelo y, recogiendo las piernas contra el pecho, apoyó la cabeza en las rodillas, adoptando la misma posición en la que había encontrado a Larissa.

–Oh, Chloe –Larissa se agachó y la abrazó–. Es un imbécil, como Tom. Todos los hombres lo son.

Chloe sacudió la cabeza.

–Tom sí, pero Ian ha sido sincero desde el primer momento.

–Te gusta mucho, ¿verdad?

–Sí –susurró Chloe. Finalmente admitía lo que llevaba negándose a sí misma desde el viernes–. Me gusta mucho –de hecho lo que sentía era mucho más profundo. Ian le había robado el corazón.

–Al menos Delilah y Simon sí son almas gemelas –estaba diciendo Larissa, que siempre buscaba el lado bueno de las cosas–. Será que nosotras tenemos que esperar a la nuestra.

Chloe se mordió la lengua. No dudaba de que Larissa volviera a encontrar el amor, pero sospechaba que su alma gemela se había despedido de ella la noche anterior.

Tal y como se sentía, solo un idiota habría ido al café a la mañana siguiente.

–¿Prefieres ir al café de enfrente? –preguntó Larissa, con la que había quedado en la esquina.

–No. No dejé de ir después de lo de Aiden y no voy a dejar de ir ahora –dijo Chloe. Era cuestión de orgullo

Además, en parte quería que Ian comprobara lo que se había perdido. Se había esmerado con el maquillaje y llevaba una cazadora de cuero y unas botas de tacón alto. La única manera de saber que estaba destrozada era que se le vieran las ojeras que rodeaban sus ojos, pero no tenía la menor intención de quitarse las gafas de sol delante de Ian.

Alzando la barbilla, caminó con tal decisión que Larissa prácticamente tuvo que trotar tras ella.

–¿Qué vas a hacer si quiere hablar contigo? –preguntó su amiga.

–Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos –dijo Chloe con firmeza.

Pero a medida que se acercaban a la puerta se sentía más alterada. Antes de entrar, parpadeó y se ajustó las gafas

Lo primero que notó al cruzar la puerta fue su ausencia.

–¿No decías que solía estar en la mesa de al lado de la barra? –comentó Larissa.

–Así es –la mesa estaba vacía–. Puede que esté en la parte de atrás.

Pero su sexto sentido le decía que no era así. Percibió una frialdad en el ambiente que las coloridas paredes no lograban contrarrestar. Incluso el mobiliario parecía echar algo en falta.

Y como si el destino quisiera dejar claro su mensaje, Aiden estaba detrás de la barra.

–Ian no ha venido –comentó–. Ha dicho que necesitaba tomarse

unos días.

–¿Ves? –dijo Chloe cuando Aiden fue por los cafés–. No quiere hablar conmigo.

Y confirmarlo solo sirvió para incrementar su dolor.

# Capítulo 11

Dada la cantidad de dinero que había donado en los dos últimos días, Ian esperaba que le hubieran dado un café mejor, pero estaba claro que el rector de la universidad no tenía paladar. Por otro lado, al hacerle aquel favor estaba actuando en el límite de la legalidad, así que Ian no pensaba quejarse. Dirigía regularmente la mirada al reloj de pared. Cada vez faltaba menos.

Había hecho el viaje en un tiempo récord, reduciendo solo la velocidad al pasar por el Bluebird Inn.

Ian se frotó el pecho. No lograba librarse de la presión que sentía, a un tiempo constante y aguda, como si algo le hubiera taladrado el esternón. O mejor, alguien. La primera vez que lo había notado fue cuando Chloe le cerró la puerta en la cara.

Ella no tenía ni idea de hasta qué punto había querido obligarla a abrirla y besarla hasta hacerle perder el sentido. Pero afortunadamente, se había dominado y con ello, había hecho lo correcto. No dudaba de que Chloe sufría. Su fingida fortaleza nunca lo había engañado. Pero a la larga, iba a estar mucho mejor sin él; encontraría un hombre fantástico, al que amaría y haría dichoso.

Ian volvió a frotarse el pecho.

«Tenemos lo que nos merecemos». Las últimas palabras de Chloe eran las que él le deseaba, porque ella merecía lo mejor. Si eso significaba tener aquel dolor en el pecho, estaba dispuesto a sacrificarse.

Se abrió la puerta.

–Tengo un mensaje de que venga a ver… ¡Es que no te vas a dar por vencido!

–Cuando algo me importa, no –dijo Ian. Cruzó la habitación hacia su hijo y, cerrando la puerta, se apoyó en ella–. No pienso dejar que te vayas.

–¿Y cómo vas a impedirlo? –preguntó Matt, volviéndose hacia la puerta.

Ian se estremeció. Matt no iba a facilitarle las cosas, pero no

pensaba darse por vencido. Se lo debía a su hijo y a Chloe, por creer en él.

–Dame cinco minutos. Si después no quieres volver a verme, no te molestaré más.

Que Matt vacilara le dio esperanzas.

–¿Cuánto te ha costado que el rector me engañara? –preguntó finalmente–. Espero que haya valido la pena.

–Que estés aquí lo demuestra

–Está bien –Matt se giró y se cruzó de brazos–. Cinco minutos.

Se parecía tanto a él… Ian suspiró.

–Lamento haber venido de sorpresa el otro día. Estaba tan ansioso por verte que no pensé en cómo podía sentarte.

–Por eso has decidido venir a disculparte por sorpresa.

–No he venido a disculparme sino a traerte esto –metiendo la mano en el bolsillo del pecho, Ian sacó una carta. La última de sus cartas de enmienda–. Aquí te explico todo lo que ha pasado en estos años. Léela cuando quieras. Y si entonces quieres hablar conmigo, llámame. Quedaré contigo cuándo y dónde quieras. Tú decides.

Matt se quedó mirando el sobre.

–¿Eso es todo?

–A no ser que quieras hablar ahora…

–No estoy…

–Preparado. Lo sé –Ian se separó de la puerta y Matt alargó la mano hacia el picaporte al instante–. Te quiero mucho, Matt. Siempre te he querido.

–Tienes una manera peculiar de demostrarlo.

–El amor no es siempre visible. Confío en que algún día entiendas que te habría hecho más daño quedándome a tu lado.

Matt abrió la puerta, pero antes de salir se detuvo y dijo:

–Te creo –dijo. Y sus palabras fueron directas al corazón de Ian–. Pero me habría gustado tener la elección.

Y por tercera vez en tres días, Ian vio alejarse a alguien que le importaba, y sintió que se partía en dos.

Esperó a estar en el coche para llamar a Jack.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó el abogado.

–Todo lo bien que podía ir. Al menos no me ha tirado la carta a

la cara.

–Eso está bien. Puede que le anime a verte.

–Es posible –dijo Ian, aunque temía que Matt tuviera acumulado demasiado resentimiento y desilusión como para que bastara con una carta. ¿Era posible que heridas como aquellas llegaran a cicatrizar?

Ian pensó en Chloe, que seguía anhelando una explicación de su padre, y se preguntó si este, como él, alguna vez se habría sentado en su coche, lamentando haber abandonado a un mujer tan hermosa y excepcional. Si era así, Ian confiaba en que se sintiera tan culpable como él.

Apoyó la cabeza en el reposacabezas.

–¿Crees que hice bien alejándome de él todos esos años?

–Yo diría que sí. ¿Por qué?

–Por algo que ha dicho Matt.

–Siento tener que recordarte que hasta que dejaste de beber eras un monstruo.

–¿Cómo voy a olvidarlo si te tengo a ti para recordármelo?

Ian intuyó que Jack sonreía al otro lado de la línea.

–En cualquier caso, ¿qué te ha dicho? –preguntó el abogado.

–Que debía haberle dado la elección.

–Solo tenía cinco años y tú eras…

–Un borracho. Lo sé –de haberse quedado, probablemente le habría hecho el mismo daño que su padre le había causado a él.

–De todas formas –continuó Jack–, ya no puedes hacer nada al respecto. Lo importante cuando se ha cometido un error es intentar rectificarlo y confiar en no volver a cometerlo.

Esa era la cuestión: Ian no estaba seguro de haber aprendido. Y durante el viaje de vuelta, no consiguió librarse de la sensación de que se había saltado parte de la lección

El comentario de Matt se repitió una y otra vez en su mente. Como Jack decía, no era más que un niño y él se había ido para protegerlo; no podía dejar la decisión en sus manos. En cambio si hubiera sido un adulto…

«¿Estás pensando en Chloe?».

Ian estuvo a punto de frenar en seco. ¿Qué tenía que ver Chloe con todo aquello?

La pregunta era una estupidez. Matt y ella llevaban días

entremezclados en su mente. En parte porque sus dos historias tenían paralelismos, pero además, porque cualquier pensamiento terminaba llevándolo a Chloe. Ian se frotó el pecho. Cuanto más pensaba en lo que se parecían las experiencias de Chloe y de Matt, más evidente le parecía que los dos se enfrentaban al mundo con una máscara de arrogancia que les servía para protegerse. Por eso Chloe insistía en que no quería una relación. La manera de evitar que la hirieran era adelantarse al dolor.

Eso era lo que había hecho la mañana anterior. Ian tuvo la certeza de que era así porque recordó una desesperación en sus ojos propia de quien se esforzaba en actuar en contra de su propia voluntad. Y porque cuando Chloe bajaba sus defensas, había en ellos una dulzura y una vulnerabilidad en la que un hombre podía perderse.

Podía verla en aquel instante, junto a la chimenea, con ojos brillantes. Y fue consciente de que le había hecho un regalo al compartir con él una faceta de sí misma que poca gente debía haber visto. Con ello, le había robado el corazón.

¿A quién intentaba engañar? Se lo había robado en cuanto le tiró el café encima a Aiden. El sábado por la noche solo había servido para confirmar lo que no quería admitir. Y por eso la había alejado de sí. Como con Matt, había decidido que la distancia era lo mejor. Le había robado la posibilidad de elegir por sí misma.

–Idiota –Ian se dedicó una retahíla de insultos mientras golpeaba el volante. Tanto hablar de dejar de ser egoísta y seguía siéndolo tanto o más que antes.

¡Cuántas más pérdidas tenía que sufrir para aprender la lección! Su hijo, su empresa,… Todo lo había perdido por cabezonería, por querer hacer las cosas a su manera. Ya había perdido a Matthew. ¿Estaba dispuesto a estar sentado en su coche, en veinte años, lamentándose por haber perdido a Chloe? Porque tenía una certeza, y era que no encontraría a otra mujer como ella.

El coche que lo seguía tocó la bocina y lo adelantó por la derecha haciendo gestos obscenos. Ian miró el cuentakilómetros y vio que había reducido la velocidad a cincuenta kilómetros por hora. Si no quería causar un accidente, tenía que apartar a Chloe de su mente.

Dio al intermitente y tomó la siguiente salida. Al darse cuenta de

cuál era, se dijo que era una señal del universo. Se trataba de la que llevaba al Bluebird Inn. Con un poco de suerte, Josef y Dagmar tendrían una habitación libre. Tenía mucho que pensar.

–Hacen una pareja perfecta, ¿verdad? –dijo Larissa, dando un suspiro–. Están tan enamorados.

Tanto que resultaba doloroso, pensó Chloe mientras miraba bailar a la pareja de novios.

Uno de los padrinos se acercó a su mesa.

–¿Puedo invitar a bailar a una de las dos damas?

Chloe hizo como que no le oía mientras Larissa le tendía la mano, sonriente, aunque al levantarse le lanzara una mirada de indignación a su amiga.

Chloe pensó que debía sentirse mal, pero sabía que a Laroo no le importaba tanto y, además, era mucho mejor bailarina que ella. Aunque siguiera deprimida, le encantaban las bodas y estaba disfrutando plenamente de la de Delilah. Chloe, por su parte, apenas conseguía mantener la sonrisa.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que había visto a Ian. Cada día había ido al café, confiando en encontrarlo en su mesa habitual, y cada día se había desilusionado. Según Aiden, no había vuelto de su escapada, pero Chloe se preguntaba si intentaba evitarla.

–¿Por qué no estás bailando? –preguntó Delilah, apareciendo a su lado con ojos centelleantes–. Estás demasiado guapa con ese vestido como para esconderte detrás de la mesa.

–Larissa está luciendo el suyo –contestó Chloe–. Yo tengo que hacer guardia por si pasa algo que requiera la intervención de la dama de honor.

Delilah hizo un gesto con la mano.

–Te relevo de tus obligaciones. Ahora el problema es de Simon. Bueno –rectificó, riendo–, es una manera de hablar.

–¿Cuánto champán has tomado?

–Menos del que crees. Lo que pasa es que estoy muy, muy, muy feliz.

Como si no fuera evidente.

–Me alegro mucho –dijo Chloe con sinceridad–. Te lo mereces.

–Gracias. Aunque no puedo evitar sentirme un poco culpable cuando tú y Larissa habéis tenido una semana tan mala.

–¡Los sentimientos de culpabilidad están prohibidos el día de tu boda, señora Cartwright! Larissa y yo estamos perfectamente –Chloe miró hacia su amiga, que charlaba animadamente con su pareja de baile–. De hecho, Laroo va a salir del bache enseguida.

–¿Y tú?

Chloe se obligó a sonreír.

–Yo también –después de todo, se había convertido en una superviviente.

–Eso espero –dijo Delilah, dándole un fuerte abrazo y susurrándole al oído–. Ian Black es un idiota.

Chloe tuvo que cerrar con fuerza los ojos para no llorar.

–Tienes razón.

Las interrumpió el cantante del grupo al anunciar por el micrófono:

–Atención, por favor, ha llegado el momento de que la novia tire el ramo.

–Vaya –gimió Chloe–. Creía que habías decidido no hacerlo.

–Larissa ha insistido.

Claro. Y con suerte sería ella quien lo recogiera. Chloe permaneció sentada.

–¿Qué estás haciendo? –Delilah la tiró de la mano–. La dama de honor debe estar en la pista.

–Acabas de decir que han terminado mis obligaciones.

–Mentía.

Pelear para recoger el ramo de la novia era lo último que Chloe quería hacer, pero accedió por sus amigas. Tomando su copa, fue hacia la parte de atrás de la pista mientras Simon acompañaba a la novia al escenario. Delilah dio media vuelta y lanzó el ramo a lo alto, con tanta fuerza que, tras tocar la araña del techo, cayó a los pies de Chloe.

Un brazo envuelto en un esmoquin lo recogió.

–¿Qué pasa, Ricitos, demasiado oxidada como para saltar al rebote?

Chloe creyó que se le paraba el corazón. Volviéndose lentamente se dijo que no era verdad. Era imposible que Ian estuviera ante ella, con el ramo en las manos.

Él se lo tendió con una tímida sonrisa y dijo.

–He pensado que te vendría bien una pareja de baile

Chloe le tiró la copa a la cara.

–¿Estás loca? –Larissa y Delilah la habían acorralado en el servicio.

–¡Me dice que me merezco algo mejor y desaparece tres días! –estalló Chloe–. ¿Tenéis idea de lo que he sufrido? Y ahora aparece como si no pasara nada. ¿Quién se cree que es?

–Yo diría que ha venido a verte –dijo Delilah.

–En esmoquin –apuntó Larissa.

Chloe no dudaba de que su amiga encontraba el gesto de lo más romántico.

–Todos los asistentes llevan esmoquin.

–Pero solo él se ha colado en la fiesta para verte –replicó Larissa–. Debe querer recuperarte.

¿Durante cuánto tiempo? ¿Hasta que ella confiara en él y fuera entonces cuando la dejaba?

–¿Y si yo no quiero darle una oportunidad?

Larissa la miró con incredulidad.

–¿Qué dices? Si estás loca por él. Tú lo has dicho.

Pero eso no significaba que quisiera que le rompieran el corazón por segunda vez. No sobreviviría un segundo asalto.

–Ya no me interesa –dijo con vehemencia.

–No digas tonterías. Vas a ese maldito café al menos dos veces al día con la esperanza de verlo. Por favor, soy rubia, pero no tonta.

–Vale, vale –Chloe pensó que debía haber calculado que no podía engañar a sus amigas–. Estoy loca por él, pero ¿cómo puedo confiar en que no va a marcharse después de hacer un montón de promesas? Aceptarlo: los hombres son un asco.

–No todos los hombres desaparecen.

–Tom, sí.

–Simon, no –dijo Delilah–. ¿Te acuerdas de cuando tuvimos problemas y vosotras dos me ayudasteis a resolverlos?

–Claro, pero esa es una situación completamente distinta. Vosotros no podéis vivir el uno sin el otro.

–Escucha –intervino Larissa–. Nadie dice que tengas que darle

una oportunidad. Pero aun así, ¿no tienes al menos curiosidad por saber qué hace aquí?

Chloe tenía que admitir que sí. Al menos podía escuchar lo que Ian tenía que decirle. Y luego obligarlo a que se fuera.

–Está esperándote fuera –dijo Delilah–. Le hemos convencido de que nos dejara hablar contigo primero.

Chloe abrió la puerta que daba al salón con el corazón en la garganta. Ian estaba al otro lado, secándose la camisa con una servilleta.

–Había olvidado que eres letal con los líquidos –comentó.

–Me has tomado por sorpresa.

–Eso está claro.

Chloe comprendió que Larissa hubiera hecho referencia al esmoquin. A ninguno de los invitados le quedaba tan bien como a Ian.

–En el café me dijeron que estabas fuera –dijo sin pensarlo.

–He vuelto a Pensilvania.

–¿Para ver a Matt?

Chloe se preguntó si eso significaba que no se había dado por vencido; pero inmediatamente se recordó que eso no implicaba que hubiera pensado lo mismo respecto a ellos dos.

–Decidí cambiar de táctica. En rehabilitación había aprendido que los actos de enmienda no son para uno mismo, sino para rectificar el daño causado al otro.

–¿Qué tal ha ido?

–Todavía no lo sé. Tendré que esperar.

Chloe asintió con la cabeza. Al margen de lo que pasara entre Ian y ella, deseaba que le fuera bien con Matt. Mirando por primera vez detenidamente el rostro de Ian, se dio cuenta de que parecía cansado y tenso.

–¿Por qué has venido? –preguntó finalmente.

–¿No es evidente?

–No. Creía que lo habíamos dicho todo el martes por la mañana.

Ian apretó la servilleta en el puño.

–Ese día cometí un gran error.

–Ya te he dicho que si me consideras otro de tus errores a reparar, lo olvides.

–Esta vez no puedo.

Chloe suspiró. Sentía demasiado dolor como para apaciguar el sentimiento de culpabilidad de Ian.

–Pues tendrás que conseguirlo.

–Chloe, por favor, espera –Ian la sujetó cuando ya se volvía para irse–. Necesito decirte algo. Si cuando acabe quieres que me vaya, lo haré.

# Capítulo 12

–Cinco minutos –repitió Chloe. Después se iría.

–Toda mi vida he hecho las cosas a mi manera: abrir una empresa, lidiar con mis demonios internos, criar a mi hijo.

–Estás malgastando el tiempo. Todo eso lo sé.

–Pero como era rico y tenía éxito, pensaba que sabía todas las respuestas. Decidí que Matt estaba mejor sin mí y no me planteé otra alternativa. Contigo he hecho lo mismo. Sabía que no era lo bastante bueno para ti y decidí alejarme –Ian hizo una breve pausa antes de añadir–. Aunque tú te adelantaste.

Chloe se había quedado clavada en algo que Ian había dicho. ¿Que no era bastante bueno para ella? ¿Hablaba en serio?

–¿Y has vuelto porque has decidido que si eres suficiente para mí?

–No.

A Chloe se le desplomó el corazón.

–¿Tienes idea de lo increíble y maravillosa que eres? –continuó Ian–. Yo nunca seré lo suficientemente bueno para ti.

Las palabras no estaban mal, pero ¿eran sinceras?

–Hablar es fácil.

–Tienes razón. Ojalá supiera cómo hacer que me creyeras, pero estoy aprendiendo que el amor no llega con instrucciones.

¿Amor? La palabra quedó suspendida en el aire.

Ian bajó la mirada a sus manos, lo que impidió que Chloe escrutara sus ojos en busca de respuestas.

–Después de ver a Matt–siguió Ian–, la cabeza no dejaba de darme vueltas y necesité encontrar un sitio en el que descansar. Por casualidad, llegué al Bluebird y pasé dos días allí, preguntándome por qué el tiempo que habíamos pasado juntos había sido tan perfecto. Hablé con Josef y Dagmar, que me dieron muy buenos consejos. ¿Sabías que llevaban casados treinta y cinco años?

–Sinceramente, no me importa –saltó Chloe.

–¡Me encanta lo impaciente que eres, Ricitos!

–Ian, por favor, ¿qué quieres decirme?

–Que no soy un hombre fácil.

¿Cómo no lo había adivinado? Chloe dio media vuelta para irse.

–Pero… –la voz de Ian la detuvo– mientras estaba sentado allí, rodeado de tus recuerdos, me di cuenta de que hay que mirar hacia atrás, pero avanzar hacia adelante.

–No te entiendo –de hecho, Chloe temía intentarlo. Las palabras de Ian le daban esperanzas y la debilitaban a un tiempo.

Sentir las manos de Ian sobre sus hombros no fue ninguna ayuda.

–Resulta que había olvidado pedir perdón a alguien –dijo él.

–¿A quién?

–A mí. Había olvidado que debía perdonarme por mis errores.

A pesar del estado de nervios en el que se encontraba, Chloe sonrió ante la ironía de la situación.

–Me alegro mucho de tu descubrimiento –susurró.

–Te lo debo a ti

Chloe se giró.

–¿Qué he hecho yo?

–Aparecer en mi vida –Ian le acarició la mejilla–. Uno de los motivos de que estuviera tan obsesionado con arreglar el pasado era que no tenía futuro. O no lo tenía hasta que una preciosa mujer de cabello rizado, y una peligrosa tendencia a lanzar bebidas, apareció en mi café.

Chloe fue a interrumpirlo, pero él le tomó el rostro entre las manos y continuó:

–Estoy completa y absolutamente loco por ti, pero al igual que con Matt, estaba tan seguro de que estarías mejor sin mí, que no te he dado elección –Ian la miró fijante a los ojos y añadió–: Te amo, Chloe Abrams

Chloe creyó que se le paraba el corazón.

–¿Me-me amas?

–Con todo mi corazón, y ansío dedicar mis días y mis noches a demostrártelo.

–No sé… –Chloe se separó bruscamente y chocó contra un aparador. «Idiota, Ian acaba de decirte que te ama». Su corazón latía aceleradamente. Pero el miedo le impedía creerlo. Si admitía que también ella lo amaba, ¿cuánto tardaría Ian en arrepentirse?–.

No sé si podría volver soportar otro rechazo –musitó.

–Lo sé. Por eso no voy a presionarte. Esa es la segunda lección que he aprendido esta semana: el perdón lo concede cada uno a su tiempo. Por eso no te pido que decidas nada de inmediato.

Ian volvió a tomarla de los hombros para que se volviera, y Chloe vio en sus ojos una pasión y una intensidad que no había encontrado antes.

–Pienso darte todo el tiempo que necesites –dijo él. Y tras darle un tierno beso, susurró–: Hasta pronto, Ricitos.

Luego dio media vuelta y se alejó.

Chloe se abrazó a la cintura para no salir corriendo tras él. Pero entonces vio de reojo a Simon susurrar algo al oído de Delilah y besarle la mejilla con una dulzura que le hizo pensar en el beso de Ian, y se dijo que solo una idiota dejaría escapar un regalo como el que Ian acababa de hacerle.

–¡Ian, espera! –el ramo de flores estaba en el aparador donde Ian lo había dejado. Chloe lo tomó y se lo lanzó a través de la sala. Ian lo tomó en el aire.

Chloe corrió hacia él, diciendo:

–Supongo que sabes lo que significa que te toque el ramo de la novia, ¿no?

La expresión de amor del rostro de Ian confirmó a Chloe que había tomado la decisión correcta. Ella, Chloe Abrams, que no estaba destinada al amor, había por fin encontrado al hombre perfecto.

–Significa que la dama de honor se enamora de ti –concluyó.

Ian la abrazó tan fuerte que le cortó el aliento.

–Si eso significa tenerte, estoy dispuesto a recoger mil ramos.

–Basta con uno –confiando en que su mirada le trasmitiera todo el amor que sentía, Chloe ahuyentó sus miedos y besó a Ian.

* * *

Cinco semanas más tarde, la primavera había llegado definitivamente a Nueva York. Del brazo del hombre al que amaba, Chloe alzaba el rostro al sol.

–Hace un día perfecto –dijo a Ian–. No comprendo que Larissa haya preferido ir a México.

–Personalmente, me sorprende más que haya decidido ir sola a la que iba a ser su luna de miel.

Estaban volviendo al café después de haberse despedido de Larissa, que había sorprendido a todos al anunciar la semana anterior que pensaba mantener la reserva del hotel que había hecho para su luna de miel.

«He planeado este viaje durante un año», había dicho. «Y pienso disfrutarlo».

–Tengo que admitir que está gestionando la ruptura con Tom mucho mejor de lo que pensaba. De hecho, creo lo que verdaderamente le ha desilusionado ha sido cancelar la boda –bromeó Chloe.

Ian la besó en la sien.

–He estado pensando que cuando nos casemos, también tendremos que ir a alguna parte.

–¿Ah, sí? –Chloe se estremeció. Sabía que Ian hablaba a menudo de su futuro juntos para que tuviera la seguridad de que no pensaba desaparecer. Y lo había conseguido. Cada mañana que amanecía a su lado, estaba más segura de haber encontrar el amor de su vida–. ¿Y dónde quieres que vayamos? ¿A México?

–A Pensilvania. Podríamos volver al Bluebird Inn.

Para Chloe no podía haber un lugar mejor.

–¿Y por qué esperar a la boda? –preguntó, acurrucándose contra Ian–. El hotel debe estar precioso en esta época del año.

–Es una idea brillante –Ian se detuvo para besarla.

–Uhum, hola.

Chloe notó que Ian se tensaba al identificar la voz que los saludaba. Él le asió la mano al ver que Matt caminaba hacia ellos desde el café. El chico se detuvo a uno pasos de distancia con las manos en los bolsillos.

–¿Es verdad que viniste a mi graduación? –preguntó a bocajarro.

Chloe dio gracias a Dios. Matt había leído la carta de su padre. A pesar de lo felices que eran, sabía que la pérdida de su hijo torturaba a Ian, pero había mantenido su promesa de darle tiempo.

–Fui a muchos de tus actos –dijo Ian en voz baja, como si temiera ahuyentarlo–. Que no me vieras no significa que te hubiera olvidado. Siempre has formado parte de mi vida, Matt.

El joven asintió y se balanceó sobre los talones antes de decir:

–Hay una nota en tu café pidiendo empleados.

–El otro día se fue uno de nuestros camareros. Le dio su teléfono a la novia de otro cliente y provocó una pelea –dijo Ian.

–¿Estás buscando trabajo? –intervino Chloe.

Matt la miró a ella y de nuevo a su padre. Ruborizándose, dijo:

–Voy a pasar el verano en la ciudad con unos amigos y me preguntaba si…

Estaba tendiéndole una rama de olvido. Ian no dudó en tomarla.

–Vayamos dentro a hablar de las condiciones del puesto.

Chloe se echó discretamente a un lado mientras el hombre al que amaba sujetaba la puerta para que pasara su hijo. En cierta manera, Ian y ella habían recorrido un círculo completo. Si él no hubiera intentado contactar con su hijo, ellos dos no se habrían encontrado. Si Matt no lo hubiera rechazado, Ian no habría aprendido a perdonarse. Ni ella habría estado dispuesta a arriesgarse en el amor. Una vez los dos habían aprendido sus respectivas lecciones, Ian tenía finalmente la oportunidad de conocer a su hijo.

Era verdad que a veces uno conseguía lo que se merecía…

–Ricitos –la llamó Ian desde la puerta–. ¿Vienes? Te necesito.

…Y, excepcionalmente, incluso más.

Con el corazón rebosante de amor, Chloe tomó la mano de Ian y entró en el café con él.